

BiCentenario

el ayer y hoy de México



El control de los puertos
durante la independencia

Auge y derrumbe del
Gran Teatro Nacional

Huelgas y represión en la
protesta médica de 1965

55

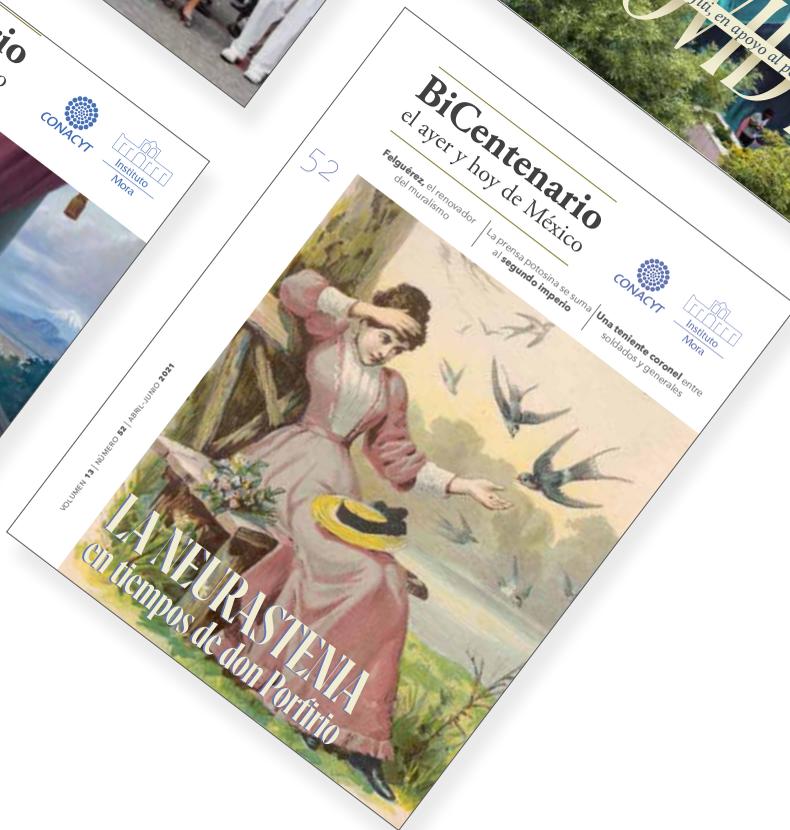
MUJERES

Liberación y feminismo

MEXICANAS

VOLUMEN 14 | NÚMERO 55 | ENERO-MARZO 2022





SUSCRÍBASE A BICENTENARIO

4 Números

En la Ciudad de México

\$320 pesos
más gastos de envío

Interior de la república

\$320 pesos
más gastos de envío

Resto del mundo

\$35 USD
más gastos de envío

Solicite más información
y formas de pago en

bicentenario@mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx

ÍNDICE

ARTÍCULOS 06–Manuela Taboada. La mujer leal que Hidalgo menospreció. **RODRIGO SÁNCHEZ ARCE | 14**–El dominio naval en la estrategia militar de la independencia. **JOSÉ FRANCISCO VERA PIZAÑA | 22**–La educación femenina de la elite en el siglo XIX. **LAURA SUÁREZ DE LA TORRE | 28**–Emiliano Zapata. Digno representante y protector de los derechos agrarios de su pueblo. **MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ | 36**–Las *flappers* de “los locos años veinte” en la prensa mexicana. **MARÍA ESTELA GARCÍA CONCILEÓN | 44**–Las demandas reprimidas del movimiento médico. **JOSÉ LUIS GÓMEZ DE LARA | ¶ DESDE HOY 54**–40 Aniversario. El México en el que surgió el Instituto Mora. **GUADALUPE VILLA G. ¶ ARTE 62**– El Gran Teatro Nacional. **OMAR ALFONSO FLORES TAVERA ¶ TESTIMONIO 70**–Días de pandemia. **DARÍO FRITZ ¶ CUENTO 80**–El salmo 103. **ANA SUÁREZ ¶ ENTREVISTA 86**–Stella Inda. **HÉCTOR ZARAUZ ¶ SEPIA 96**–Artesanos de plomo y tinta. **DARÍO FRITZ ¶**

Foto de portada

Retrato de Delia Magaña, ca. 1924, inv. 20648, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

BiCENTENARIO. EL AYER Y HOY DE MÉXICO vol. 14, núm. 55, enero-marzo de 2022, es una publicación trimestral editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C. P. 03730, Ciudad de México. Tels. 5598 3777/1152 y 1193

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México. Tels. 5598 3777/1152

CONSEJO EDITORIAL

Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Héctor Luis Zarauz López
Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón
Asistente editorial: Norberto Nava Bonilla
Edición: Darío Fritz
Diseño editorial: Héctor Gómez

www.mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx

EDITORIAL

La vibrante vida de las mujeres mexicanas, como contraposición de la desigualdad, la imposición y la discriminación, ha tenido un silencioso y humilde proceso de lucha por el lugar que les corresponde, transformándose con el paso del tiempo en voces de indignación y exigencia por sus espacios democráticos y reclamos de justicia ante el feminicidio, las desapariciones, los abusos de poder, la retribución desigual. En esta edición de *BiCentenario* hemos conjuntado una serie de historias que nos relatan grandes momentos de su valentía y arrojo, que van desde el siglo XIX a estos días y muestran un proceso largo, insuficiente aún por lo que resta por lograr, pero al mismo tiempo ejemplar para futuras generaciones.

Empezamos por los tiempos del México recién independizado. Tras el tibio interés de las políticas borbónicas por la mujer –las de la alta sociedad accedían rudimentariamente a la lectura de oraciones y libros piadosos como ejercicio educativo–, se buscó una integración –si bien de puertas hacia adentro de cada hogar– que tuvo en publicaciones dirigidas a la mujer su eje central de formación. La instrucción en literatura, ciencia –rudimentos de la física y la química–, tecnologías de la época, higiene, así como ampliar sus horizontes en los platillos a servir en una mesa, moldeaban su educación como hijas y futuras esposas y madres de familia. Esa modernidad fue ganando algunos espacios, con la posibilidad de escribir o traducir, de salir del ámbito nuclear a estudiar, encontrar trabajo. Mostrar, al fin y al cabo, desde la esfera del conocimiento, el interés por participar en ese mundo de exclusivo dominio masculino.

Pero antes de que estas jóvenes mujeres pudieran comenzar a disfrutar de los nuevos tiempos de la paz después del proceso independentista, muchas otras habían marcado un camino de lealtad y valentía durante la lucha emancipadora. Allí están Josefa Ortiz y Leona Vicario. Y también Manuela Taboada, una mujer de bajo perfil, aún desconocida en la actualidad, a excepción de en su natal Guanajuato, y de quien aquí recuperamos atributos de una vida marcada por el amor a su marido, Mariano Abasolo, a quien acompañó hasta su muerte en la cárcel, pero que también contribuyó con sus propias arcas personales a financiar el levantamiento independentista, y desde su estilo reservado, como la retrató José María Luis Mora, advirtió de la traición de Ignacio Elizondo, aunque desoída y hasta menospreciada por Miguel Hidalgo.

Manuela Taboada fue de aquellas que rompieron época como también lo hicieron un siglo después las chicas que, en los dorados años veinte del siglo XX, nuevamente después de un proceso revolucionario, se lanzaron a quebrantar las formas en que eran vistas: cambiaron el estilo de vestir, escandalizaron con nuevos cortes de cabello y el uso del maquillaje, y se animaron a hablar y escribir a contramano del conservadurismo imperante. Mujeres inteligentes y con el desparpajo de liberar-

se, como cuentan las crónicas de entonces, en las que destacaban Cube Bonifant, Elena Arizmendi, Antonieta Rivas Mercado, Tina Modotti y Nahui Ollin. Conocidas como *flappers* –se sumaron a una moda en boga en Estados Unidos– o “pelonas” –llevar el pelo corto les generó hasta persecución–, pertenecieron a una generación que conquistó la libertad para disponer de su cuerpo y sus ideales.

No resulta extraño, con esos antecedentes, que pocas décadas después irrumpieran actrices deslumbrantes en el escenario artístico; tal es el caso de Stella Inda, consagrada junto a directores como Luis Buñuel, Roberto Gavaldón y Chano Urueta. En una entrevista que recuperamos con la artista michoacana, queda claro que más allá de las cualidades profesionales, Inda necesitó abrirse camino por propia inspiración y actitud. Y, aun así, cuando pasados los años y el olvido acechaba, se mantuvo en la humildad de la enseñanza de la actuación para nuevas generaciones, como su manera de hacer honor a una batalla que fue constante por la dignidad, el trabajo y el legado. Una misma batalla que, trasladada a nuestros días, la vemos en los reclamos en las calles por justicia ante la violencia y el derecho a decidir.

¿Qué otras historias te podemos contar de este número de la revista? La de Emiliano Zapata, por ejemplo, convertido en el heredero de la custodia de los reclamos por las tierras de los campesinos de su natal Anenecuilco. Una custodia que lo marcaría hasta el final de sus días en su gesta revolucionaria agrarista.

Si te contamos de conflictos sociales y políticos, allí están para analizar a profundidad cómo fue la interesante estrategia militar naval en los días de la lucha para la emancipación, donde controlar los puertos sobre el Pacífico y el Caribe mexicano resultaba clave para cortar las comunicaciones de la armada española y mermar el abastecimiento para sus tropas. Otro conflicto, ya en 1965, descrito aquí, fue el de los médicos que se rebelaron contra la falta de pago de salarios por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz –la lucha había empezado en los últimos días de la administración de Adolfo López Mateos–, lo cual marcaría un tiempo de grandes descontentos y sería el preámbulo de las protestas y la represión del movimiento estudiantil de 1968.

El auge y destrucción del Gran Teatro Nacional, centro de la escena del poder cultural y político en la segunda mitad del siglo XIX, se incluye entre los textos de este número de *BiCentenario*, así como también un recorrido rápido por el México de 1981, año en el cual, a pesar de las dificultades económicas, se inauguraba el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, cuna de esta publicación y, sobre todo, de la formación de recursos humanos y de investigación en Historia y Ciencias Sociales. Hasta la próxima.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
Directora General
Dra. Gabriela Sánchez
Secretario General
Mtro. Alejandro López Mercado
Director de Investigación
Dr. Gustavo Sadot Sosa Núñez
Directora de Docencia
Dra. María José Garrido Asperó
Director de Administración y Finanzas
Lic. Domingo López Hernández

Editora responsable: Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2013-061212050700-203, ISSN 2007-2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresión de tiraje en Tiempo Extra Impresores, calle 32, número 66, colonia Campestre Guadalupeana, C. P. 57120, Estado de México. Este número se terminó de imprimir en noviembre de 2021. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Cualquier reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y artísticos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley y su Reglamento por lo que deberán tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial de la revista.

Tipografías utilizadas en la edición. Leitura Display/Dino dos Santos. Minion Pro/Robert Slimbach. Avenir Next/Adrian Frutiger-Akira Kobayashi.

Correo del lector

Gocé al analizar los elementos iconográficos de la pintura presentada por Gustavo Pérez Rodríguez (“De cuando Hidalgo e Iturbide dieron la libertad”, *BiCentenario*, núm. 53) y al entender quién y por qué mira de frente a qué, quién da la espalda o levanta los brazos, hacia dónde miran los demás, los elementos a los pies de cada uno, etc. Felicidades al autor.

Centeotl Mendoza Molina



Por amor a la historia



El Museo Gota de Agua es un espacio dedicado a la relación del hombre con el agua, en el pasado y el presente, y que busca crear conciencia social sobre este recurso. Con el apoyo de empresarios de Iztapalapa y académicos de la Universidad Autónoma Metropolitana, se construyó en el parque nacional Cerro de la Estrella. Recién inició sus actividades de modo virtual.

¿Sabías que...?



Un fósil encontrado en Vallecillo, Nuevo León, y que data de la era cretácica –145 000 000 de años–, corresponde al llamado tiburón águila, el cual medía 1.9 m de ancho y 1.6 m de longitud. Contaba con dos aletas largas para estabilizarse y otra en la parte trasera para impulsarse. Se alimentaba de plancton.

Reloj de arena

16 de enero de 1822



A solicitud del presbítero Pedro Solórzano, representante de la Diputación Provincial de Chiapas, la regencia incorpora esta provincia al imperio mexicano, con los mismos derechos, prerrogativas, leyes y auxilios que todas las demás y para siempre.

6 de marzo de 1872



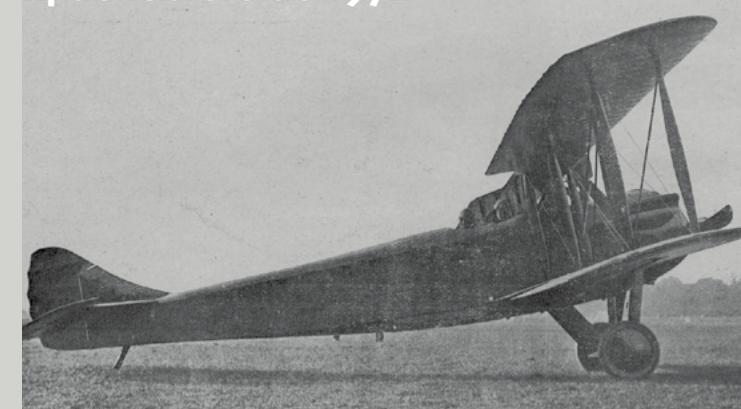
Los habitantes de Juchitán exigen que los bienes del general Félix Díaz sirvan para pagar el precio estimativo de la estatua de San Vicente Ferrer, su patrono, pues él ordenó extraerlo del templo, arrastrarlo y decapitarlo.

24 de febrero de 1922



Desde Rosemont, Virginia, mister J. R. Drumman ofrece vender al gobierno mexicano el secreto para construir un aeroplano invisible. Pide a cambio 50 000 dólares.

14 de febrero de 1972



México establece relaciones diplomáticas con la República Popular China, a la que reconoce como la única representante de toda la nación china.

i Anónimo, *Alegoría de la Independencia de México*, óleo sobre tela, siglo XIX, Museo Nacional de Arte. | ii Bandera de Chiapas. Wikimedia Commons. | iii Félix Díaz Mori, ca. 1872, inv. 64727, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

iv Logotipo del museo Gota de Agua, 2021, <<http://museogotadeagua.com>>. | v Fósil del tiburón “*Aquilolamna milarcae*” encontrado en piedra caliza de Vallecillo, Nuevo León (México) © Wolfgang Stinnesbeck, 2021. | vi Luis Echeverría Álvarez durante una gira diplomática, 1972, inv. 777476, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | vii “Avión automóvil René Tampier”, fotografía en Revista *L’Aéronautique*, 1 de febrero de 1922, Francia, Gauthier-Villars & Cía.

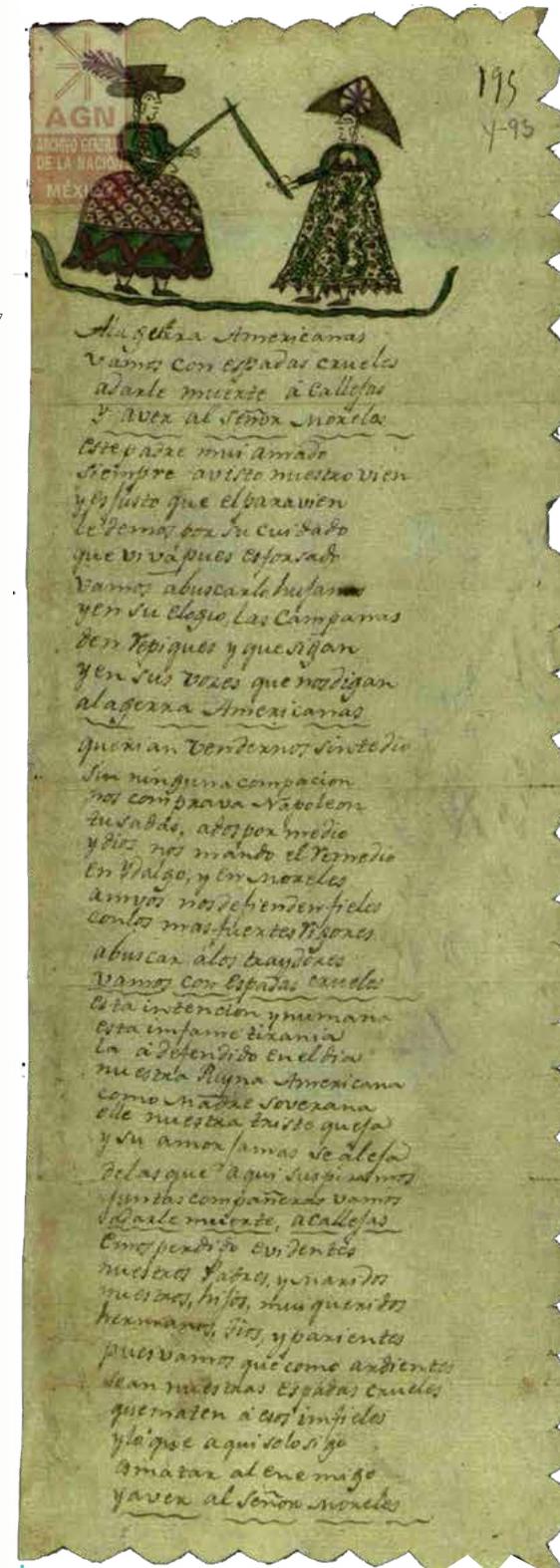
RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

Comité Técnico del Consejo Editorial de la
Administración Pública del Estado de México

Manuela Taboada

La mujer leal que Hidalgo menospreció

El liberal José María Luis Mora fue el primero en dar ribetes de heroína revolucionaria a esta mujer guanajuatense, esposa de Mariano Abasolo, a quien salvó del pelotón de fusilamiento y estuvo a su lado hasta que murió en prisión en Cádiz. Fue una crítica de los primeros tiempos insurgentes y advirtió de la traición de Ignacio Elizondo, que Hidalgo no quiso escuchar.



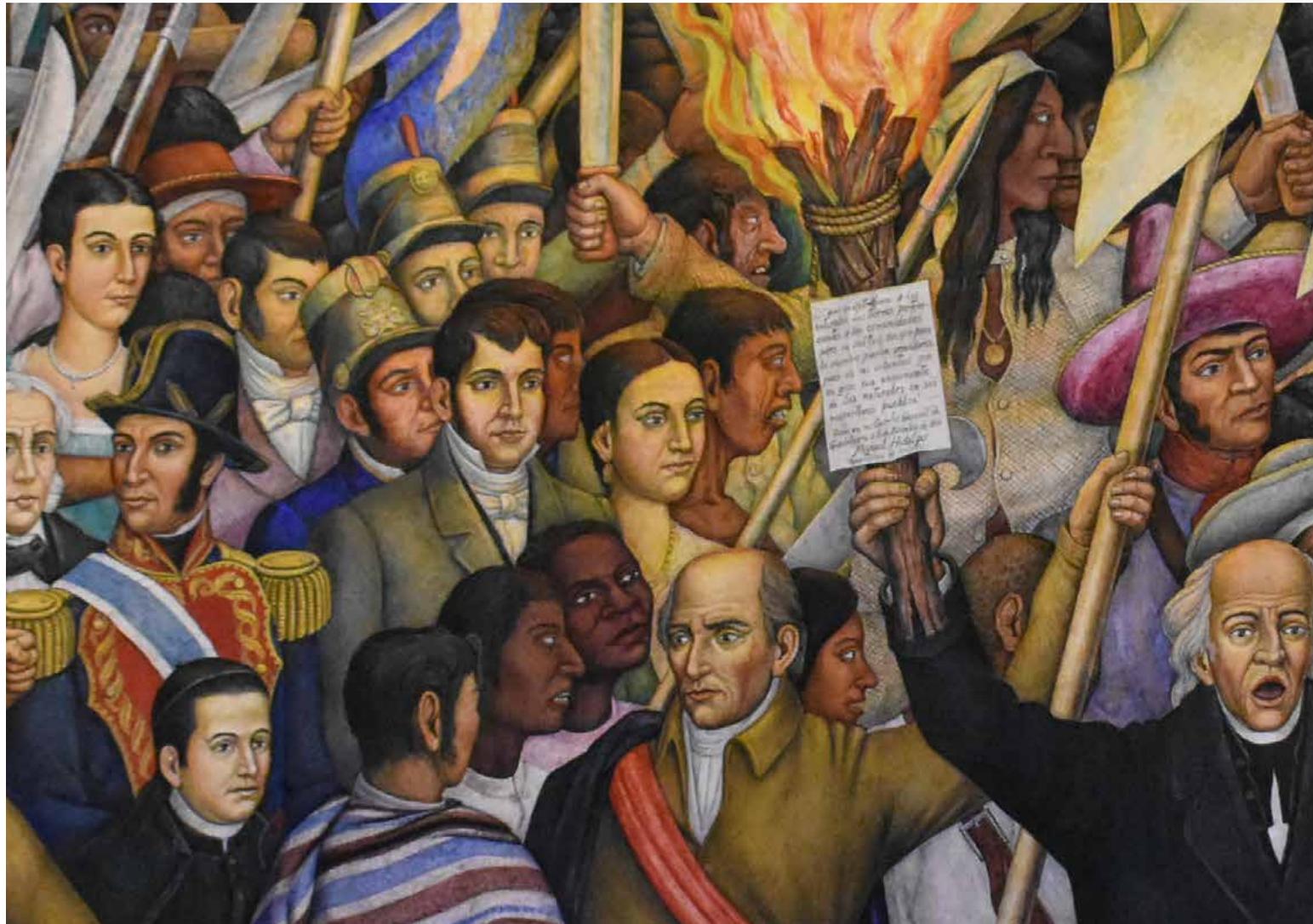
A la guerra americanas, dibujo a tinta en Escrito sobre Morelos e Hidalgo, 1814, Archivo General de la Nación, Mapas, Planos e Ilustraciones, núm. 2648.

El padre de la patria siempre tuvo una relación especial con las mujeres, la cual, por decir lo menos, fue ambivalente. En las biografías escritas por el historiador Carlos Herrejón sobre Miguel Hidalgo, se reflejan las dos caras de la misma moneda. Tomando el ejemplo de su comportamiento en Guadalajara, Herrejón dice, por una parte, que siendo “amigo de alternar con mujeres que tuvieran alguna gracia, llamó la atención que en un concierto diera su brazo a una joven hermosa para conducirla a su lugar”. Sin embargo, Hidalgo pensaba que las mujeres en el ejército insurgente podían entorpecer sus propósitos, por lo que en la Perla Tapatía también emitió un bando junto con Ignacio Allende para prevenir –entre otras cosas– su presencia: “siendo tan indecoroso como nocivo el transporte de mujeres, y mezcla de éstas en el cuerpo militar, mandamos que ninguna de ellas emprenda acompañarnos sin licencia expresa ni especificación de causa que sea bastante”.

En esta última cara de la moneda, en la que se ubican las mujeres que Hidalgo despreció, existió una que le alteró el “frenesí” de la guerra y le causó incomodidad, irritación y desasosiego, ya que se le enfrentó hasta hacerlo desazonar, al grado de prohibirle estar ante su presencia: Manuela Taboada.

Considerada heroína de la guerra de Independencia, aunque poco conocida en la actualidad, la biografía de Manuela Taboada ha sido rescatada por cronistas, historiadores y periodistas, aunque por intereses más locales; recientemente se publicó una interesante novela inspirada en su vida: *La insurrecta*, de Guillermo Barba. No obstante, merece un estudio más completo y una mejor biografía.

Sabemos de ella aspectos fundamentales: nació en Chamacuero, hoy Comonfort, en lo que fue el virreinal Ayuntamiento de Guanajuato, el 15 de junio de 1786. Tuvo educación esmerada –su familia era adinerada– y se casó con Mariano Abasolo antes que comenzara la insurgencia. La faceta más conocida de Manuela es por su vínculo con este capitán: después de haber tenido que entregar parte de su riqueza familiar cuando la insurgencia pasó por Chamacuero, el 19 de septiembre de 1810, y luego de que su esposo se incorporara al movimiento a pesar de las súplicas que le hizo de no hacerlo. Lo acompañó en ciertos tramos de la ruta seguida por Hidalgo hasta las Norias de Baján, en la que los principales jefes fueron apresados, aún después de que ella obtuvo de Calleja el indulto para su esposo. A partir de ahí vivió un calvario para salvar la vida de Abasolo bajo los argumentos de que no par-



ii
Mariano Abasolo y Manuela Taboada al centro en Juan O'Gorman, *Retablo de la independencia* [fragmento], fresco sobre aparejo, 1961, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

Nació en Chamacuero, hoy Comonfort, el 15 de junio de 1786, en el seno de una familia adinerada. Tuvo educación esmerada y se casó con Mariano Abasolo antes que comenzara la insurgencia

ticipó en las ejecuciones sumarias de españoles ordenadas por Hidalgo, a quien incluso recriminó su reprobable comportamiento criminal, y de que hizo esfuerzos por evitar las ejecuciones, a veces con éxito. Taboada logró su cometido: Abasolo no fue fusilado ni descabezado en Chihuahua, como sí lo fueron Allende, Aldama, Jiménez, Hidalgo y otros, pero sus bienes fueron incautados y el capitán condenado al destierro. Manuela lo acompañó hasta su prisión en el Castillo de Santa Catalina en Cádiz, España, donde murió el 14 de abril de 1816. Ocurrido el fatal desenlace, regresó a México, se dedicó a criar a su hijo Rafael, vio la consumación de la independencia, logró recuperar algunos bienes, se dedicó a la caridad y, finalmente, murió el 29 de septiembre de 1845.

Existe una fuente directa en la que podemos conocer aspectos de la vida de Manuela: las declaraciones del

reo Mariano Abasolo ante el juez comisionado en Chihuahua, los días 26 y 27 de abril de 1811. Sin embargo, hay otra fuente, menos conocida e indirecta, pero cercana en el tiempo, y es el testimonio que el doctor José María Luis Mora, el gran liberal precursor de la Reforma, incluye en su libro *México y sus revoluciones*. Este libro fue publicado en París en 1836 y constituye la obra histórica de Mora, testigo directo de algunos hechos que narra respecto de la “revolución de independencia”. En ella realiza una serie de semblanzas, a las que el historiador Andrés Lira llamó “retratos”, sobre personajes de la insurgencia y que, aún con sus limitaciones e inexactitudes, es el aspecto más valioso, incluso más que las descripciones realizadas sobre las batallas y otros acontecimientos.

Mora prodiga un especial aprecio y admiración por Manuela en México y sus revoluciones, a quien tal

vez conoce en algún momento de su infancia o su juventud pues ambos son originarios de Chamacuero. En el conjunto de la obra, el retrato de Manuela abarca una extensión considerable, superada sólo por los retratos de los mayores héroes de la primera insurgencia: Hidalgo, José María Morelos e Ignacio Rayón. Por lo demás, es la única mujer de la que habla largamente, pues a una heroína como Josefa Ortiz ni siquiera la menciona por su nombre. Se refiere a ella como la “mujer de Domínguez”, en referencia al corregidor Miguel Domínguez, a la que de alguna manera culpa de la aprehensión de su esposo. Otras, como Leona Vicario, no existen en su relato.

Mora inicia el retrato de Manuela diciendo que fue “nacida de una familia rica y principal del pueblo de Chamacuero”, sin mencionar que son paisanos, pero se sobreentiende y de allí que se deduce algún tipo de cerca-

nía entre ellos. Nada dice de su primer nombre: María, ni de su apellido Rojas, sólo comenta que era “de muy corta edad”. Hoy, los historiadores registran 1786 como el año de su nacimiento, por lo que, al iniciar la insurgencia en 1810 tendría 24 años. No obstante, en su *Diccionario biográfico y de historia* de 1964, Juan López de Escalera registró erróneamente que nació en 1794, el mismo año en que nació Mora, tal vez pensando en ese posible lazo que los habría unido. En lo que coinciden con Mora es en que “se había casado un año antes de empezar la insurrección” y éste remata su presentación con el siguiente atributo: “se había hecho ya notable por su discreción”.

Destacan también las críticas que Mora hace sobre la actuación de Hidalgo dentro de la guerra y sólo le concede el mérito, sin atribuírselo directamente, de llevar a cabo una revolución “tan necesaria”. En el demo-

iii

Anastasio Vargas, *El cura Hidalgo con la ronda*, óleo sobre tela, 1900, Museo Histórico Casa de Hidalgo. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

10

A través de los ojos del doctor Mora se conoce desde 1836 la historia de esta heroína, crítica de la primera insurgencia, pero con actitud favorable a la independencia



ledor juicio que hace sobre él, Mora dice que su mérito era “muy mediano”, no era hombre “de talentos profundos para combinar un plan de operaciones... ni tenía un juicio sólido y recto para pesar los hombres y las cosas, ni un corazón generoso”, entre otros atributos negativos. Cabe aclarar que Mora también fue víctima de los excesos cometidos por la insurgencia ya que al inicio de la revolución su familia sufrió el despojo de caudales ordenado por Hidalgo. Todo lo anterior convierte a este caudillo, a los ojos del gran liberal mexicano, en un personaje detestable por encima del héroe patrio.

Lo anterior es importante para contextualizar una circunstancia protagonizada por Manuela Taboada en el momento de la aprehensión de los primeros jefes insurgentes. En el relato de Mora, Manuela se entera de las maniobras que el traidor Ignacio Elizondo realiza para

llevar a cabo la captura de los principales caudillos, pero Mora lamenta que estos desprecien la información de la “atractiva y hermosa” dama, actitud que finalmente los lleva a la ruina:

[...] fue una de las pocas personas que conocieron y pronosticaron el triste resultado de los desórdenes que acompañaron los primeros movimientos... [Hidalgo] la tomó en grande aversión por la mortificación que le causaba ver censurada su conducta y paralizadas hasta cierto punto sus operaciones, por la oposición de una joven en la cual no quería ver otras prendas que los atractivos de su hermosura. El orgullo de Hidalgo, que se consideraba el primer hombre de México y no se hallaba con fuerzas para sufrir esta humillación, lo hizo

romper abiertamente con esta dama hasta el punto de despreciar la noticia que ella dio del lazo que les tendía Elizondo.

De esta forma, Mora se convierte en uno de los pocos historiadores que no consideran la traición de Elizondo como causa exclusiva del desastre de Baján, pues también lo atribuye a la indolencia y soberbia mostrada por los jefes insurgentes, especialmente por Hidalgo, al deseñar la ayuda de una mujer como Manuela. El resto de la historia es conocido: los jefes son capturados y trasladados a Chihuahua para ser juzgados y fusilados. Como sabemos, Abasolo es el único que salva la vida, lo que atribuye Mora a su actitud benevolente con algunos españoles, a quienes logra salvar de una muerte segura ordenada por Hidalgo, pero, sobre todo, a la firme actitud

adoptada por su esposa: “En este asunto lo sirvieron bien y empeñosamente los españoles que salvó; pero su esposa fue quien puso en acción todos estos resortes, que hubieran quedado inertes sin la cooperación de esta ilustre mexicana... por el ascendiente que ejercía en su marido, contribuyó a la oposición que este siempre hizo a las mantanzas de españoles decretadas por Hidalgo.”

La admiración de Mora por Manuela Taboada se reafirma en el retrato completo que hace de ella, que es prácticamente una odisea y vale la pena conocerlo íntegro:

Madama Abasolo, luego que su marido fue preso, se revistió de una energía superior a su edad, a su delicadeza y a su sexo, se presentó a los que debían condenarlo, y sus reclamaciones, apoyadas de sus lágrimas y de las protestas de justificar los

servicios de su marido a muchos españoles, le hicieron obtener una especie de promesa de dilatar la resolución final del negocio hasta que ella pudiese presentar los documentos que necesitaba. Luego que la obtuvo, con los pequeños socorros que algunos le prestaron, emprendió su camino parte a pie, parte en un asno; se presentó en Guadalajara, pasó al ejército de Calleja, estuvo en Querétaro, en México, y en todas partes rogó, suplicó, e interesó a cuantos pudo a favor de su marido. Después de haber sufrido mil desaires, mortificaciones y escaseces, de haber atravesado el virreinato dos veces y corrido de la manera más incómoda cerca de 700 leguas [aproximadamente 3 000 kilómetros], logró, por recomendaciones y empeños, salvar la vida de Abasolo, y se resolvió a acompañarlo en su deportación a España; pero confiscados los bienes de este por el gobierno español, y arruinados los suyos en consecuencia de la revolución, carecía de los medios necesarios para verificarlo. Entonces haciendo un esfuerzo sobre sí misma, reunió todas sus alhajas, y pasando mil privaciones para llegar con ellas a Veracruz, donde debía embarcarse su marido, las presentó todas al comandante de la fragata Prueba, don Javier Ulloa, ofreciéndoselas en pago de su pasaje, y protestándole que si ellas no alcanzaban, no tenía más para completar su valor. Compadecido de su desgracia, el capitán rehusó generosamente la oferta, y la llevó en compañía de su marido, sin querer recibir nada. Si el gobierno de las Cortes hubiera continuado, la suerte de Abasolo habría sido menos dura, y esta era la esperanza de su mujer, que salió de Veracruz a principios de 1814; pero al llegar ellos a Cádiz el Congreso había sido disuelto, y Fernando [VII] nada piadoso, gobernaba sin sujeción a las leyes. Abasolo salió del buque para la cárcel pública, y su mujer, sola y sin conocer a nadie, anduvo vagando por la ciudad hasta que por gran favor le permitieron ser alojada con su marido en la prisión; después fueron ambos trasladados al castillo de Santa Catarina, donde permanecieron en la miseria, y desamparo que los americanos aliviaban algunas veces como podían, hasta que en 1819 Abasolo murió, y la señora se restituyó a su patria.

Llama la atención el trato de cortesía afrancesado que Mora prodiga a Manuela: “Madama”, así como la descripción de los esfuerzos y penurias que pasó para salvar al esposo y el mal momento en que llegaron a España, cuando Fernando VII había restaurado la monarquía y los presos que habían sido liberales o insurrectos, tanto en España como en Nueva España, no gozaron de su clemencia. El retrato de Manuela tiene un digno ribete, que lo hace uno de los pocos que en *revoluciones* cruzan el tiempo de la consumación de la independencia: “Esta heroína mexicana, con grandes títulos y sin ningunas pretensiones a la admiración pública y a la gratitud nacional, nada reclamó a su favor verificada la independencia, y si se le restituyó la hacienda de su marido confiscada por el gobierno español, pero aún no vendida en aquella época, esto fue por disposición de una ley general que se dio sobre la materia.”

Tal vez Mora se refiere a un decreto expedido el 19 de julio de 1823 por el Congreso ya reinstalado, luego de la abdicación y destierro de Agustín de Iturbide, quien honró los servicios prestados por los primeros héroes de la independencia, tanto muertos como vivos, y retribuyó en varias formas a los sobrevivientes o a sus familiares. Por lo demás, este último pasaje hace suponer una mayor probabilidad de que Mora conociera a Manuela después de 1821 y observara en ella a una mujer extraordinaria por su actitud valiente y decidida, al oponerse a las matanzas de españoles que ordenó Hidalgo, actitud que admiró Mora sobre otras, no sólo en ella, sino en los insurgentes que la tuvieron.

Es así como a través de los ojos del doctor Mora se conoce desde 1836 la historia de esta heroína, crítica de la primera insurgencia, pero con actitud favorable a la independencia. Hoy, Manuela es homenajeada en el estado de Guanajuato, especialmente en el municipio de Comonfort, pero no ha logrado trascender e instalarse de manera permanente en el panteón de heroínas nacionales. Varias circunstancias contribuyen a ello, comenzando por la poca valoración que se ha tenido de *México y sus revoluciones* como testimonio cercano a la guerra de 1810; el lugar de Abasolo en el panteón de héroes, opacado por Hidalgo y Allende, con justa razón dado su comportamiento vacilante; y, sobre todo, la adoración que se tiene en México al padre de la patria y el odio a sus detractores, así hayan tenido razones justificadas para recriminar su mal comportamiento, como lo hizo Manuela Taboada.



iv
Grito de Dolores, óleo sobre tela, siglo XIX, Museo Histórico Casa de Hidalgo. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

PARA SABER MÁS

GONZÁLEZ LEZAMA, RAÚL (intr., selec. y notas), “Declaración de Mariano Abasolo”. *Voces insurgentes. Declaraciones de los caudillos de la independencia*, México, Secretaría de Cultura/INHERM, 2019, pp. 208-248, en <<https://cutt.ly/8RLJBcG>>

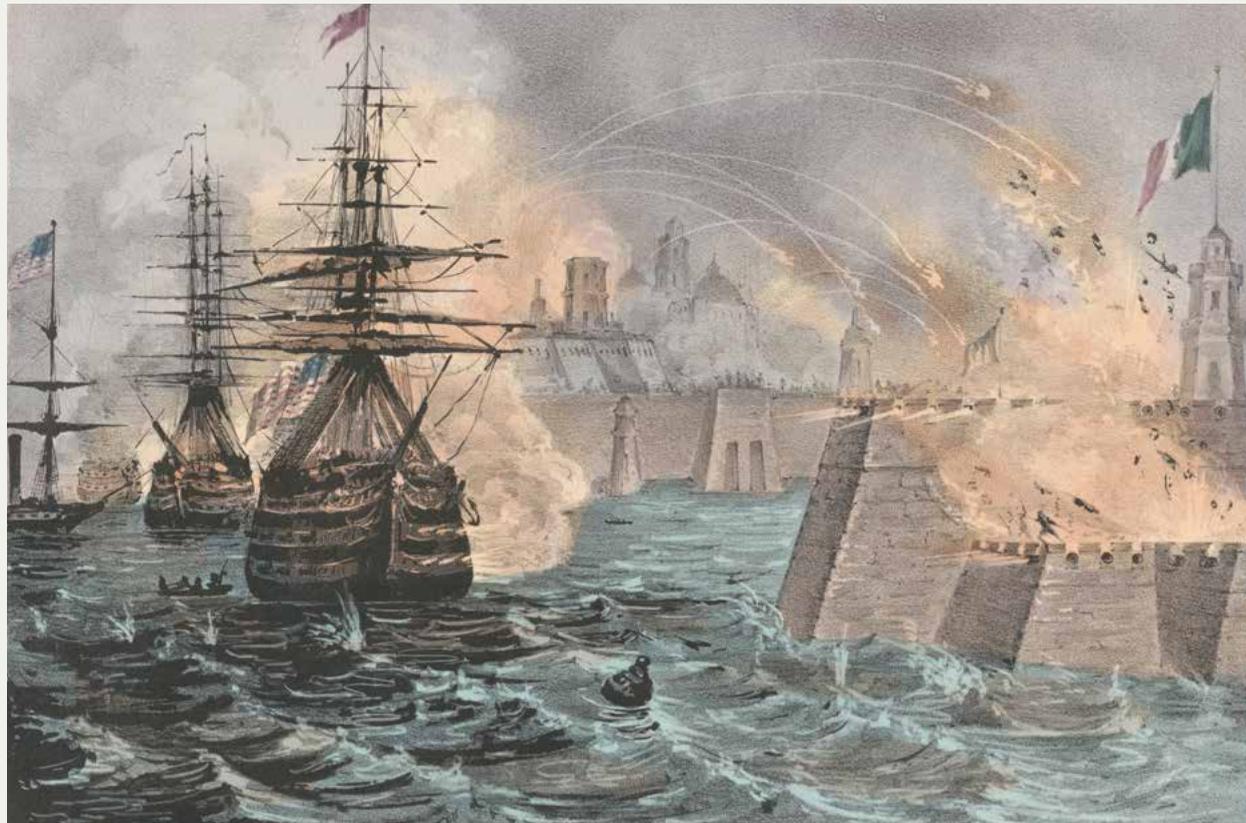
HERREJÓN PEREDO, CARLOS, *Hidalgo: maestro, párroco e insurgente*, México, Fomento Cultural Banamex, 2011.

MORA, JOSÉ MARÍA LUIS, *José María Luis Mora. Obras Completas V. Obra Histórica III. México y sus revoluciones 3*, inv., recop. y notas de Lilián Briseño Senosiáin, Laura Solares Robles y Laura Suárez de la Torre, México, Instituto Mora/CONACULTA, 1994.

SAUCEDO ZARCO, CARMEN, “Esposas” en *Ellas, que dan de qué hablar. Las mujeres en la guerra de Independencia*. México, SEP/INHERM, 2011, pp. 73-81, en <<https://cutt.ly/MRLJ4vn>>

JOSÉ FRANCISCO VERA PIZAÑA
Museo Militar de Aviación

14 *El dominio naval en la estrategia militar de la independencia*



15

i
Sarony & Major, *Victorious bombardment of Vera Cruz, 1847*, litografía, 1847. Library of Congress, Estados Unidos.

En momentos en que la armada española era fuerte, emitir patentes de corso y mantener sitiados por tierra los puertos sobre el Caribe y el Pacífico fueron decisiones acertadas de la estrategia independentista para deponer al régimen monárquico.

A 200 años de la consumación de la independencia, vale la pena repensar el lugar que ocupó la dimensión naval durante el desarrollo de este conflicto y al momento en que se conformó el primer imperio mexicano. En efecto, es necesario considerar que la guerra de independencia no fue, como generalmente se entiende, un proceso que pueda reducirse al desarrollo de las operaciones militares en tierra, pues el dominio del mar y de los enclaves portuarios tuvo un significado estratégico profundo para los diferentes protagonistas de este periodo.

De esta visión de la ofensiva terrestre deriva la noción de que las guerras de independencia y de consumación siguieron paradigmas militares rígidos y antagónicos: mientras los contingentes al servicio del régimen virreinal se acercaban a la guerra “racional” del siglo XVIII (misma que había generalizado en Europa después de las campañas de Federico II

de Prusia, 1712-1786), las tropas insurgentes lo hacían bajo el sistema de “guerra de guerrillas”, cuyo objetivo era rehuir a los enfrentamientos en campo abierto y favorecer los ataques furtivos y emboscadas. En otras palabras, mientras unos buscaban el combate directo en el campo de batalla, los otros preferían hacerlo tras líneas enemigas.

Pero no debe olvidarse que, durante este periodo, se desarrollaron diferentes formas de hacer la guerra que resaltaron por su propio valor táctico y estratégico. En efecto, el conflicto naval supuso un paradigma de gran valor estratégico, pues el control exitoso de los mares podría alterar o reforzar los planes de los dirigentes militares. En este artículo se buscará resaltar el papel de la guerra naval desde el proceso de la independencia y hasta el primer imperio mexicano, con la intención de observar la evolución de la proyección marítima del país.

16

La confrontación entre España, Francia y Gran Bretaña por el dominio de los mares desde la segunda mitad del siglo xviii, marcó una alteración en el equilibrio de poderes en el Atlántico, el Golfo de México y el Caribe

FIN DEL DOMINIO NAVAL ESPAÑOL

Previo a analizar cómo surgió el sistema naval mexicano de la independencia y de la consumación, conviene mirar a la evolución del dominio del imperio español sobre los mares americanos, primero con la casa de los Habsburgo y luego con la de los Borbones.

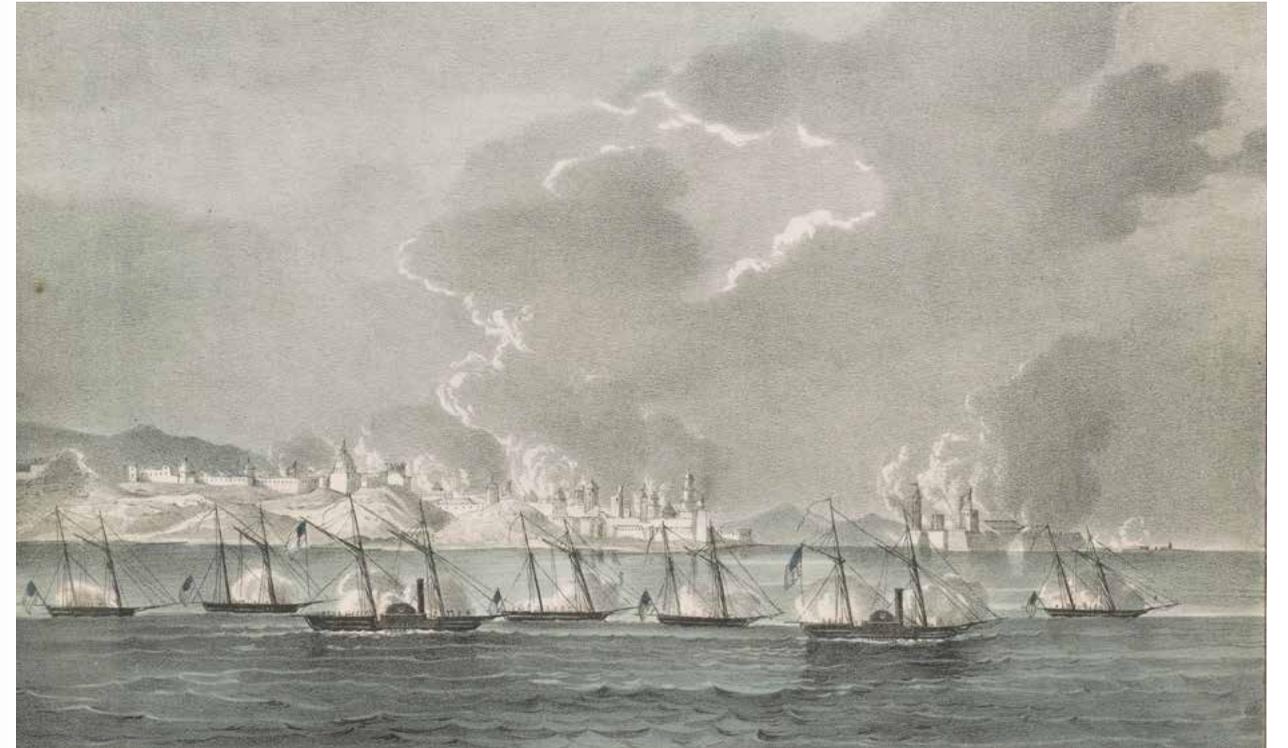
Desde el siglo xvi, los españoles desarrollaron una refinada estrategia para dominar los mares americanos, la cual tuvo como objetivo asegurar el control de las principales entradas a los enclaves continentales. Gracias a ello, durante casi 300 años, los españoles lograron controlar el flujo del comercio interoceánico y del tráfico de la plata desde Asia, América y Europa, lo que convirtió a Nueva España en el centro de la economía mundial.

El poder naval español se vio asegurado por su dominio sobre los puertos de Veracruz, en el Golfo de México (la entrada del comercio del Caribe y del Atlántico), y de Acapulco, en el Pacífico (centro articulador del comercio con el mercado asiático), así como en el resto de los puertos de menor orden y las rutas de navegación que permitían la interconexión de las embarcaciones al continente americano.

Empero, la confrontación entre España, Francia y Gran Bretaña por el dominio de los mares desde la segunda mitad del siglo xviii, marcó una alteración en el equilibrio de poderes en el Atlántico, el Golfo de México y el Caribe, que se vio acentuada por la destrucción de la armada española en Trafalgar (1805). Además, la posterior invasión napoleónica sobre la península ibérica iniciada en 1808 (derivada de la necesidad de reforzar el boicót comercial en contra de la manufactura y el comercio inglés que se distribuía en los puertos de Portugal), generó que el esfuerzo de guerra para España, incluyendo la movilización de recursos y la fuerza naval, se concentrara en el conflicto europeo.

En este sentido, el estallido de las independencias americanas fue una consecuencia del resquebrajamiento del poder naval español, el cual fue un largo proceso que comenzó tras la derrota ante Inglaterra en 1763, y que se acentuó durante la invasión napoleónica a España en 1808. En el momento en que los novohispanos pusieron en duda la legitimidad del gobierno español tras la abdicación del rey Fernando VII, los dirigentes insurgentes pudieron actuar con libertad contra los gobiernos establecidos, sin que éstos recibieran el auxilio de la metrópoli.

17



ii
N. Currier, *Attack of the gun boats upon the city, & castle of San Juan de Ulloa. bombardment of Vera Cruz*, litografía, 1847. Library of Congress, Estados Unidos.

iii
M. Rugendas, *Puerto de Veracruz con el castillo de San Juan de Ulúa (México)*, litografía, ca. 1850. The New York Public Library.



18



iv
Anónimo, *La gloriosa acción de Veracruz ganada por los mexicanos contra los franceses el 5 de diciembre de 1838*, óleo sobre tela, ca. 1839, Museo Nacional de las Intervenciones. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

v
Jean Marie Auguste, *Combate en San Juan de Ulúa*, óleo sobre tela, ca. 1841, Museo de Arte del Estado de Veracruz. Instituto Veracruzano de la Cultura, Gobierno del Estado de Veracruz.

19

Con la llegada a escena del Ejército Trigarante en 1821, la toma de los puertos volvió a ser un elemento central de las campañas militares de los revolucionarios

DIMENSIÓN NAVAL

Al intensificarse el conflicto en el Viejo Continente durante las guerras napoleónicas (1808-1815), la mayoría de los servicios navales y de la armada española se destinaron al esfuerzo de guerra en Europa. En consecuencia, al menos durante los dos primeros años de la insurgencia, la defensa del gobierno virreinal recayó en los hombros de las fuerzas leales destacadas en el continente. Posteriormente, tras la expulsión de los franceses de la península ibérica hacia 1812, el gobierno español pudo costear el envío regular de fuerzas expedicionarias hacia el continente americano, lo que permitió un control más eficiente de los puertos de entrada al virreinato.

Para los primeros líderes de la insurgencia, en cambio, la dimensión naval no parecía formar parte de su estrategia para alcanzar sus objetivos políticos, más allá del discurso ideológico. El caso de la toma del puerto de San Blas, en Nayarit, resulta ejemplificador. Capturado por el padre José María Mercado el 30 de noviembre de 1810, gracias a una revuelta popular, logró negar la entrada de recursos económicos a las arcas españolas, pero sin gozar de un control efectivo de la región. De hecho, la situación de

las fuerzas insurgentes fue tan débil en el puerto, que a los pocos meses una contrarrevolución terminó por recuperar San Blas para los españoles, y el padre Mercado encontró su final lanzándose desde un barranco.

Morelos, en cambio, sí desarrolló una conciencia sobre la necesidad de explotar con eficiencia los recursos navales a su disposición. Así, aunque sus primeras campañas sobre el Pacífico mexicano en 1810 y 1811 no rindieron frutos, le permitieron comprender el valor estratégico de los litorales mexicanos. De esta forma, en su campaña de 1813, uno de los objetivos principales era hacerse con el puerto de Acapulco para negar la entrada del comercio asiático a los españoles (lo cual se logró hasta 1814). Además, buscó legitimar la guerra de corso en el Congreso Constituyente de 1814, en función de una estrategia racional para atacar la economía española. La intención de esta legislación era regular una forma de guerra que ya se había generalizado desde mucho antes de la pérdida de la autoridad española, aunque esta vez con miras a aprovecharla en beneficio del gobierno insurgente.

En efecto, se expidieron patentes de corso para el marino francés Luis-Michele Aury, quien había servido en otros movimientos insurgentes en América del Sur. Las

20 correrías que organizó desde el puerto de Galveston, en el Golfo de México, tuvieron un efecto importante en la pérdida de la autoridad naval española (de hecho, desde ahí partió la expedición de Francisco Xavier Mina en 1817). Aunque posteriormente Aury se pondría al servicio de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1817, su caso deja entrever que la dimensión naval, aunque muy limitada debido a las mismas circunstancias en las que se desarrolló el conflicto, no fue ajena a la insurgencia mexicana.

CONSUMACIÓN Y PRIMER IMPERIO

Con la llegada a escena del Ejército Trigarante en 1821, la toma de los puertos volvió a ser un elemento central de las campañas militares de los revolucionarios, pues su dominio significaría negar definitivamente a los españoles la entrada al país, lo que se traduciría en una forma de negociar con las autoridades virreinales de México. Así, hacerse con los puertos de Veracruz y de Acapulco se convirtió en un factor de vital importancia para el ejército de Iturbide.

Desafortunadamente, las fuerzas trigarantes no lograron tomar la fortaleza de San Juan de Ulúa, en Veracruz, ni el puerto de Acapulco, pues no contaban con una armada que pudiera neutralizar a la marina de guerra española que apoyaba la defensa del puerto. Esto orilló a que las tropas leales a Iturbide se limitaran a sitiar estos dos puertos y vigilar las salidas para evitar que las fuerzas virreinales de tierra adentro recibieran refuerzos desde el mar. De cualquier forma, la presión ejercida por las fuerzas trigarantes en estos puntos terminó por convencer a las autoridades virreinales de que sería imposible recibir ayuda de Cuba (el punto más cercano que podía asistirlos), en virtud de la dificultad de que una fuerza de refresco desembarcara para pacificar Nueva España.

Ahora bien, cuando Iturbide se convirtió en emperador del primer imperio mexicano en 1821, también fue nombrado generalísimo de Mar y Tierra. Una vez más, el elemento naval aparece en la agenda mexicana desde sus primeros instantes de independencia. Entre los primeros actos del emperador, se nombró a Antonio de Medina como ministro de Guerra y Marina, quien impulsó un proyecto para hacerse con una armada de guerra, la cual tendría el objetivo de defender al imperio y expulsar a los españoles que todavía mantenían en su poder el fuerte de San Juan de Ulúa.

Así se adquirieron las dos primeras embarcaciones mexicanas: dos goletas (Iguala y Anáhuac) y nueve balandras cañoneras (Chalco, Chapala, Texcoco, Orizaba, Campechana, Zumpango, Tampico, Papaloapan y Tlaxcalteca). Tanto las goletas (dos y tres mástiles) y las balandras (un mástil) eran navíos rápidos, diseñados para interceptar el comercio marítimo enemigo, lo cual indica que la proyección naval del imperio mexicano se decantaba más por la guerra de corso que por la guerra de escuadra.

Estas embarcaciones prestaron ayuda en el bloqueo de San Juan de Ulúa, pero el descalabro del primer imperio mexicano hacia 1823 limitó la operatividad de la flota. Sin embargo, con la llegada del ejército republicano de la primera década independiente se dio un nuevo impulso a la dimensión naval. Se compraron más navíos y se intensificó el bloqueo de San Juan de Ulúa hacia 1825.

La respuesta española fue lanzar una nueva ofensiva para romper el bloqueo y asistir a las tropas aisladas en Veracruz, pero un temporal obligó a las fuerzas a regresar a Cuba. Sin más ayuda, la guarnición de San Juan de Ulúa capituló en noviembre de 1825. La consumación de independencia cerró su segundo capítulo con otro triunfo sobre las armas españolas.

A CONSIDERAR

La consumación de independencia tuvo una importante dimensión naval. Los jefes insurgentes, desde Morelos y hasta Iturbide, así como los dirigentes del México independiente, consideraron que el dominio de los mares o, al menos, de los puntos de entrada al país y de las rutas de navegación del Caribe y del Pacífico, eran un asunto de suma importancia para asegurar la independencia del país.

Incapaces de desarrollar una marina de guerra compuesta por navíos de línea, los dirigentes mexicanos optaron por una estrategia de guerra de corso que les rindió importantes frutos frente a la armada española. La presión naval de estos corsarios –junto con la capacidad del Ejército Trigarante y después de la primera república– para asegurar los enclaves estratégicos, significó el triunfo del proyecto político de independencia (primero) y de unificación del territorio mexicano (segundo, con la toma de San Juan de Ulúa).



vi
Urbano López, *Vista de la bahía de Acapulco*, litografía a color en *Álbum pintoresco de la república mexicana*, México, Imprenta de Julio Michaud y Thomas, 1850.

PARA SABER MÁS

VALDEZ-BUBNOV, IVÁN, "Las guerras de independencia: una perspectiva naval" en Clever Alfonso Chávez Marín (coord.), *Estudios militares mexicanos*, Guadalajara, Jalisco, 2013, vol. 4, pp. 115-129.

VALDEZ-BUBNOV, IVÁN, *Poder naval y modernización del Estado: política de construcción naval española (siglos XVI-XVIII)*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.

CÁRDENAS DE LA PEÑA, ENRIQUE, *Semblanza marítima del México independiente y revolucionario*, vol. II, México, Secretaría de Marina, 1970.

Laura Suárez de la Torre
Instituto Mora



La educación femenina de la elite en el siglo XIX

La lectura de revistas fue un soporte relevante por el cual las hijas de matrimonios de la alta sociedad mexicana se fueron formando en sus casas en las décadas siguientes a la consumación de la independencia. Literatura, ciencia, tecnologías de la época, higiene y platillos a servir en una mesa moldeaban su instrucción como esposas y madres de familia.

i Técnica para dibujar, litografía, en *Semanario de las Señoritas Mejicanas. Educación Científica, Moral y Literaria del Bello Sexo*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1841, t. 1. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

23 La educación de las niñas y de las señoritas fue un tema que estuvo presente en el espacio público a lo largo del siglo XIX. Al iniciar esa centuria, el *Diario de México* señalaba que únicamente las mujeres de los sectores altos y medios tenían acceso a la instrucción. El panorama educativo se reducía a aprender los rudimentos de la lectura, con el objetivo de poder leer las oraciones y los libros piadosos, y la escritura, que era un arte que sólo algunas pudieron practicar, pues no eran aprendizajes simultáneos.

Mejorar la educación de las mujeres quedó como una tarea pendiente a pesar del interés de las políticas borbónicas. Cobró mayor importancia después de la independencia del país, pues representaba una fórmula para incorporar a México en la clasificación de país moderno y civilizado. Pero la falta de establecimientos públicos, la escasez financiera de los gobiernos en turno, la carestía de maestros, espacios y textos convertían a la educación en un proyecto inviable que se quedó más en palabras que en hechos concretos. De allí que la realidad que enfrentaron las mexicanas no se apartó mucho de la visión educativa de las féminas coloniales.

José María Luis Mora, uno de los más importantes ideólogos del siglo XIX mexicano, remarcó que la música, el dibujo y la lectura hasta fines del siglo XVIII “eran enteramente desconocidas para la mayor parte de las damas, reputándose por un fenómeno el que alguna supiese las cuatro reglas de aritmética, tuviese tal o cual conocimiento de geografía, pulsase con alguna destreza las teclas de un piano”.

Si bien los proyectos gubernamentales educativos enfrentaron múltiples escollos, los padres de familias acomodadas coincidieron en que las mujeres debían y podían instruirse en casa y que las lecturas eran un medio eficaz. Los proyectos editoriales dirigidos a las señoritas mexicanas partieron del principio de considerarlas capaces de aprender y de interesarse en temáticas diversas, aunque siempre en el entendido de educarlas en beneficio de ellas, pero también de sus esposos y familia, de ser las compañeras ideales de los hombres.

De ahí que se pueda decir que uno de los rasgos distintivos de la cultura en el México posindependiente fue la importancia que adquirieron las lecturas, como una fórmula de educación y entretenimiento de las señoritas. Durante las décadas que siguieron a la proclamación de la independencia, diversas publicaciones vieron la luz en la ciudad de México. Los impresores-editores se inspiraron en impresos de “países civilizados” como Inglaterra y Francia, para ofrecer materiales que les resultaran atractivos, y también copiaron algunos textos de revistas españolas para introducir en el mercado nuevas lecturas.

Las publicaciones se ofrecían con elegantes presentaciones que combinaban la litografía y los grabados. Los contenidos misceláneos buscaban instruir y entretener a las señoritas, quienes muy pronto se hicieron aficionadas a estos, combinándolos con sus viejos acompañantes, los libros de rezos y de devociones diarias.

Las revistas literarias les ofrecían instrucción y les permitía adentrarse en materias y realidades que hasta entonces les habían quedado ajenas. Su contenido incorporaba distintos intereses adecuados para su espíritu. En las letras dedicadas a ellas estaba integrada la virtud. La literatura tenía que ser edificante para hacer mujeres instruidas y virtuosas. Las lecturas debían contribuir a su formación, ser comprensibles y estar vinculadas con su entorno.

A través de esos medios, fácilmente podrían propagarse los conocimientos y la mujer podría superar la ignorancia, como lo mencionaba el prospecto del *Semanario de las Señoritas Mejicanas...*, en 1841: “...Ilustrada la joven de nuestros días por medio de una educación esmerada, ella será sin duda sabia, modesta, recogida y amable como su edad, graciosa y verídica como la naturaleza, grave y profunda como el siglo á que pertenece, y capaz de seguir bajo la égida del hombre el movimiento de las luces y de avanzar y elevarse con él en la rápida carrera de los progresos.”

El impresor del mismo semanario, Vicente García Torres, consideró que “los nuevos métodos de enseñan-

za y [...] los avanzados descubrimientos del siglo de las luces, parecen monopolizados por solo uno de los sexos, mientras el otro, por una notable anomalía, ve cerradas las puertas del grandioso alcázar de los adelantos y de las mejoras progresivas de la especie humana”.

La lectura que llevaría a cabo en su espacio privado le permitiría ser una mujer de su hogar y, con el tiempo, empezaría a salir del ámbito nuclear a buscar estudios, a encontrar trabajo, a mostrar el interés por el mundo masculino desde la esfera del conocimiento, a entrar, en pocas palabras, en la modernidad, pues las páginas de estas nuevas publicaciones las acercaron a la ciencia, a través de textos sencillos y experimentos varios; a la literatura, mediante biografías, novelitas, cuentos y poemas, y a la historia, con pasajes y biografías. Su universo se amplió y le fue abriendo nuevas posibilidades en su educación. Incluso, algunas contribuyeron tímidamente en los contenidos de las publicaciones con algunas traducciones y con composiciones propias, como poesías, convirtiéndose en una primera forma de acceso al espacio público. Las novelitas fueron valiosa vía para el conocimiento de otras costumbres y culturas. Y de esta manera, un nuevo universo cultural acompañó a estas mujeres, al ponerlas en contacto con otros mundos lejanos, los cuales conocían en las páginas impresas.

Las lecturas les permitía viajar a otros países, conocer la historia de México y de otras naciones, estar al tanto de los hombres y mujeres célebres, entender la física y la química en su actividad cotidiana y adentrarse en la economía doméstica, que para entonces se consideraba base “para el manejo de una casa, para el gobierno de una familia, para el placer de los comensales diarios, de los convidados; y, por último para la economía...”, como lo apuntaba el semanario.

A partir de la economía doméstica, las señoritas aprenderían las recetas con otra óptica y les hacía concebir las labores del hogar desde otra perspectiva. Su futuro como esposas y madres lo verían dentro de la ciencia, que para entonces se consideraba la base para el progreso. De esta manera se introdujeron recetas para preparar alimentos y algunos rituales de la mesa como saberes necesarios para su formación.

Se les hablaba de la comida, de la casa, de la higiene, de la etiqueta y de otros asuntos para formar una familia, para manejar el hogar. En esa publicación se decía que “la economía doméstica es uno de los cuidados más importantes y de los elementos de educación más necesarios para una señorita”, la ciencia que debe aprender.

Pero se acercaban a las recetas de cocina no para que ellas las prepararan, pues las señoritas se ocupaban de otras cosas. No eran cocineras. Para ello había un personal dedicado a esos menesteres y la economía doméstica les guiaba en las tareas para dirigir a los “otros”, a los criados y sirvientas. Era imposible imaginarlas “entre el humo, los sartenes y las cazuelas, [pues ellas dedicarían su] tiempo [...] más bien empleado entre las flores, las gasas y los adornos...” Ante esta nueva visión:

escribir de la cocina en un Semanario literario, y mezclar los preceptos de un puchero puesto al fuego, con las lecciones de moral, de ciencias y de amena literatura, y con ella ejemplos del buen gusto, debe espantar a plumas más atrevidas que las nuestras. Sin embargo, un periódico para las Señoritas Mexicanas o para las de cualquiera otra nación, quedaría incompleto si por críticas tan frívolas o por temores vanos, excluyese de sus columnas uno de las artes más esenciales para el manejo de una casa, para el gobierno de una familia, para el placer así de los comensales diarios como de los convidados; y, por último, para la economía.

Las recetas de nuevos platillos les permitiría sorprender a los suyos y halagar a los que esperaban de ellas



ii
Mujer con traje de campo, litografía, en *Calendario de las señoritas megicanas para el año 1839*, México, Imprenta de Mariano Galván, 1839. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

iii
Mujer con traje de mañana, litografía en *Calendario de las señoritas megicanas para el año 1839*, México, Imprenta de Mariano Galván, 1839. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

lo mejor. Por eso se decía en el famoso libro de Brillat Savarin, *Fisiología del gusto*: “Los conocimientos gastronómicos son necesarios a todos los hombres, puesto punto esta utilidad a medida que se aplica a las clases más acomodadas de la sociedad, y por último son indispensables a los que por tener una considerable renta, reciben en sus casas muchas personas, ora por necesidad de su categoría, ora por propia inclinación, ora por seguir la moda.”

Así, se otorgaba a la cocina una dimensión diferente.

Servía también para aplicar los conocimientos químicos que habían aprendido. Al hacer helado, por ejemplo, la señorita ponía en práctica tres enseñanzas: la conservación de la leche; los distintos estados del agua y una fórmula para alimentos sanos.

Esa economía doméstica también llevaba a la renovación de las provisiones y de los platillos que se venían consumiendo en México. Se hacía alusión a países y ciudades, lo que daba un atractivo a los nuevos platillos que se ofrecían. Al hojear la revista, las señoritas se ilusionaron con los panecillos franceses, el “Pudín de Gloucester”, el “Pudín de Sussex”, el “Pudín inglés”, el “Bollo escocés”, los “Merengues italianos”; aprendieron a preparar bebidas como el “Aguardiente de Ginebra”, el Noyau, el “Licor de almendras” o un “Ponche inglés”.

Las lectoras establecían, sin proponérselo, relación con otras ciudades, con otros países que, si bien la mayo-

ría no conocía, entrarían a su mundo a través de la preparación y degustación de estos platillos. Así, los alimentos les hicieron presentes realidades ajenas y los nombres de ciudades lejanas, conocidas y desconocidas, entraban en el universo de las lectoras.

Se ampliaba su horizonte culinario: la comida las trasladaba a otra geografía gastronómica que les mostraba la riqueza alimentaria de otros países. A la sopa, los tamales, los frijoles, el pollo, la ternera, el guajolote, el chile, las tortillas, los guisados con papas, el chocolate, que eran hartos conocidos y presentes en las mesas mexicanas, se incorporaron otros componentes alimentarios. El *beef-steak* hizo su entrada y se hizo hincapié en la pronunciación (*biifstéc*), voz inglesa que significa torrezno *steak* de buey (*beef*), junto con el queso Gruyère, indispensable para cocinar el pastel de queso. A éste se agregaron el Parmesano, el Roquefort, el queso de Suiza y se sumaron otros productos como el alumbre francés, las habichuelas vegetales a la inglesa, entre otros ingredientes.

Si bien en la etapa colonial ya se había dado una revolución en la cocina al combinar los sabores prehispánicos con nuevos ingredientes, como lo refiere Jorge García Robles en su libro *Enchíllame otras. Comida mexicana, siglo XIX*:

La Colonia fue un enorme laboratorio gastronómico en el que se experimentó, tanteó e inventó toda

una mirada de platillos que utilizaron ingredientes y técnicas de las dos matrices culturales, esto con una mentalidad nativa mestiza, es decir, ni española ni indígena; [...] los mestizos fueron los que pergeñaron esta revolución gastronómica que convirtió la olla podrida en pozole y la tortilla con chile en taco de carnitas [...] los mestizos no tenían tradiciones arraigadas ni ponían en riesgo una identidad que desde entonces ya estaba desdibujada y atrapada como ahora en intrincadas madejas...

Lo interesante del siglo XIX es que a la revolución culinaria que se efectuó a lo largo de tres siglos, se presentó la posibilidad del comercio libre con nuevas mercancías que ayudaban a establecer una cocina mexicana en relación con el ideal burgués de la época, como señala García Robles.

Una parte también importante concerniente a la economía doméstica se relacionaba con los consejos que ofrecía *madame* Cora Millet, conocida publicista francesa. En las páginas de estas revistas se hablaba del ajuar de la cocina para el que se recomendaban las cafeteras de Levant y las vajillas de porcelana de Montreau. No sabemos si en México se vendían estas cafeteras y vajillas, pero lo interesante es que hacían presentes estos utensilios en las páginas de las revistas y quizá algunas mexicanas, las adineradas, pudieron llegar a tener estos objetos, tal como lo recomendaba *madame* Millet.

Fue *La Semana de las Señoritas Mejicanas*, la que más se ocupó de la economía doméstica y logró tener alrededor de 1 000 suscriptores, lo que no era fácil conseguir. El haber llegado a esta cifra le abrió la puerta al editor Juan R. Navarro para seguir publicando en ese sentido. De allí que fuera el responsable de sacar a la luz en su imprenta de Chiquis N° 6 en 1852 la obra de Brillat Savarin: *Fisiología del gusto. Traducida por Eufemio Romero, ilustrada por Bertall, precedida de una noticia biográfica por Alf Karr. Grabados en madera intercalados en el texto por Midderigh.*

Los manuales de cocina como *El cocinero mexicano* (Imprenta de Galván 1831), *Novísimo arte de cocina* (Imprenta de Alejandro Valdés, 1831), *Nuevo y sencillo arte de cocina* (Imprenta de Vicente García Torres, 1841) y *Enciclopedia doméstica* (Imprenta de Juan R. Navarro, 1854), precedieron o se publicaron en paralelo a las revistas lite-

rarias. Lo interesante es que las mujeres se encontraron con las recetas en otro tipo de soporte que las hacía más interesantes, pues se incluían dentro de un apartado moderno, el de “la economía doméstica”.

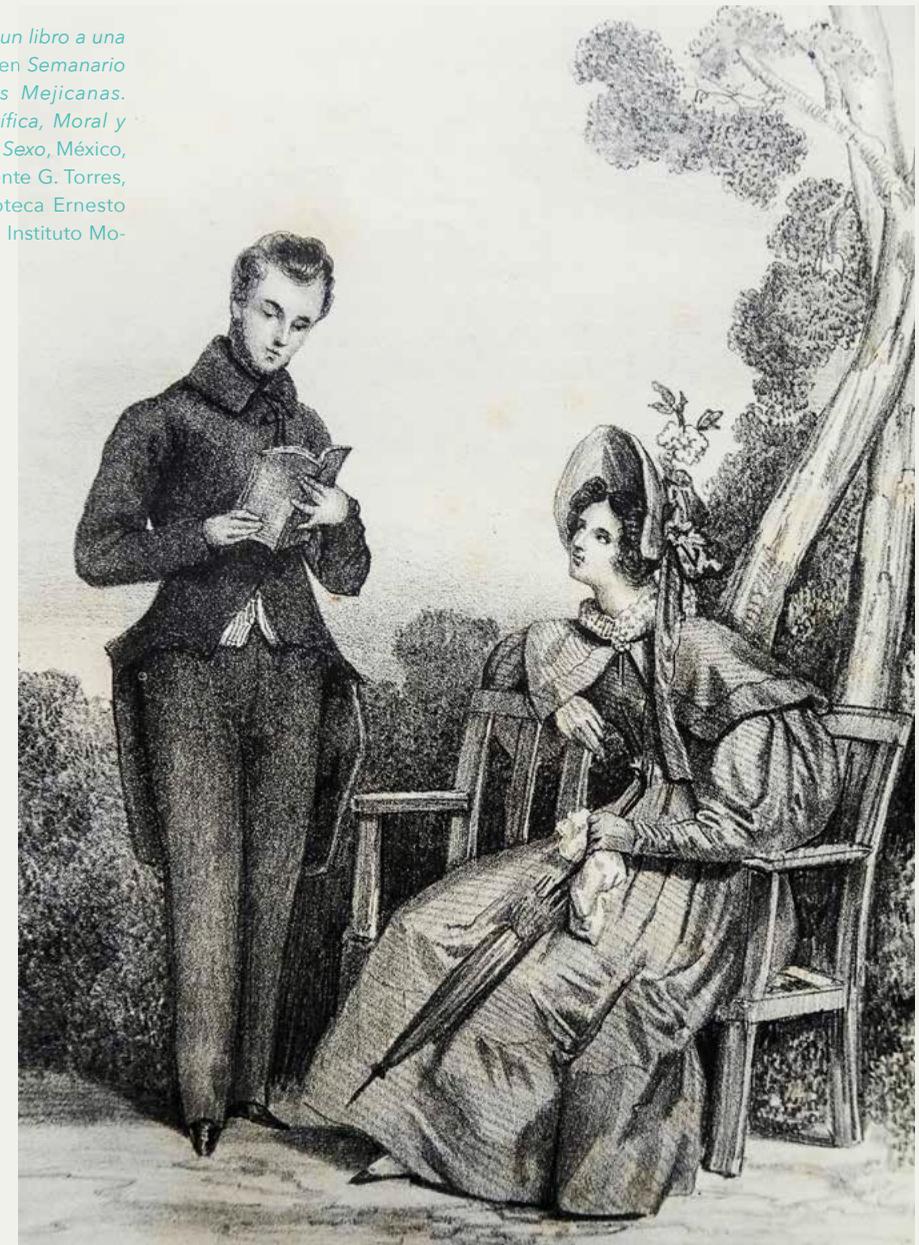
Las señoritas no sólo leerían recetas; se enteraban de los avances tecnológicos como el telégrafo, se deleitaban con diversas novelas, se entusiasmaban con los enigmas, aprendían consejos útiles y se les enseñaban cuestiones históricas. Además, se les hablaba de la maternidad, el matrimonio, del uso del abanico, e incluso se les proponía la receta para confeccionar una novela de moda. En la variedad estaba el gusto, y entre las páginas las recetas para tal y cual guiso, para satisfacer no sólo el hambre sino para hacer de las comidas un verdadero disfrute con una variedad de ingredientes, sabores, colores y olores, sin par.

Sin duda, las revistas atraparon la mirada de las féminas, pero no sabemos si los consejos sobre la economía doméstica les ayudaron a saber dirigir al personal doméstico. Lo que sí seguramente lograron fue incorporar nuevos términos o ingredientes en sus comidas y colaborar a variar la rutina de la cocina colonial. El tradicional chocolate (sin azúcar y canela), servido con bolillos en el desayuno, quizá fue cambiado por el café, que empezó a estar de moda; a la sopa convencional se le pudieron agregar nuevos condimentos y a los guisados con papas que casi a diario se servían, quizá se sustituyeron por un *beefsteak* y los quesos Rockefort, Gruyère y Parmesano se volvieron acompañantes en las mesas de los nuevos ciudadanos, de aquellos que tenían un poder adquisitivo. Las cafeteras de Levant y las vajillas de Montreau quizá fueron tan sólo una ilusión.

La cocina del México independiente se enriqueció con todas estas recetas que transitaban del Viejo al Nuevo Mundo, que fueron tomadas de obras como la de Savarin Brillat. Sin embargo, no significó un cambio rotundo en el gusto, pues la gran mayoría permaneció alejada de las nuevas propuestas, pues ni leía ni tenía posibilidades para adquirir productos que estaban fuera de su alcance. De allí que, si bien podemos hablar de un enriquecimiento y aculturación de algunos productos, como el café y los quesos, no podemos decir que se operó un cambio generalizado, sino que más bien las lectoras pudieron estar al tanto de novedades alimenticias que les ayudaron a imaginar nuevas comidas, con otros gustos y otros guisos, sin dejar de lado la importante tradición colonial.

iv

Hombre leyendo un libro a una mujer, litografía, en *Semanario de las Señoritas Mejicanas. Educación Científica, Moral y Literaria del Bello Sexo*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1841, t. 1. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar- Instituto Mora.



27

PARA SABER MÁS

INFANTE VARGAS, LUCRECIA, “Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wright” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 2006, en <<https://cutt.ly/XRMzrHk>>

La Camelia: Semanario de Literatura, Teatros, Variedades, Modas, etc., dedicado a las Señoritas Mejicanas, Méjico, Imprenta de Juan R. Navarro, 1853, en <<https://cutt.ly/ZRMzuYE>>

Semanario de las Señoritas Mejicanas: Educación Científica y Literaria del Bello Sexo, México, Vicente García Torres, 1841, en <<https://www.bibliotecamora.edu.mx>>

MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ

Instituto Mora

28

Emiliano Zapata

Digno representante y protector de los derechos agrarios de su pueblo



El 12 de septiembre de 1909, Zapata fue elegido como “principal” por una junta local en Anenecuilco, Morelos; este cargo se entregaba a los más honestos y capaces, con el fin de continuar con los reclamos de sus ancestros por la posesión de la tierra.

i Brehme, Soldados zapatistas al frente de una locomotora en Morelos, ca. 1911, inv. 830664, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

29

A través de dos apartados, en este escrito propongo la génesis del compromiso histórico que heredó Emiliano Zapata Salazar. En el primero, trato el origen del problema agrario en la época colonial y cómo los pueblos y las comunidades del centro sur de México defendieron sus recursos naturales. En el segundo, considero el porqué de la elección de Zapata como representante local de Anenecuilco, antes de sumarse a la revolución en 1911.

I

Uno de los cambios más drásticos en la vida de los aborígenes fue cómo los españoles, desde que llegaron a Mesoamérica, alteraron la forma tradicional en el uso y la tenencia de la tierra. La corona otorgó predios a sus vasallos, legalizó lo que les correspondía, limitó su acceso a los recursos naturales e instituyó la manera de obtenerlos, que facultaron el manejo y usufructo de los bienes. Sin embargo, los peninsulares se apropiaron del agua, el suelo y el subsuelo mediante una serie de mecanismos que les permitió adquirir tierras y otros recursos vitales, entre ellos: arrendamientos, mercedes reales, donaciones, ocupaciones, compras ilegales, herencias y composiciones, que resultaron básicos para sus unidades productivas incipientes, como fincas, ranchos, trapiches, etc., que al extenderse se convirtieron en plantaciones, ingenios, haciendas y minas, que heredaron a su prole, pasaron a manos de otras familias o a las del clero.

Ante esa amenaza y con el fin de preservar la integridad territorial de los pueblos y las comunidades originarias, la monarquía creó el fundo legal en el siglo XVI, incluso estableció leyes y normas con el fin de protegerlos.

Pese a ello, los derechos agrarios indígenas fueron violados en diversos lugares de Nueva España. Y, cabe agregar, que la encomienda, el sistema de repartimientos, la política de congregación y reducción de indios propiciaron los servicios, la fuerza de trabajo y la adquisición de tributos de los naturales.

Los agraviados se manifestaron mediante protestas y rebeliones; recurrieron ante las autoridades llevando consigo sus documentos agrarios para exigir justicia y litigar por el despojo de tierras, aguas, pastos, bosques, montes, etc., por abusos de poder, asimismo por cuestión de límites con las haciendas. No obstante, los fallos oficiales favorecían casi siempre a españoles, criollos, mestizos, indígenas nobles y sus descendientes. Paralelamente, en los afectados surgió un resentimiento contra el elemento español que trascendió desde la época de la colonia hasta la del México independiente.

En esa región, y en otras que habían sido dominadas por los mexicas, aún existía una de las formas antiguas de propiedad agraria, la comunal. Con base en los estudios de Alfonso Caso y Alfredo López Austin, sabemos que esta era una de las características del *calpulli*, sistema bajo el cual se organizaban los pueblos, y constituía,

además, la unidad política, socioeconómica, militar y religiosa donde gobernaba un consejo de ancianos y los habitantes compartían lazos de parentesco y amistad, asimismo, la tradición, la historia, el jefe, la tierra y el culto a un dios tutelar.

Con el paso del tiempo, el *calpulli* legó la mayoría de sus rasgos a las siguientes generaciones, cuyos intereses agrarios –de acuerdo con la costumbre– fueron defendidos por quienes se denominaron “principales”, “notables” o “presidentes”, a quienes la gente elegía y que, como antes, eran generalmente ancianos e integraban un consejo. Así, cuando los grandes terratenientes expandieron sus dominios a costa de los espacios que no eran suyos, aquellos representantes hicieron valer sus derechos locales con base en los títulos de propiedad coloniales, que estaban bajo su resguardo, o bien, mostrando testimonio o copia de ellos que, por solicitud expresa, expedía el Archivo General de la Nación.

El espacio que hoy ocupa Morelos estuvo dentro de jurisdicciones inmensas: primero, en la de la provincia e intendencia de México y, luego, en la del Estado homónimo. Dejó de ser territorio mexiquense al erigirse como entidad federativa en 1869 y, para fines administrativos, se fragmentó en cinco distritos: Cuernavaca, Cuautla, Jonacatepec, Tetecala y Yauhtepec, a los cuales se agregó después el de Juárez en 1885. El prodigio de la naturaleza en estos distritos deparó una gran riqueza a Morelos. Menciono un ejemplo: los ríos y afluentes que serpentean las majestuosas montañas morelenses y que a su vez bordean a la región, acarrear en su curso materias orgánicas que fertilizan a las llanuras y los valles, lugares propios para la crianza de animales, el cultivo de caña de azúcar, arroz, flores, frutas y otros plantíos.

En uno de los valles –el de Cuautla o Plan de Amilpas– surgieron y se desarrollaron las mejores haciendas azucareras, la de Cuahuixtla, Calderón y El Hospital, entre otras. En aquel valle existe un pueblo que se llama San Miguel Anenecuilco, nombre antiguo que significa “lugar donde el agua se arremolina”, donde el 8 de agosto de 1879 nació nuestro personaje Emiliano Zapata Salazar. Años después, durante la época porfiriana, el conflicto agrario culminaría en Morelos, así como en otras entidades de nuestra república.

Cuando se transfería el mando de representante local, se hacía ante testigos que daban fe de que quienes recibían los papeles, eran “los más honrados, los más aptos”.



ii
Emiliano Zapata conversa con Francisco Pacheco, ca. 1914, inv. 818026, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

Conocer y comprender la génesis del compromiso adquirido por Zapata, se liga con la problemática agraria antes narrada. El modo de resolverla muchas veces había sido pacífico y otras, empuñando las armas. Jesús Sotelo Inclán escribió, con tinte romántico, sobre el día cuando, en una junta, Emiliano resultó electo “principal” de su pueblo. Cuenta don Jesús que era un atardecer dominical y en ella se reunieron con discreción varios individuos de Anenecuilco, Moyotepec y Villa de Ayala.

En esa ocasión, se habían congregado sin esperar oír el tañido de la campana, como era la costumbre, pues temían ser sorprendidos por gente de las haciendas colindantes. Era el 12 de septiembre de 1909 y la reunión se llevó a cabo en el corredor de los portales, siendo presidida por José Merino, quien pintaba canas y al tomar la palabra, yendo al grano, dijo: “nos sentimos ya cansados para continuar la tarea; hemos decidido legarla a nuevos representantes para que tramiten los asuntos del pueblo. Cuenten con nuestros consejos y apoyo. Tendrán la misión de ir a Cuernavaca y a la ciudad de México para alegar... ¡Deben lograr que se nos devuelvan las tierras!”

De inmediato, se procedió a fijar cuotas semanales y se decidió que la colecta estaría custodiada por Pánfilo

Sánchez, sacristán y persona muy respetable en Anenecuilco. Al terminar la reunión, los ancianos hicieron entrega de unos papeles viejos, frágiles y amarillentos que habían pasado de generación en generación a otros “principales” y que eran nada más y nada menos que los testimonios agrarios de Anenecuilco, guardados con singular celo en una especie de “tabernáculo” –una caja de hoja de lata–, donde con el paso del tiempo habían adquirido un cariz sagrado.

Vale la pena leer lo que, sobre este singular episodio, registran otros autores, como Felipe Ávila Espinosa: “La historia testimonial de su pueblo, plasmada en esos viejos documentos, enriqueció y le dio sentido a la historia oral que había escuchado de sus familiares en su infancia. Zapata asumió la custodia de esos títulos [y los] defendería con su vida.” ¿En qué consistía la relevancia del archivo de Anenecuilco? Alicia Hernández Chávez aclara que el carácter de los testimonios no era administrativo, “sino que se trataba de la memoria de una comunidad organizada a nivel material y mental, con sus tradiciones, usos, costumbres, autoridades y bienes materiales como tierra, agua, bosques y pastos”. Y, agrega, que cuando se transfería el mando de representante local, se hacía ante testigos que daban fe de que quienes recibían los papeles, eran “los más honrados, los más aptos”.

32



iii
Emiliano Zapata con sus jefes cercanos, entre ellos Gildardo Magaña (segundo de izquierda a derecha), 1911. Library of Congress, Estados Unidos.

33



iv
Emiliano Zapata y sus hombres, ca. 1914. Library of Congress, Estados Unidos.

Emiliano acostumbraba a decir: “Yo me he de morir algún día, pero los papeles de mi pueblo se quedan para garantizar”

34

Francisco Franco Salazar, primo de Emiliano, recordaría que ambos estudiaron los documentos durante varios días; que observaron el mapa del pueblo y que como no lograron descifrar las palabras nahuas contenidas en ellos, se trasladó a Tetelcingo donde halló al párroco que tradujo aquellas “a la castilla”. Poco después, se nombró un apoderado para hacer gestiones legales y se formó una comisión que iría a la gran capital para contratar a un abogado, de quien se sabe que en octubre de 1909 estaba en Cuautla, donde recibió un dinero a cuenta de sus honorarios y se le extendió poder jurídico.

John Womack, jr. y Sotelo Inclán plantean que, en su misión inicial, Zapata fue apoyado por los ancianos y jóvenes locales, así como por otras personas de ideas liberales, precursores e importantes figuras al inicio de la revolución, quienes lo asesoraron: Pablo Torres Burgos, maestro y pequeño comerciante de Villa de Ayala; Paulino Martínez, periodista originario de Celaya, Guanajuato, y uno de los hermanos Flores Magón –posiblemente Jesús–, abogado y periodista del estado de Oaxaca.

Para Emiliano Zapata Salazar, con 30 años recién cumplidos el mes anterior, aquel día 12 de septiembre de 1909 fue fecha memorable en su vida porque adquirió el compromiso de representar y ser el defensor agrarista de Anenecuilco. “Miliano”, como también se le conocía, se distinguía por ser un sujeto sencillo, calmado, quien inspiraba respeto, admiración y cariño, por lo que se le apoyó y brindó confianza. Tenía además las cualidades de un caudillo: carismático, con dones innatos para atraer y organizar a la gente.

Cabe agregar que varios de sus familiares habían sido “principales” o “notables” del pueblo y que participa-

ron en guerras nacionales. Asimismo, que antes del año nueve, dice Ávila Espinosa, Zapata había mostrado interés en los problemas agrarios de Anenecuilco: en 1906, acompañó a sus vecinos a una reunión, convocada por el gobernador, en la que defendieron los derechos de propiedad local de unas tierras y para resolver el conflicto contra el dueño de la hacienda El Hospital, Vicente Alonso, quien alegaba eran suyas.

De nuevo cito a Sotelo Inclán, quien relata que, al pie de la escalera que conduce al coro de la iglesia de Anenecuilco, Emiliano, acompañado de su primo “Chico” Franco y de su amigo José Robles, escondió la caja de lata que contenía los títulos originarios locales. “Allí quedaba enterrada –la raíz y la razón– que lo impulsaba, su íntima verdad, la historia de su pueblo y la prehistoria de su vida”. Y que después de marzo de 1911, cuando Emiliano se sumó inicialmente a la revolución maderista, en el transcurso de la guerra acostumbraba decir: “Yo me he de morir algún día, pero los papeles de mi pueblo se quedan para garantizar.”

Zapata cumpliría con tenacidad, y hasta su muerte, la misión que se le había conferido un bienio antes como representante y defensor de los intereses de su pueblo. El movimiento agrarista que acaudilló se propagó más allá de Morelos durante la gesta revolucionaria de México e, incluso, después y aún hoy, diversas luchas nacionales e internacionales a favor de los derechos campesinos y la justicia abanderan su nombre y figura. Con el paso del tiempo, el mito, la leyenda y la historia se han encargado de extender al hombre de Anenecuilco hacia atrás y delante, desde lo más profundo hasta lo más álgido de su ser.

35

Waldemar Melchert, Ejército de zapatistas en el interior de un claustro, ca. 1911, inv. 830660, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



PARA SABER MÁS

ÁVILA ESPINOSA, FELIPE, “Los orígenes del zapatismo” en *Breve historia del zapatismo. Tierra y libertad*, con la colaboración de Pedro Salmerón, México, Ediciones Culturales Paidós, 2018, pp. 17-30.

SOTELO INCLÁN, JESÚS, “El calpuleque Emiliano Zapata” en *Raíz y razón de Zapata*, 2ª versión, México, FCE, 1970, pp. 457-506.

WOMACK jr., JOHN, “Prólogo” y “Los progresos de los hacendados” en *Zapata y la revolución mexicana*, trad. de Francisco González Aramburu, México, Siglo XXI, 1970, pp. 1-7 y 36-65.

Escucha la pieza sinfónica “Leyenda de Miliano”, de Arturo Márquez, dirigida por Alondra de la Parra, en <<https://cutt.ly/hRL5cGF>>

MARÍA ESTELA GARCÍA CONCILEÓN
Instituto Mora



Las flappers de “los locos años veinte” en la prensa mexicana

i
Lupe Vélez, ca. 1925, inv. 30148,
SINAFO-FN. Secretaría de Cul-
tura-INAH-MÉX. Reproducción
autorizada por el INAH.

37 Surgieron en el Nueva York de los años veinte y pronto, su estilo desenfadado, alegre y disruptor, se estableció en la ciudad de México de la mano de mujeres como Cube Bonifant, Elena Arizmendi, Antonieta Rivas Mercado, Tina Modotti y Nahui Olin. Llevar el pelo corto fue su marca de rebeldía, que el machismo y las tradiciones de la época no lograron reprimir.

Las *flappers* aparecen en Estados Unidos en la década de los años veinte del siglo xx, pero su historia proviene de las jóvenes londinenses de la primera guerra mundial. José Juan Tablada, en sus *Crónicas de Nueva York*, las describe de la siguiente manera:

Era la muchacha en vísperas de ser mujer, todavía inmadura para debutar en la sociedad, que asociada aún con sus compañeros de colegio, jugaba basket-ball y acompañaba en el *side-car* a su amigo motociclista. De allí el misterioso nombre de *flapper*, del verbo *to flap*, una de cuyas acepciones es “aletear”. En el *side-car* y en la carrera de los deportes aleteaban el cabello corto y las faldas cortas de las muchachas, y esos aleteos fueron sus cate-goremas.

Pero la *flapper* trascendental e inquietante que apareció después de que Estados Unidos entrara en la primera gran guerra, como nos cuenta Tablada en sus textos, es “una floración de posguerra; es la mujer que se asoció a los trabajos marciales y viriles para suplir a los hombres que iban al frente y que, después de probar las dulzuras de la libertad y de igualdad con el hombre, se convirtió en enemigo de las costumbres establecidas”. Más adelante dice: “por higiene y ahorro de tiempo usa el cabello corto,

para poderlo lavar a diario sin depender de la peinadora”.

Tablada conoció muy bien a las *flappers* de Estados Unidos cuando vivió en este país. En varias de sus *Crónicas de Nueva York* las describe también como mujeres liberales que bailaban al compás del jazz y del charlestón.

Para las *flappers* el deporte no fue más una actividad exclusivamente viril, usaban mucho maquillaje (tanto que, incluso, llegaban a escandalizar a la gente), bebían licores fuertes, se teñían el cabello de negro azabache o de rubio platino, y se pintaban los labios con rojo carmín. Usaban vestidos con amplios escotes, dejando al descubierto los brazos. Las faldas o vestidos llegaban justo por debajo de las rodillas permitiendo verlas cuando bailaban o caminaban. Los accesorios que utilizaban por lo general consistían en joyas art déco, con muchas capas de collares de perlas, guantes largos, bolsos para salir, sombreros, estolas en el pelo, anillos y zapatos con tacones altos.

La primera aparición de la palabra *flapper* y de una mujer de ese estilo provino de la popular película estadounidense de Frances Marion, *The flapper* (1920), protagonizada por Olive Thomas. Fue la primera película que retrataba su modo de vivir, que pronto regiría la moda en la década de los veinte en México a través del cine y de los textos que narraban los cronistas de espectáculos y los críticos cinematográficos en las revistas y periódicos nacionales.

LAS FLAPPERS DE EL UNIVERSAL ILUSTRADO

38 A principios del siglo xx, la ciudad de México era reconocida por gran parte de sus habitantes por el rápido avance hacia la modernidad. Concluida la etapa más violenta de la revolución, el espectáculo de la pantalla había cobrado una enorme popularidad en la sociedad capitalina. Quienes impulsaban las nuevas publicaciones pronto advirtieron el potencial económico y cultural que podían llegar a tener si difundían los nuevos paradigmas de la moda y la libertad femenina. Los cronistas del cinematógrafo crearon nuevos estilos de escribir y dieron paso a periodistas que abordaron el cine de una manera diferente y crearon el género que hoy en día se conoce como crítica cinematográfica. Este género fue reconocido a partir del momento en que el espectáculo de las pantallas alcanzó su plena madurez a inicios de los años veinte.

Uno de los primeros periodistas que desarrolló la crítica cinematográfica en México fue Jean Humboldt a través del diario capitalino *El Nacional*. Sin embargo, no sería sino Rafael Pérez Taylor en su columna de cine, “Por las Pantallas”, que se publicaba en *El Universal*, quien inició el género de la crítica cinematográfica con más bríos. Posteriormente, en 1919, lo reemplazó Carlos Noriega Hope, quien logró dar un nuevo giro al periódico. Cuando regresó a México de un viaje que realizó a Los Ángeles para conocer por dentro la capital del cine, en 1920, le ofrecieron la dirección del semanario *El Universal Ilustrado* para que le diera un nuevo impulso después de navegar sin éxito bajo la dirección de otros periodistas.

Al tomar la dirección del *Ilustrado* —como algunos solían llamarlo—, se rodeó de un activo grupo de jóvenes que escribían sobre cine, actores y actrices que estaban en boga en ese momento: Marco Aurelio Galindo, Juan Bustillo Oro y una flamante mujer de apenas 17 años quien, con el tiempo, llegaría a ser reconocida como la más joven periodista de su época: Antonia Bonifant.

A partir de 1916, el público de la ciudad de México se aficionó cada vez más a las cintas estadounidenses que proponían un cine diferente y, en los inicios de la década de los veinte, la moda *flapper* comenzó a dar sus frutos. Noriega Hope gustaba reproducir en las portadas del semanario, y también en su interior, fotos de actrices hollywoodenses que estaban en boga. Si revisamos las portadas, podríamos decir, en una frase, que *El Universal Ilustrado* escogió ser la revista de las tiples. En efecto,



ofrecía nuevas pautas para una feminidad más arriesgada: “Mujeres de pelo corto y labios de color carmín, o con cigarro coquetamente en mano”, al incluir fotos de las actrices que llevaban a la pantalla el famoso peinado *bob*, como Louise Brooks, actriz que se sumó al reivindicativo movimiento femenino de las *flappers*, o Clara Bow, quien cumplía con el arquetipo de *flapper* y fue la primera sex symbol que proyectó el cine estadounidense.

Andrés Audiffred, dibujante que colaboraba en varios diarios de la época, creó un tipo femenino para la publicidad cercano a la *flapper*, la “Audi-girl”, cuyo ideal era Aurorita Real, una reconocida tiple de la época. Más allá del dibujo de las modernas *flappers* o “pelonas” —como también se las solía llamar—, Audiffred expresaba con sus trabajos artísticos la caracterización de un tipo urbano mexicano en *El Universal Ilustrado*.

En 1921, Antonia Bonifant, más conocida por el seudónimo Cube Bonifant, inició su carrera periodística con el apoyo de Carlos Noriega Hope. Encarnación del prototipo de las *flappers*, hechizó al director del suplemento por su inteligencia, malicia y desparpajo. “Es necesario



39 que tome usted una columna”, le dijo. A sus 17 años fumaba, usaba el cabello a la moda de las “pelonas” de ese tiempo y poseía una curiosidad desbordada por las ofertas culturales que ofrecía la modernidad: el cine, el fox-trot, la moda, los autos, los toros, el fútbol. Le gustaba acudir a cocteles y, de paso, hablar de su cabello, sus uñas, sus novios, era una *flapper* en todos los aspectos.

Su primera columna, “Sólo para mujeres”, del 17 de marzo de 1921, fue todo menos eso: “creo que por el sólo hecho de que mi sección se titula ‘Sólo para mujeres’ la leen los hombres”, afirmó más de una vez. “Complico todo lo que encuentro”, declaró, presentándose ante sus lectores como una chica “colérica” y “versátil”, con aspecto de “colegiala desaplicada”. La cronista, según se describe en su primera columna, sueña con deshojar flores y clavar sus uñas en la piel tersa de los niños: “¿Me gustan las flores y los niños? Las flores... sí, sólo para deshojarlas y comerme los pétalos. Los niños me causan un profundo malestar; siento deseos de clavarles mis uñas afiladas”. Cube Bonifant cuestionaba el papel tradicional de las mujeres, pero denunciaba al mismo tiempo el vacío de la vida de las *fla-*

ii
Modas y Pasatiempos, portada, revista mensual, diciembre de 1929. Colección particular de Ramón Aureliano.

iii
Modas y Pasatiempos, portada, revista mensual, abril de 1927. Colección particular de Ramón Aureliano.

ppers, quienes hacían estragos en urbes como Nueva York y habían llegado a México.

El mismo año en que presentó su columna en *El Ilustrado*, la cronista participó en un proyecto de Noriega Hope: la filmación de la película *La gran noticia*, en la que tuvo el papel estelar. En el anuncio publicitario que publicó *El Universal Ilustrado*, se la puede ver al estilo *flapper*. Con excepción de una breve actuación en la segunda versión de *Santa* (1931), novela de Federico Gamboa adaptada al cine por su jefe y primer proyecto de cine sonoro en México, Bonifant no volvió a participar en el cine, pero este hecho dio un segundo impulso a su carrera de cronista. Pronto obtuvo el reconocimiento que esperaba. Con el seudónimo de Luz Alba, se ganó respeto reseñando cuanta película se estrenaba en México y en Hollywood hasta el final de los años cuarenta, y como Cube Bonifant, escribiendo sobre las costumbres de hombres y mujeres.

Gracias a la investigadora Viviane Mahieux sabemos no sólo la trayectoria de una *flapper* que reinó en la crónica mexicana, sino el misterio de la vida de las mujeres en los locos años de la posrevolución.

40



iv
Clara Bow, ca. 1925. Library of Congress, Estados Unidos.

41



v
Louise Brooks, ca. 1927. Library of Congress, Estados Unidos.

LA DEFENSA DE LAS FLAPPERS A TRAER EL CABELLO CORTO. EL “RAPISMO” DE LAS PELONAS

Hacia mediados de la década de los veinte, las peluquerías de la ciudad de México se llenaron de jovencitas que querían cortarse sus largas trenzas, lo cual en nuestro país eran casi un símbolo patrio.

El 29 de mayo de 1924, *El Ilustrado* publicó un anuncio que decía: “Cuál fue el verdadero creador de las pelonas”. Se le atribuye a Monsieur Labarbe el invento del nuevo estilo del cabello corto: “De acuerdo con Monsieur Labarbe, no habrá dos mujeres que tengan el pelo corto de la misma manera. Antes de dedicarse a cortar, Monsieur Labarbe estudia la fisonomía de su cliente [...] Después de un largo estudio procede a la aplicación de su arte”, describe el desplegado.

Jacobo Dalevuelta, reportero de *El Universal*, documentaba la forma de pensar de un estudiante preparatoriano: “Desde luego, no estamos conformes con que las mujeres se pelen: pero mucho menos lo estaremos con las feas. ¡Duro contra las feas que estén pelonas! No les toleraremos las pelucas. ¡O rapadas al cero o con trenzas como se ha usado desde los tiempos más remotos!”

Las jovencitas se llenaron de pánico en las calles capitalinas por los ataques de los jóvenes cuando las encontraban, a pesar de ocultar sus cabellos cortos bajo gorras de estambre. El 31 de julio de 1924, los cartones de Audiffred con el título “Atentados capilares”, muestran a una mujer completamente pelona llorando, y en otro, el ataque a otra por feroces “lobos”, dando tijeretazos en su cabellera.

Las muchachas de los locos años veinte –pocas, vale advertirlo– ya iban a la Universidad Nacional a estudiar medicina o derecho. Caminaban por las calles del centro de la ciudad. A muchos hombres de todas las edades les parecía incómodo verlas con pelo corto, se preguntaban si habían perdido la feminidad. No les quedaba claro si eran hombres o mujeres, ya que la costumbre de traer las piernas ocultas por las faldas largas se había perdido, así como las curvas que acentuaban los viejos corsés.

En México, los enemigos del pelo corto comenzaron a llamar a las muchachas “pelonas”, y si este asunto se hubiera quedado nada más en el sobrenombre, tal vez no sería digno de ser narrado hoy en día. Pero del apodo insultante pasaron a las agresiones. *El Universal Gráfico* narraba en el verano de 1924:

En algunas zonas del barrio universitario llegaron a librarse pequeñas batallas campales, pues algunos compañeros o amigos de las flappers estudiantes entraron en su defensa, ahuyentando a golpes a las fuerzas de la tijera agresora. Los de Medicina se trenzaron en pelea con los de la Escuela Normal por unas “pelonas” [...] Los de Medicina se enfrentaron con los de la Nacional Preparatoria en defensa de sus condiscípulas pelonas. Los cadetes del heroico Colegio Militar entraron también al quite, y asumieron “con una cuestión de honor” defender a las “pelonas”.

Las muestras de apoyo en las calles también crecieron. Por la calle de Niño Perdido (hoy Eje Central) los choferes de los camiones gritaban mientras manejaban: “Aquí se protege a las pelonas”, “¡Arriba las pelonas!, ¡Les cobramos la mitad!”

En 1924 y 1925 el periódico *El Universal* exponía los casos de las chicas agredidas y las cartas enviadas en su defensa. El 10 de agosto de 1924, *El Universal Ilustrado* publicó: “La tragedia de las pelonas”, donde relata con dibujos el “sacrificio al que eran propensas de seguir tal moda”. El 8 de octubre de 1925, apareció en la misma revista el desplegado: “Ultrapelonicemos la vida”, que expresaba que cortarse el pelo tan corto “no era ya un tema de higiene y comodidad, ni siquiera de estética, sino de paz para la inteligencia y el corazón”. Caricaturistas como Audiffred caracterizaban el “rapismo” de las pelonas. En un cartón publicado el 26 de julio de 1926 en *El Ilustrado*, puede verse cómo personifica a las mujeres del pasado, con grandes cabelleras y vestidos largos; a las del presente, con vestidos y cabello cortos; y a las del futuro, casi desnudas, fumando y completamente pelonas.

El espíritu de modernidad que permeaba los hábitos y el pensamiento femeninos resultaba una afrenta al tradicionalismo que las mujeres debían guardar para ser aceptadas socialmente. Con su tenacidad, las pelonas lograron sobrevivir sin regresar a las trenzas del pasado.

LIBERACIÓN FEMENINA

Por fin llegó la liberación ansiada. En la década de los años veinte, las flappers o “pelonas” mexicanas reivindicaron el movimiento feminista. Así surgen mujeres como

vi

Modas y Pasatiempos, portada, revista mensual, junio de 1926. Colección particular de Ramón Aureliano.



43 Cube Bonifant, quien caracterizó a las flappers desde *El Universal Ilustrado*; la feminista Elena Arizmendi quien, hacia 1923, escribía para la revista *Feminismo Internacional*, donde se demandaban sus derechos laborales y a la educación. Pero también tenemos figuras como Antonieta Rivas Mercado, Tina Modotti o Carmen Mondragón –más conocida como Nahui Olin– en el ambiente cultural de la alta sociedad mexicana, quienes fueron influenciadas por el flapperismo y se convirtieron en rudas defensoras de los derechos de las mujeres.

Hijas de la revolución sexual de los años veinte y sobrevivientes de la gran guerra, estas mujeres pertenecieron a una generación pensante que conquistó la libertad para disponer de su cuerpo, sus ideas e ideales. Las mujeres descubren que tienen un cuerpo por explorar, mujeres que asumieron en la sociedad papeles acordes con el modelo capitalista. Así surgen las que ingresaron al mercado de trabajo, en la industria (en este caso el cine), los centros de diversión o los grandes almacenes; mujeres a quienes

se ofrecen nuevas formas de diversión ligada a los clubes, los restaurantes o los paseos, donde se mezclaba el alcohol, el cigarro, el baile, el jazz.

No todas las flappers fueron mujeres intelectuales, hubo quienes adoptaron esta moda como una manera de ir a la vanguardia, influenciadas especialmente por las revistas que informaban sobre la moda en el vestir.

El estudio de los periódicos y revistas de la década de los veinte es interesante porque subraya el proceso de transculturación que se dio entre México y Estados Unidos.

A cien años de aquellos “locos años veinte” la mujer continúa luchando por el derecho a decidir sobre su cuerpo y por una sociedad sin violencia, ya no por defender su libertad a traer el pelo corto, sino por la igualdad de derechos y busca eliminar la dominación y violencia de los varones sobre las mujeres y, sobre todo, el feminicidio. Esta es la mujer de “los locos años veinte” del siglo XXI.

PARA SABER MÁS

MIQUEL RENDÓN, ÁNGEL, *Los exaltados. Antología de escritores sobre cine en periódicos y revistas de la ciudad de México, 1896-1929*, México, Centro de Investigación y Enseñanza Cinematográfica-Universidad de Guadalajara, 1992.

SABORIT, ANTONIO (coord.), *El Universal Ilustrado. Antología*, México, FCE, 2017.

Película *Santa* (1931), en <<https://cutt.ly/LRMoXMG>>

Las flappers, las pelonas que transformaron a México, en <<https://cutt.ly/zRMa4cR>>

The flapper (1920), película protagonizada por Olive Thomas, cine mudo, en <<https://cutt.ly/xRMa68i>>

JOSÉ LUIS GÓMEZ DE LARA
 Centro Universitario de Ciencias Sociales y
 Humanidades, Universidad de Guadalajara.

Las demandas reprimidas del movimiento médico

A la protesta estudiantil de 1968 le precedió, tres años antes, la de los médicos, la cual acabaría intimidada y desmantelada por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Comenzó y terminó con reclamos salariales legítimos en la capital, ampliados luego a los estados, que daban cuenta de los problemas laborales en la salud pública.



i Los médicos en huelga en el Hospital Juárez, 12 de diciembre de 1964. AGN, Revista Tiempo, 100/14-B.

A finales del gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964) y principios del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), ocurrió uno de los conflictos laborales más importantes de los últimos 30 años del siglo xx: el de los médicos residentes e internos del Hospital 20 de Noviembre, del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), quienes demandaban mejoras salariales y seguridad en el trabajo. Comenzó un 26 de noviembre de 1964, después de un largo tiempo en que las condiciones de los médicos internos de todo el sistema de salud del país se mantenían estancadas. La principal causa fue que no recibirían tres meses de sueldo

por concepto de aguinaldo. En medio del asombro y la desesperación, los cuatro jefes de residentes del hospital, a quienes también se les había negado el pago, organizaron un comité de negociación frente a las autoridades hospitalarias para investigar por qué no habían recibido el aguinaldo. Ante la indiferencia, los jóvenes médicos acordaron un paro oficial de labores y continuar sólo con la atención a los enfermos que se encontraban graves. El paro de actividades se prolongó un año y llegó a su fin cuando un regimiento de granaderos cumplió con la orden de desocupar el edificio del Hospital 20 de Noviembre del personal ahí apostado.

El 5 de diciembre de 1964, la Comisión de Prensa de la ammri informó que 20 hospitales del resto del país estaban en paro.

CAUSAS

Todo comenzó por la mañana, cuando los 200 médicos residentes que laboraban en este hospital, esperaban el pago del aguinaldo. En los pasillos, los internos comentaban lo que pensaban hacer al recibir el pago. Sus jornadas laborales se extendían más allá de las horas normales que les correspondían, no recibían el mejor trato de sus superiores y los ingresos como médicos internos o becario rondaban los 400 pesos mensuales, cuando sus colegas de planta percibían 1 500 pesos al mes.

Días antes había surgido el rumor de que se les negaría la prestación anual de aguinaldo. Hubo dudas y angustia, esperanzas de que sólo se tratara de una broma, pero terminó por ser confirmada por el doctor José Ángel Gutiérrez Sánchez, director del hospital. El aguinaldo, que se entregaba desde tres años antes, esta vez no se haría efectivo. La respuesta fue una ola de protestas y la adopción de una huelga parcial. Con rapidez, desde otros hospitales se decidió apoyarlos. Los médicos residentes e internos del Hospital Juárez de la Secretaría de Salubridad y Asistencia (ssa), del Hospital Colonia, el Servicio Médico de los Ferrocarrileros, el Hospital San Fernando del Instituto Mexicano del Seguro Social (imss) y el Hospital General de México se adhirieron al movimiento al no recibir tampoco la bonificación. Los periódicos nacionales informaron al día siguiente que había 670 médicos en paro y que, al parecer, el dinero de los aguinaldos había sido destinado a la construcción de obras.

En efecto, en 1964 grandes cantidades de dinero se habían destinado a la construcción de 3 221 viviendas repartidas en tres unidades habitacionales: la Unidad Independencia en el Distrito Federal, la Unidad Hidalgo en

Manzanillo y la Unidad de Ciudad Sahagún en Hidalgo; se crearon 61 centros de seguridad social, 46 hospitales y 189 clínicas con un total de 7 089 camas. A este periodo se le conoce como desarrollo estabilizador. El entonces secretario de Salud, Rafael Moreno Valle, explicó que “ante un rápido crecimiento poblacional en México (34 923 000 habitantes), era necesaria la construcción y edificación de viviendas, hospitales y centros de salud que atendieran a esta nueva población”. Como señaló Díaz Ordaz en su primer informe de gobierno, el objetivo fue impulsar por todos los medios el desarrollo económico del país, pero a qué costo: recortando el presupuesto social, especialmente a la salud y a la educación, siendo los afectados miles de jóvenes de clase media que anhelaban educación y un futuro laboral asegurado.

Mientras que Díaz Ordaz se esforzaba por preservar el llamado “milagro mexicano”, orgullo de la nación ante los ojos del mundo, los médicos internos estaban pagando caro las consecuencias de este “milagro”. Además de haberles negado el pago de su aguinaldo, ante su indisciplina, todos ellos fueron despedidos de inmediato. Los médicos internistas, al saber lo ocurrido, intentaron acercarse con el administrador del Hospital 20 de Noviembre, el doctor Javier de la Riva, pero este se negó a recibirlos. Al haber fallado sus intentos de diálogo convocaron a una junta en el auditorio del hospital y, cerca de la medianoche, internistas y residentes iniciaron un paro.

Los residentes, molestos por las resoluciones tomadas por las autoridades del hospital, convocaron a una nueva reunión en el auditorio, y con el apoyo de internos y residentes de otros nosocomios, crearon la Asociación Mexicana de Médicos Residentes e Internos (AMMRI). El movimiento médico nacional había comenzado.

47



ii Los médicos entrando a trabajar en los hospitales, 5 de septiembre de 1965. AGN, Revista Tiempo, 100/14-B.



iii Un aspecto de los médicos entregando su renuncia en la mesa de la asamblea en el Hospital General, 15 de enero de 1965. AGN, Revista Tiempo, 100/14-B.



iv
Enfermeras durante la huelga de doctores en el hospital de la Cruz Verde en Balbuena, agosto de 1965. AGN, *Revista Tiempo*, 100/14-B.

PROTESTAS Y DEMANDAS

La asociación, independiente de toda organización sindical, tuvo entre sus primeras actividades la elaboración de un pliego petitorio, en el cual exigían la pronta resolución de los siguientes puntos:

1. Restitución total en sus puestos, sin represalias de ningún tipo a los médicos cesados de los hospitales.
2. Revisión legal y cambio de los términos e incisos del contrato beca que firman los médicos antes de entrar a desempeñar sus funciones, con las siguientes sugerencias para la determinación de sueldo base: alumno interno, 1 200 pesos; pasante interno, 1 500 pesos; médicos residentes: primer año, 2 000 pesos, segundo año, 2 500 pesos, tercer año, 3 000 pesos; residentes de más años, 500 pesos anuales sobre el sueldo anterior.
3. Preferencia para ocupar plaza de base.
4. Participación de los residentes en la elaboración de planes y programas de estudio.
5. Solución satisfactoria a los problemas particulares de cada hospital.

Aunque a los miembros de la AMMRI les preocupaba si lograrían tener apoyo de sus colegas en otras instituciones que no se encontraban en las mismas condiciones laborales que ellos, a la semana siguiente de haberse llevado a cabo el primer paro laboral, residentes e internos de los hospitales Cruz Roja de Puebla, Hospital Civil de Toluca, Hospital Regional de Monterrey, ISSSTECALI de Tijuana, Hospital General de Tulancingo y de Pediatría de Guadalajara anunciaron su apoyo al movimiento. El 5 de diciembre de 1964, la Comisión de Prensa de la AMMRI informó que 20 hospitales del resto del país estaban en paro.

El 8 de diciembre de 1964, los médicos internos buscaron entrevistarse con el presidente Gustavo Díaz Ordaz, para abordar directamente el grave problema que enfrentaban los diferentes hospitales donde prestaban sus servicios. El día de la entrevista ocurrió un espectáculo inusitado, ya no sólo en el interior de los hospitales, sino en las propias calles de la ciudad: 1 326 pasantes, médicos internos y residentes, hombres y mujeres, desde tempranas horas de la mañana, se concentraron en el zócalo capitalino, frente a Palacio Nacional, levantando pancartas con sus demandas y solicitando ser escuchados por el

presidente. A las 13:00 horas, un comité de 15 médicos, encabezados por el doctor Rafael de la Torre, representante de la AMMRI, fueron recibidos por Díaz Ordaz en Palacio Nacional.

Al término de la entrevista, los médicos asentados en el Zócalo se reunieron en el Aula Magna del Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional. Escucharon por tres horas el informe del comité y esa misma tarde tomaron la decisión de continuar el paro en todos los hospitales, entregar el listado de peticiones a los funcionarios públicos correspondientes y, por supuesto, no desatender los casos de emergencia que se presentaran. Pasada la Navidad y el Año Nuevo, la noche del lunes 18 de enero de 1965 se celebró una asamblea en el aula José Terres del Hospital General de México, durante la cual se constituyó la Alianza de Médicos Mexicanos (AMM), y se logró unificar a casi todos los profesionistas de esa rama en el país: médicos de mayor renombre y antigüedad que los pertenecientes a la AMMRI. El lema adoptado por la Alianza fue “Por la salud del pueblo, la unidad médica y el progreso de la medicina en México”.

El primer consejo de la Alianza lo integraron varios médicos, muy prestigiados, y sus dos primeras acciones fueron: 1) El tratamiento de la petición de cinco puntos planteada por la AMMRI, y 2) se solicitaría una entrevista con el presidente de la república para solicitarle su intervención directa y solución del conflicto. Fue el momento en que el presidente tomó en serio el movimiento y las demandas de los becarios. No estaba frente a un grupo de jóvenes inexpertos, sino que ahora se enfrentaba a un grupo de un estatus superior a la AMMRI. Ante el peso que representaba el grupo, Díaz Ordaz optó por aceptar la entrevista, la cual se realizó el 22 de enero en Palacio Nacional. El presidente se comprometió a hacer todo lo posible para cumplir con el pliego petitorio y resolver el problema médico nacional a cambio de que se levantara el paro. El 20 de abril los periódicos nacionales informaban de un tercer paro por parte de los residentes e internistas porque hasta esa fecha no se había hecho nada para resolver sus demandas, a pesar de las disposiciones presidenciales de enero.

Los días pasaban y los jóvenes comenzaron a manifestar cansancio y desesperación. En las reuniones se dieron discusiones entre ellos. Diez días después, el 2 de mayo de 1965, la Comisión de Prensa de la AMMRI anunció a las autoridades que, para poder levantar este tercer paro, los médicos residentes e internos exigían el pago

50



v
La provocación a los médicos en la avenida Juárez, 26 de mayo de 1965. AGN, *Revista Tiempo*, 100/14-B.

51



vi
El público tirando jitomates a los médicos en la avenida Juárez, 26 de mayo de 1965. AGN, *Revista Tiempo*, 100/14-B.

de 16.66% de sueldo mensual, correspondiente al fondo de ahorro, sin descontarlo del sueldo. La respuesta de las autoridades ante esta demanda fue otra vez de rechazo total. Lanzaron un ultimátum a los médicos para que volvieran a sus labores, fijando como fecha de vencimiento el 17 de mayo, a partir de la cual se levantarían actas por abandono laboral.

El 26 de mayo se efectuó una manifestación a la cual se incorporaron las enfermeras. Cerca de 4 000 médicos, enfermeras y otros trabajadores de la salud, desfilaron hacia el Zócalo en busca de entablar un diálogo con el presidente. En su camino se toparon con grupos de agitadores quienes les lanzaron piedras, botellas y jitomates. Pero los médicos tenían el apoyo de un sector de la población. Al acercarse a la Plaza de Constitución se encontraba un grupo de mujeres que sostenía mantas en las que se podía leer: “Las madres mexicanas apoyan a los médicos y ¿quién entre ustedes no necesitará médico? Hay que apoyarlos.”

El 29 de mayo a las 22:00 horas, en sesión llevada a cabo en la antigua Escuela de Medicina, la AMMRI decidió levantar el paro a través de una votación. Con 1 370 votos a favor y 870 en contra, por tercera vez los jóvenes residentes acordaron levantar el paro que iniciaron 41 días antes y retornaron a sus labores sin haber conseguido sus objetivos. El Comité de Prensa de la AMMRI informó a los periódicos que sostuvieron una plática con el licenciado Joaquín Cisneros, con quien acordaron los siguientes puntos: no sería cesado ninguno de los becarios; las actas por abandono de empleo serían destruidas; los salarios caídos se pagarían de inmediato y reanudarían pláticas con las autoridades para liquidar los asuntos pendientes. También se anunció que todos los residentes e internos regresarían a laborar a partir del 3 de junio.

El 14 de agosto regresó el descontento. Los hospitales de la Cruz Verde y los infantiles del Departamento del Distrito Federal suspendieron labores. Días después, los residentes e internos del Hospital 20 de Noviembre también efectuaron un paro, argumentando que los acuerdos de julio no habían sido respetados. No había marcha atrás, los miembros de la AMM convocaron a un paro nacional el día 23 de agosto, si para entonces no se cumplía con el pliego petitorio entregado el 8 de abril. La prensa anunció la total paralización de los hospitales, clínicas y demás establecimientos de asistencia, que tenía el objetivo de expresar al gobierno y a la opinión pública su inconformidad con las respuestas oficiales a sus solicitudes. El cuarto

paro había comenzado, pero esta vez, las negociaciones iban a ser distintas.

REPRESIÓN Y FIN

A unos días de celebrarse el primer informe de gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, las autoridades gubernamentales decidieron ponerle fin al movimiento. El Centro Hospitalario 20 de Noviembre, el Hospital Colonia de los Ferrocarriles, así como el Hospital de Pediatría del Centro Médico del IMSS, fueron ocupados por un contingente de 100 granaderos obligando a todo el personal a desalojar los edificios. El director del ISSSTE, Rómulo Sánchez Mireles, encabezó el contingente hasta el interior del Hospital 20 de Noviembre y ordenó a todo el personal que desocupara el edificio antes de diez minutos. Cerca de 500 médicos y enfermeras fueron golpeados y arrojados a la calle y sus puestos ocupados por médicos militares y enfermeras, quienes se encargaron de proporcionar servicios y atenciones urgentes en el hospital.

A la intervención policiaca siguieron las expulsiones y las órdenes de aprehensión por responsabilidad profesional por la muerte de pacientes. En declaración para la prensa, Rómulo Sánchez Mireles comentó que, ante la seria emergencia que se presentó al no haber quién atendiera a 65 enfermos de extrema gravedad, mandó a desalojar el hospital. El 29 de agosto los periódicos publicaron que unos 200 médicos serían consignados y posiblemente encarcelados, bajo acusación de homicidio y otros delitos, ya que, desde el primer día de huelga, fallecieron seis personas en el Hospital 20 de Noviembre al ser abandonados por los médicos. Ante estas falsas interpretaciones, los paristas indicaron que ninguno de los enfermos fue desatendido y, si alguno llegó a fallecer, fue por complicaciones de la enfermedad que lo aquejaba, pero por ningún motivo fue abandonado. Desde que inició del movimiento se montaron guardias con el fin de atender emergencias y casos graves.

El movimiento médico había llegado a su fin. Ante la incapacidad del gobierno para formular soluciones que apaciguaran la situación, se prefirió reprimir y aplastar al movimiento con el autoritarismo y violencia que había mostrado Gustavo Díaz Ordaz cuando fue secretario de Gobernación de Adolfo López Mateos, en las movilizaciones de 1958. En palabras del escritor José Agustín, el

vii

Conferencia de prensa de médicos en el Hospital 20 de Noviembre, 1 de abril de 1965. AGN, *Revista Tiempo*, 100/14-B.



pueblo supo, a partir de este momento, cuáles serían los métodos de disuasión del nuevo ejecutivo. Tres años después, Díaz Ordaz aplicó este mismo método violento en las manifestaciones juveniles y con la matanza de Tlatelolco.

Aunque el gobierno de Díaz Ordaz es recordado por el 2 de octubre de 1968, no hay que olvidar que la herida comenzó a abrirse con el movimiento médico de 1965, el cual puede ser considerado como el antecedente del movimiento estudiantil de 1968, como una expresión de movilización de grupos sociales mayormente urbanos que no recibieron atención de sus peticiones. El movimiento fue desintegrado por medio de la intimidación y la represión por parte del Estado.

PARA SABER MÁS

AGUSTÍN, JOSÉ, *Tragicomedia Mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, México, Planeta Mexicana, 1990.

CASAS PATIÑO, DONOVAN, SERGIO RESÉNDIZ-RIVERA e ISAAC CASAS, “Reseña cronológica del movimiento médico 1964-1965”, *Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina*, 2009, en <<https://cutt.ly/oR9R4Xt>>

KRAUZE, ENRIQUE, *El sexenio de Díaz Ordaz*, México, Clío, 1999.

POZAS HORCASITAS, RICARDO, *La democracia en blanco. El movimiento médico en México, 1964-1965*, México, Siglo Veintiuno, 1993.

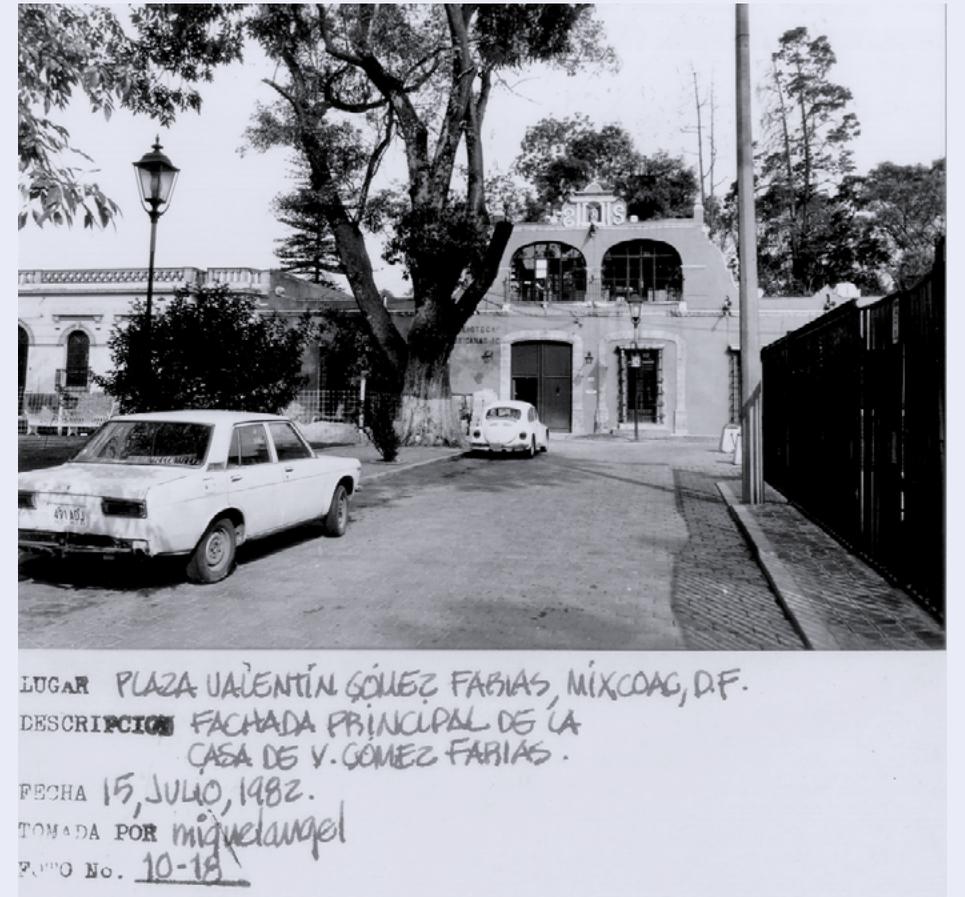
GUADALUPE VILLA G.
Instituto Mora

54

40
Aniversario
El México en el
que surgió el
Instituto
Mora

Corría 1981 y con la guerra fría aún condicionando las relaciones multilaterales, el gobierno de López Portillo echaba a andar un plan de desarrollo que, a la postre, tuvo resultados deficientes ante una economía dependiente del petróleo que se precipitó en picada. En medio de la inflación y fuga de capitales, la gente buscaba el solaz a su alcance, ya fuera en el cine o con la música de los artistas del momento.

55



i
Fachada de Bibliotecas Mexicanas, A. C., durante su remodelación, julio de 1982. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"-Instituto Mora.

Hace cuatro décadas el Instituto Mora asumió el reto de forjarse un nombre y buscar un lugar preponderante en el ámbito de la cultura.

¿Cómo era el México de aquel entonces? A pesar de la crisis económica que parecía asirse con fuerza al país, localmente había menos población, menos contaminación, menos ambulante. Era, quizá –ya adentrados en la nostalgia–, una ciudad con un paisaje urbano más amable, sin graffitis, una capital que se sentía menos amenazadora y hostil, aunque la inseguridad y los delitos sean perpetuos compañeros de las grandes urbes.

En aquel entonces el presidente de la república –a un año de cumplir su mandato– era José López Portillo y en 1981 ocurrieron cosas que sin duda hoy evocaremos, quienes las vivimos, y no dejarán de asombrar a los jóvenes que lean este número de *BiCentenario*.

ii

José López Portillo durante un evento público, 1981. Archivo General de la Nación, fondo Presidentes, JLP, exp. 882/27.



EL PANORAMA INTERNACIONAL

En 1981 comenzó para México una nueva etapa en las relaciones diplomáticas con Estados Unidos de América. El exáctor Ronald Reagan, presidente electo de ese país, se entrevistó con José López Portillo en la frontera de Ciudad Juárez y El Paso, Texas. “Nos reunimos para acordar reuniones”, escribió el presidente de México en sus *Memorias*. Hubo intercambio de regalos, entre ellos el obsequio a Reagan de un caballo árabe. Acompañaban al corcel los libros escritos por el presidente mexicano y sus símbolos quetzalcoicos. Con la “modestia” que siempre caracterizó al mandatario mexicano, expresó que le hizo a Reagan la descripción de los símbolos, “lo que le dio una ventaja no buscada y un carácter de intelectual del que no quería hacer ostentación”. El estadounidense, en correspondencia, lo agasajó con una carabina de mira telescópica y un vino “San Pascual”.

Al inicio de su administración, Reagan –apoyado por la británica Margaret Thatcher– se negó rotundamente a que Fidel Castro participara en la Reunión Inter-

nacional de Cooperación y Desarrollo, conocida como Cumbre Norte-Sur de jefes de Estado, a celebrarse en Cancún en agosto de 1981. Esta reunión ya había tenido la “sugerencia” del anterior mandatario James Carter de que Castro no asistiese a Cancún, pero Reagan lo consideró condición forzosa para confirmar su asistencia. Como pueden apreciar, aquella frase célebre de “comes y te vas”, de Vicente Fox, no fue el primer desaire que hizo un presidente mexicano al líder de más larga duración en Cuba. La presión del estadounidense se tradujo en “te invito a Cozumel, pero te abstienes de ir a Cancún”, porque a López Portillo no le quedó más remedio que tratar de subsanar el involuntario desaire a Castro, trayéndolo a México y atendiéndolo con gran esplendor.

En el año que hoy conmemoramos, México ingresó, por vez primera, en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, con Porfirio Muñoz Ledo como (su) representante. El mundo supo de los atentados contra Reagan y el papa Juan Pablo II y de la muerte de los presidentes Jaime Roldós, de Ecuador, y Omar Torrijos, de Panamá.

LAS RELACIONES CON CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE

A principios de 1981 en la frontera sur de México empezaron a formarse campamentos de refugiados guatemaltecos que huían de la dictadura militar de su país, pues esta, en su lucha contra la guerrilla, asolaba los poblados del norte, principal escenario de la lucha revolucionaria.

Durante varios años oleadas de campesinos cruzaron la frontera, así que México se vio en la necesidad de darles refugio y crear campamentos. Alegando ser perseguidos políticos, varios de los refugiados solicitaron asilo, con lo que el gobierno mexicano asumió una cautelosa actitud. En reiteradas ocasiones cientos de guatemaltecos fueron deportados lo que motivó que a mediados de 1981, Amnistía Internacional pidiera formalmente el cese de las expulsiones.

La mirada atenta de observadores extranjeros daría mucho que decir sobre las relaciones de México con Centroamérica y el Caribe: Felipe González, presidente del Partido Socialista Español, opinó que la Junta de Gobierno de Nicaragua, instigada por la URSS, deseaba una sociedad marxista leninista a la que habría que oponerse; también se dijo que el gobierno mexicano subsidiaba a los sandinistas y a la guerrilla salvadoreña. La ofensiva fue tan dura que tiempo después el presidente se dolía: “La política republicana del gran garrote se está expresando en toda su abierta brutalidad.” Por esas fechas, Reagan, que ya había protestado por el “intervencionismo” mexicano en Centroamérica, dio las gracias y terminó toda intermediación diplomática de México entre Nicaragua y Estados Unidos, pues el gobierno de Reagan estaba determinado a aplastar a los sandinistas.

López Portillo sintetizó así ese asunto: “Fue el primer año del gobierno republicano de Reagan y de los últimos de las viejas jerarquías soviéticas. Capitalismo y comunismo hacían frontera en Cuba y tanto el Caribe como Centroamérica, eran una de las zonas de la disputa característica de la segunda mitad de este siglo, entre los dos grandes ideologías y potencias que han creado los sistemas políticos opuestos.”

LA POLÍTICA INTERNA

En 1981 el gobierno de López Portillo puso en marcha su “plan de planes”, el Plan Global de Desarrollo (PGD), la panacea que corregiría los problemas nacionales del empleo, precios, salarios e impuestos, un documento, a consideración de un analista, “parcial, limitado, incongruente, ambiguo, insuficiente, lleno de dudas, poco claro [que anunciaba] un retroceso en la participación del Estado y en la protección de las clases menos favorecidas”. El entonces secretario de Programación y Presupuesto, Miguel de la Madrid –exalumno del mandatario y futuro sucesor–, preparó el plan que pronto demostró su ineficacia.

Durante el IV Congreso de Economistas las críticas al Plan Global de Desarrollo se dieron en abundancia y se propuso un proyecto para “restituir al Estado el papel de aliado de las clases trabajadoras y ya no de los intereses económicos privados, a efecto de utilizar la fortaleza financiera derivada del petróleo para responder a los compromisos sociales soslayados”. Un joven Carlos Salinas de Gortari, en representación del presidente, dijo que “el PGD no estaba a discusión y que ése era el único proyecto nacional”.

El Plan Global acabó efectivamente en fracaso total. A partir de 1981, con la caída de los precios del petróleo, hubo escasez severa de divisas, las importaciones de bienes de consumo y capital subieron sin control, y hubo déficit tanto comercial como en la balanza de pagos; la fuga de capitales fue escandalosa, el fisco siguió inequitativo y el peso, sobrevaluado. A la deuda externa la gente comenzó a llamarla “la deuda eterna”.

Las fuertes críticas a la situación económica mexicana, menudearon aquí y en el extranjero, y estuvieron acompañadas por condenas a la corrupción, la simulación a la democracia, el narcotráfico y demás.

LA POLÍTICA DEL TAPADISMO

López Portillo anotó en sus *Memorias*: “el futurismo empieza a tomar cuerpo [...] los secretarios me ven distinto. Se sonrojan con ciertas expresiones; cuidan otras, hay soslayos, pero en general están disciplinados. Alborotados, sin duda, pero respetuosos.”

58



iii

Los presidentes José López Portillo y Jimmy Carter afuera de la Casa Blanca, Estados Unidos, 1979. Library of Congress, Estados Unidos.



iv

Los presidentes José López Portillo y Jimmy Carter afuera de la Casa Blanca, Estados Unidos, 1979. Library of Congress, Estados Unidos.

59

El tapado, como se le llamaba a la práctica de adivinar quién era el elegido por el mandatario para sucederle, comenzó a tomar forma. Desde 1977 José López Portillo había revelado que se “interesaba por un cambio de generaciones en los más altos puestos políticos del país”, por lo que su sucesor debería tener unos 20 años menos que él. Pero López Portillo también le hizo creer a Jorge Díaz Serrano –director de PEMEX– que podía ser su relevo. Cuenta en sus *Memorias* que le dijo: “en voz de la opinión pública se te menciona como una posibilidad visible para ser candidato a la presidencia de la república. No tengo mucho que decirte, pero es importante que lo sepas.”

Díaz Serrano quedó convencido de que “ya la había hecho”, no obstante, poco después sería depuesto de su cargo. La caída de los precios del petróleo arrastró consigo al director, poniendo punto final a sus ambiciones y al fugaz periodo de abundancia. En diciembre de 1981, en medio del caos económico se dispararon los precios de las gasolinas. La Nova de 2.80 a 6.00 pesos el litro. El Diesel de 1 a 2.50 pesos el litro.

Vía la reforma política de Jesús Reyes Heróles fueron siete las candidaturas a la presidencia de la república en las elecciones del año siguiente: El Partido Revolucionario Institucional (PRI) nominó a Miguel de la Madrid; Acción Nacional (PAN) a Pablo Emilio Madero; el Partido Demócrata Mexicano (PDM) a Ignacio González Gollaz; el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) a Cándido Díaz Cerecedo; el Partido Social Demócrata (PSD) a Manuel Moreno Sánchez; el Partido de los Trabajadores (PT) a Rosario Ibarra de Piedra –primera mujer en ser nominada a tan alto puesto–, y el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) a Arnoldo Martínez Verdugo. El resultado de la competencia, lo conocemos todos.

LA VIDA COTIDIANA

Entre los adelantos tecnológicos que en 1981 se impulsaron estaban los lectores de código de barras –que eliminaron para siempre las tediosas filas en las tiendas de autoservicio– y las novísimas máquinas de escribir electrónicas.

En aquel año se descubrió durante las excavaciones para construir el edificio del Banco de México en la vieja calzada de Tacuba, el “Tejo de oro”, un lingote cuyo

metal áureo, fundido por los españoles, procedía del tesoro de Moctezuma y que, en la Noche Triste, se perdió junto con muchas otras riquezas. El profesor Gastón García Cantú, director del INAH, envió al presidente la valiosa prenda. José López Portillo escribió en sus *Memorias* la impresión que le causó estar ante ese trozo de metal cargado de historia: se le “enchinó la piel” y durmió con el tejo bajo la almohada. Después, lo regresó para ser depositado en el Museo de Antropología.

En el panorama cultural, dos nuevos museos abrieron sus puertas al público del Distrito Federal: el Museo Tamayo Arte Contemporáneo, en el Bosque de Chapultepec, y el Museo Nacional de las Intervenciones, ubicado al sur de la ciudad, en el exconvento de Churubusco. Ambos recintos comparten el júbilo de cumplir cuatro décadas ininterrumpidas de ofrecer a sus visitantes, además de sus colecciones permanentes, exposiciones temporales didácticas y formativas. En el rubro literario, el poeta y escritor Octavio Paz se hizo acreedor al Premio Cervantes de Literatura, Gabriel García Márquez publicó su novela *Crónica de una muerte anunciada* y José Emilio Pacheco su libro *Batallas en el desierto*.

En la escena política una mujer, la doctora Rosa Luz Alegría, fue designada como secretaria de Turismo. El presidente aseguraba que su nombramiento había sido una decisión “histórica”, pues ella era la primera mujer que ocupaba una secretaría de Estado en el país.

Por aquel entonces, ciertas áreas de nuestra gran urbe parecían zona de guerra, calles como bombardeadas debido a las obras de construcción del Metro, dirigidas a resolver uno de los problemas fundamentales de la ciudad, el transporte.

En 1981 las enormes salas cinematográficas estaban distribuidas en ejes: en el Centro-Lázaro Cárdenas se localizaban el Metropolitano, Palacio Chino, Alameda, Regis y Mariscal, entre otros. En Cuauhtémoc-Roma-Condesa, el Diana, Chapultepec, Latino, Insurgentes 70, Cine-1 y Gabriel Figueroa. En la Villa-Lindavista-Vallejo, el Futurama, Javier Solís y Tepeyac. Pasarían años antes de que aquellos enormes complejos de entretenimiento desaparecieran, algunos por la acción del terremoto de 1985, otros fraccionados para albergar un número mayor de salas o, de plano, clausurados por inabarcables cuando los videos hicieron de cada hogar una sala de proyección barata y segura. Los centros comerciales en Ciudad Satélite y Perisur, comenzaban a despuntar, pero sin el concepto del séptimo arte.

60

López Portillo escribió en sus Memorias la impresión que le causó estar ante ese trozo de metal cargado de historia: se le “enchinó la piel” y durmió con el tejo bajo la almohada.

Las carteleras del Distrito Federal exhibían *El imperio contraataca*, un éxito de taquilla que siguió a *La guerra de las galaxias* y que se convertiría –junto con *El regreso del Jedi*– en un verdadero fenómeno económico y mercantil que produjo juguetes, ropa y toda clase de objetos. Estos filmes fueron los primeros en utilizar el sonido THX creado por George Lucas. Para los amantes del cine de terror estaba *El exorcista*, originalmente exhibida en 1973, y para los románticos *María*, con Fernando Allende y Tarin Power.

En la música en español sonaban, entre otros: Menudo, Mecano, Joan Manuel Serrat, Miguel Mateos, Raphael y Yuri. En inglés el grupo musical Pantera, Los Buggles, Mötley Crue, John Lennon, Queen, The Rolling Stones y Anthrax.

La televisión mexicana estaba restringida a los canales concesionados a Televisa: 2, 4, 5 y 8 –que luego se convertiría en 9–, canal 11 concesionado al IPN; llegarían luego el 7 y el 13 del Instituto Mexicano de la Televisión. Pasarían cinco años antes de que comenzara a operar la televisión por cable.

Pero el gran chisme fue protagonizado por el gobernador del estado de México, Jorge Jiménez Cantú, del grupo Atlacomulco, quien se permitió regalar al presidente López Portillo “un rancho de 70 hectáreas y 2 000 metros cuadrados de construcción con todo y torre de vigilancia. Todo iba bien hasta que Miguel Ángel Granados Chapa reveló, en el periódico *Unomásuno*, la operación”.

López Portillo se sintió obligado a rechazar públicamente el regalo e incluso propuso una ley que convertía en delito que los funcionarios aceptaran regalos.

1981 fue, en palabras del presidente, un año crucial en su administración:

un cambio radical y repentino de corrientes económicas, correspondientes a factores políticos, tanto internos como internacionales, cortó cuatro años de ascenso continuo de nuestro desarrollo, sin precedentes en nuestra historia. Pasará tiempo para que se vuelva a presentar una oportunidad similar. En un mundo aplanado por la inflación y la recesión, nuestro crecimiento fue contrastante, subimos muy alto y, desde ahí caímos.

Después de un año tan caótico, y con una grave crisis económica, no queda más que preguntarse ¿qué motivó a López Portillo a establecer el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora? Una institución que, a lo largo de cuatro décadas, fue ganando reconocimiento y prestigio nacional e internacional en la formación de recursos humanos e investigación en el área de Historia y Ciencias Sociales.

Quizá, dar impulso a la cultura, fue una de las pocas cosas acertadas que en aquel 1981 realizó el gobierno federal, de lo contrario no estaríamos aquí celebrando estos primeros 40 años.

▼
Plaza Valentín Gómez Farías, sede de Bibliotecas Mexicanas, ca, 1982. Biblioteca “Ernesto de la Torre Villar”-Instituto Mora.

61



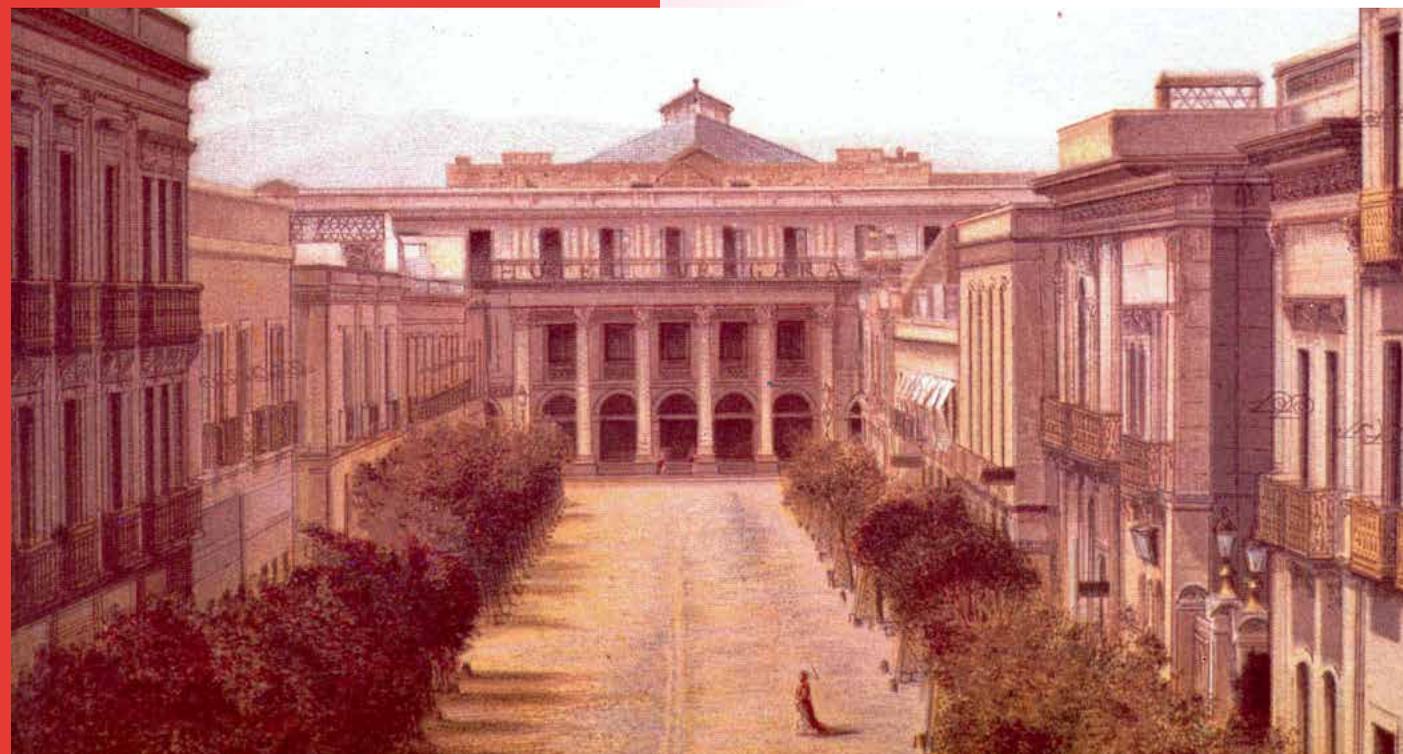
PARA SABER MÁS

AGUSTÍN, JOSÉ, *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970-1988*, México, Planeta, 1982.

KRAUZE, ENRIQUE, *La presidencia imperial*, México, Tusquets, 1997.

LÓPEZ PORTILLO, JOSÉ, *Mis tiempos*, México, Fernández, 1984-1985.

OMAR ALFONSO FLORES TAVERA
Posgrado en Historia del Arte, UNAM



El Gran Teatro Nacional

Inaugurado en 1844 y demolido en 1901, la obra del arquitecto Lorenzo de la Hidalga vino a romper época, con la intención de un reordenamiento urbano y acabar con el antiguo orden colonial y el dominio del clero sobre la vida social. Diseñado bajo las influencias arquitectónicas italiana y francesa, se convirtió en parte de los escenarios del poder que confluían en el actual centro histórico capitalino.

i
Teatro Nacional [s. f.], colección
Felipe Teixidor, México, Archivo
General de la Nación.

El anterior es un fragmento del segundo capítulo de la novela costumbrista de don Manuel Payno, *El fístol del diablo*, en donde Arturo, un joven que con ardor desea el amor de una mujer, es invitado por un decimonónico Mefistófeles, ahora bajo el seudónimo de Rugiero, a un baile celebrado en el recién inaugurado Teatro Nacional en la calle de Vergara (hoy Bolívar y 5 de Mayo). El baile en cuestión, al que Arturo se presenta elegantemente vestido con polainas y guantes con la intención de atraer la mirada de alguna bella señorita, debió tener lugar entre el 18 y el 20 de febrero de 1844, pues más allá de la historia fantástica y novelada que ofrece Payno, los registros históricos revelan que, en efecto, se celebraron bailes de máscaras en el marco de la inauguración del Gran Teatro Santa Anna que se llevó a cabo el 10 de febrero del mismo año, con la presentación del violinista alemán Maximiliano Bohrer. En la invitación, el empresario que patrocinó la fábrica arquitectónica, don Francisco Arbeu, anuncia lo siguiente: “Bailes de máscaras para el 18, 19 y 20 de febrero de 1844. Al fin este edificio se halla en estado de presentarse a los habitantes de la hermosa México.”

–¡Bellísimo edificio! –dijo Arturo a Rugiero, al entrar al pórtico del teatro nacional, situado en la ancha calle de Vergara–. ¿Os agrada, Rugiero?

–Hay teatros mejores en Europa.

–¡Oh, indudablemente! Pero no deja de ser orgullo para un mexicano el poseer un teatro tan magnífico.

–¡Oh!, en cuanto al orgullo –respondió Rugiero irónicamente–, ustedes los mexicanos tienen bastante para no pensar que más valía un buen hospital y una penitenciaría que no el lujo de un teatro rodeado de limosneros y de gentes cubiertas de harapos y de miseria. Pero no os incomodéis, Arturo: el teatro es en efecto magnífico y digno de llamar la atención; y por otra parte, más negocios hago yo en una noche en esta clase de edificios que en todos los hospitales del mundo.

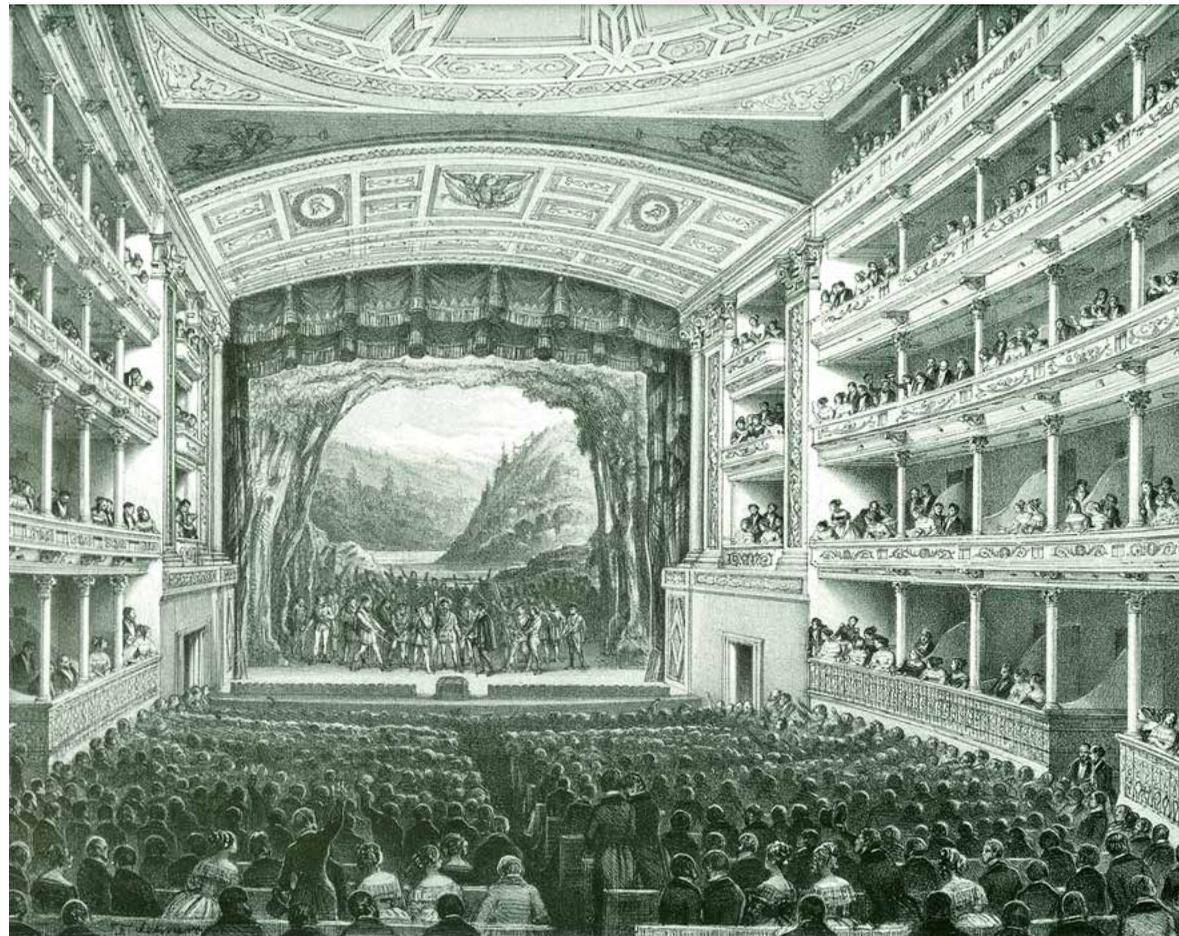
–Venid, Arturo; examinemos lo que nos rodea.

La impresión que los personajes de esta novela expresan por el edificio, debe ser afín al asombro que en efecto causó entre los habitantes de la ciudad de México a principios de la década de los cuarenta de aquel siglo; e incluso en el propio Payno, quien decidió ubicar el arranque de su historia en uno de los sucesos más llamativos de la época, tomando en cuenta que *El fístol del diablo* se empezó a publicar en entregas apenas al año siguiente de la inauguración. Lo provocativo del acontecimiento se resume en el hecho de que el Gran Teatro Nacional fue el primer espacio escénico moderno que se alzó en la capital, pues hasta 1841 sólo existían tres lugares de representación: El Teatro Principal, también llamado Coliseo Nuevo, el Teatro de los Gallos y el Teatro de Nuevo México, que más bien tenían características afines a los corrales de comedias españoles del Siglo de Oro que a un teatro propiamente moderno como los que ya habían empezado a popularizarse en la Europa ilustrada desde el siglo XVIII.

En la misma invitación para los bailes de máscaras, Francisco Arbeu ensalza su empresa de la siguiente manera:

64 Su erección era una necesidad exigida de tiempo atrás, para poner este ramo de civilización y de mejora en armonía con los mejores monumentos que decoran nuestra capital, y con la suntuosidad de sus fiestas: era necesario poner el teatro al nivel del gusto y de tantas otras mejoras formales y materiales [...] El mexicano que conoce los mejores teatros de Europa no sentirá humillación ni vergüenza al mostrar el nuestro a los extranjeros, que le hacen justicia ¡puedan el tiempo y el progreso de las ciencias hacer de este edificio el verdadero teatro en que la susceptibilidad de los talentos y el ingenio mexicanos, luzca algún día y corone a los que sigan las huellas de Calderón, Vega Moreto, Bretón de los Herreros, Racine, Molière, Shakespeare, Alfieri, etcétera.

Siguiendo la idea del fragmento anterior, la construcción del nuevo teatro formó parte de los proyectos públicos que habían comenzado desde finales de la década de los años treinta del siglo XIX con los que se buscó modernizar la capital, pues más allá de haber sido la iniciativa de un particular como lo era el señor Arbeu, la obra también recibió el apoyo económico gubernamental del presidente Antonio López de Santa Anna, luego de que el señor Loperena, socio inicial de don Francisco Arbeu, se arrepintiera de la inversión por considerarla riesgosa. Si bien es cierto que el proyecto se originó en el impulso y deseo de un hombre particularmente aficionado al teatro, también lo es que el edificio terminó por ser un destacado referente de la modernidad en una ciudad que buscaba igualarse a las capitales que en aquel momento representaban la punta de lanza de la civilización occidental. De este modo, la aparición del Gran Teatro Nacional o Teatro Santa Anna también queda enmarcada por un drástico proceso de reordenamiento urbano que en el fondo pretendía iniciar la ruptura con el viejo orden colonial y el dominio del clero sobre la vida de la población capitalina. Por ello, en estas líneas se propone que la construcción del Teatro Nacional es el claro ejemplo de la secularización urbana y arquitectónica del espacio teatral como el punto de encuentro social por excelencia durante el siglo XIX.



TRANSFORMACIONES

Hasta la aparición del Gran Teatro Nacional en 1844, y además de los espacios de representación de tipo corral-coliseo cuya popularidad fue en aumento desde el siglo XVII, el espacio por excelencia de fiestas y representaciones en la ciudad de México fue la plaza pública, en donde, de hecho, los eventos adquirirían un carácter más litúrgico que civil. Así lo apunta Francisco de la Maza cuando dice: “aparte de las loas y autos sacramentales que algunas veces se representaban en los atrios de las iglesias como remembranzas del siglo XVI, había comedias en las plazas, con escenarios improvisados”.

Por su parte, la investigadora Giovanna Recchia, precursora en México de los trabajos académicos en torno a los espacios teatrales, afirma que desde principios del siglo XVIII hubo un incremento de festejos y representaciones en los escenarios urbanos de la capital que cubrían las necesidades de pompa y ostentación de los dos perso-

najes protagónicos del viejo orden social: el poder civil y el poder religioso y su legitimación y afirmación al frente de la sociedad novohispana. En este sentido, Recchia propone que el espectáculo dieciochesco de la capital abrió con dos acontecimientos destacados en 1701, como fueron la muerte de Carlos II y el ascenso al trono de España de Felipe V, conmemorados con exequias y festejos llevados a cabo en la Plaza Mayor el 4 de abril de aquel año. En el evento, los edificios que hasta hoy día rodean la plaza,

se transformaron en un bordado de colgaduras de telas finas, oro, tapices, gobelinos y colores de oriente. Se levantaron tablados frente al arzobispado y frente a las casas capitulares; a un lado de una de las puertas de palacio se levantó el más llamativo de todos: una colosal estructura provisional con cinco arcos de frente y dos de costado, sostenidos por columnas salomónicas y adornados de telas bordadas de oro, sobre las cuales estatuas y emblemas representaban los dominios del nuevo monarca.

ii Interior del Teatro Nacional de México, litografía, en Julio Michaud y Thomas, *Album pintoresco de la república mexicana*, México, Imprenta de Julio Michaud y Thomas, 1850.

Estos lujosos revestimientos de la Plaza Mayor no pueden ser otra cosa que la escenografía del enorme escenario que era la plaza principal de la ciudad de México, la cual funcionaba como espacio de la representación simbólica y teatralizada de los poderes hegemónicos.

En su ya clásico trabajo *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, Juan Pedro Viqueira también se refiere a los espacios públicos de la ciudad de México como “El teatro del poder”; sin embargo, más allá de limitarse a hablar de la plaza como espacio legitimador exclusivo de los miembros de la cúspide social, extiende la apropiación del espacio, que ocurría durante las múltiples fiestas litúrgicas, al resto de los estamentos novohispanos:

Estas fiestas eran la representación que la sociedad se daba a ella misma. En ellas reordenaba jerárquicamente a sus elementos, creaba una comunión de la que todos participaban, aunque desde lugares diferenciados, reforzando así su cohesión. Estas ceremonias eran verdaderas dramatizaciones sociales, eran el teatro en el que la sociedad se desdoblaba en actor y en espectador, desarrollando una acción rígidamente preestablecida y provocando una catarsis que confirmaba y consolidaba su existencia colectiva.

Esta idea de la sociedad que se convierte en actor y espectador al mismo tiempo, es tomada por Viqueira de la teoría sociológica del teatro de Jean Duvignaud. Sin embargo, en una reflexión acerca del espacio de la representación, es interesante que Viqueira aplicara la teoría del francés para el caso del contexto histórico que estudia el siglo XVIII novohispano. Integrado en la sociedad los dos componentes principales de la dinámica teatral, el tercero sería claramente el espacio que habita, es decir, la ciudad misma.

Con la secularización y transformación que sufrió el espacio urbano de la ciudad de México desde la primera mitad del siglo XIX, aquel monumental escenario de la sociedad mexicana quedó desarticulado, pues con la creación de nuevos centros nodales de interacción social (los paseos ilustrados) y con la apertura de nuevas calles alrededor de la traza original, se modificó el tránsito del antiguo espacio litúrgico-representacional de la ahora moderna capital mexicana.



iii
Casimiro Castro, *Teatro Nacional de México*, litografía a color, en *México y sus alrededores*, México, Imprenta de Debray, 1869. The New York Public Library.

68 La transformación del centro de la ciudad inició con los proyectos de Tadeo Ortiz de Ayala, quien veía con malos ojos el espacio de las viejas plazas coloniales. Ortiz propuso la demolición de edificios y espacios como el antiguo Parián y varios edificios religiosos “de mal gusto”. Hacia 1840, cuatro años antes de que iniciara actividades el Gran Teatro Nacional, ya se podían observar los primeros trabajos de remozamiento que transformarían la Plaza Principal en un paseo moderno, como fueron la plantación de árboles y la colocación de farolas en distintos puntos alrededor del entonces llamado Paseo de las Cadenas. Por su parte, el 27 de junio de 1843 el presidente Santa Anna emitió un decreto con el que buscaba hermostrar nuevamente la plaza principal, con ello se sometería a concurso el proyecto de erigir un monumento en conmemoración de la independencia nacional. A pesar de haber ganado Enrique Griffon, el arquitecto Lorenzo de la Hidalga, quien para entonces ya estaba trabajando en el Teatro Santa Anna, fue quien obtuvo la licitación, y ese mismo año, el 16 de septiembre, se colocó la primera piedra del zócalo. Desde entonces el espacio de la plaza, antes dominado por la imponente presencia de la catedral metropolitana, quedó ocupado por los símbolos del poder civil que durante todo el siglo XIX siguió intentando apartar al clero de su injerencia política, de sus recursos y de su influencia en la vida social mexicana.

Otra importante transformación urbana de secularización capitalina fue la apertura de la calle 5 de Mayo, cuya iniciativa original en 1846 fue nada más y nada menos que de don Francisco Arbeu, dos años después de haber inaugurado el Teatro Nacional. El empresario mandó una carta al Ayuntamiento con la propuesta de abrir una calle que iniciara justo en la fachada de su moderna obra arquitectónica y que terminaría en el Empedradillo o Plaza Principal, para ello había que atravesar dependencias de la Profesa y la huerta del convento de Santa Clara. Fue hasta 1861 que este proyecto se llevó a cabo dándole un tiro visual protagónico al teatro de don Arbeu. A lo largo de estos procesos se puede observar la destrucción de los espacios religiosos en favor de los nuevos recintos civiles, cambiando las representaciones litúrgicas de las Sagradas Escrituras en la misa, por las representaciones ilustradas de los textos de Molière.

Además de las representaciones teatrales, el Gran Teatro Santa Anna albergó conciertos, representaciones operísticas, bailes, fiestas e incluso recepciones y grandes banquetes de Estado como los que realizó Porfirio Díaz

durante su mandato; para ello, las butacas del patio eran retiradas y sustituidas por largas mesas montadas con gran protocolo.

DISEÑO

Como se ha mencionado líneas arriba, el Gran Teatro Nacional fue diseñado por el arquitecto Lorenzo de la Hidalga, quien evidentemente estudió estructuras afines a los teatros italianos tales como los teatros de Parma, Nápoles y Turín, en donde los arquitectos empezaron a alargar la cávea con una planta elíptica, todos partiendo del primer ensayo moderno del teatro en occidente que fue el Teatro Olímpico de Vicenza, diseñado por Andrea Palladio en el siglo XVI. No obstante, es probable que estas formas del espacio teatral llegaran a Lorenzo de la Hidalga por la vía de los teatros ilustrados de Francia, que habían estado ensayando con estos modelos espaciales desde 1689 con la aparición de la sala de la *Comédie Française*.

Por otra parte, en lo que se refiere a la fachada, quedan algunas fotografías de finales de siglo y las muy afamadas vistas de Pietro Gualdi, el escenógrafo italiano que retrató la ciudad de México en la década de los cuarenta y que además diseñó el interior y el telón del Teatro Nacional. La fachada muestra una estructura que alude a las formas del clasicismo arquitectónico francés, donde domina una galería horizontal de dos cuerpos y un ático cuyo centro se resalta por medio de un pórtico arremetido que interrumpe la continuidad de los dos niveles. Este pórtico presenta cuatro columnas de orden gigante con capiteles compuestos, que a su vez están flanqueadas por dos pilastras adosadas del mismo género. Las galerías presentan tres arcos de cada lado en ambos cuerpos, en el primero se trata de medios puntos, y en el segundo se muestran arcos adintelados; todos con una proporción esbelta que nuevamente revela la influencia afrancesada que fue tan común en la arquitectura de este siglo. Encima hay un entablamento en cuyo friso se observa un resalto a la altura del pórtico donde se lee en mayúsculas GRAN TEATRO DE SANTA ANNA. El ático remata con una balaustrada. Alineados con las columnas del pórtico, se observan seis dados que funcionan como pedestales en donde se apoyan seis esculturas de postura abierta, alegoría de las artes, no obstante, se sabe que el programa ornamental nunca se concluyó y que tales piezas no fueron colocadas, por lo

que la vista de Gualdi es una versión hipotética de cómo pudo haber quedado una vez concluido el programa ornamental.

69 En cuanto al interior, la sala contaba con 704 lunetas de patio, 81 palcos para diez personas organizados en tres filas, 120 lunetas en balcón, 650 asientos de galería y 111 en ventilas, es decir, un aforo total de 2 395 localidades. Manuel Mañón afirma que “la decoración del teatro causó una magnífica impresión por su belleza y sobriedad, y fue elogiada entusiastamente por el numeroso público que llenó el coliseo, así como el telón de boca, que representaba la Columna de la Independencia que proyectó Lorenzo de la Hidalga” Y seguramente fue así, pues el propio Manuel Payno dedica una descripción minuciosa al interior del recinto con el que Arturo y Rugiero se encontraron al entrar:

Las columnas del pórtico estaban adornadas de guirnalda de laurel; multitud de luces, en vasos de todos colores, serpenteaban graciosamente por las columnas, y formaban en las elegantes cornisas caprichosas figuras que, agitadas por el viento, ya se encendían y brillaban, o ya un tanto opacas despedían su claridad de una manera indefinible y fantástica. En el patio había distribuidos naranjos, dalias, rosas, claveles, geranios y todo ese conjunto de hermosas y aromáticas flores que crecen en el clima de México al aire libre y sin necesidad de invernáculos. El elegante peristilo y los amplios y decorados patios estaban alfombrados; de los artísticos barandales de hierro pendían lámparas, cuya luz vivísima se reflejaba en los cristales de la cúpula del patio. La luz, el aire impregnado con el aroma de las flores, y la elegancia y gusto con que se hallaba adornado el exterior del edificio, predisponían a recibir esas sensaciones desconocidas de amor y de

placeres indefinibles, que sólo puede sentir el alma apasionada y ardiente de los jóvenes. [...] Rugiero y Arturo penetraron al salón. El foro y el patio estaban unidos y tapizados con rica alfombra; los palcos medios velados con transparentes y primorosas cortinas; multitud de quinqués, lámparas y candelabros de cristal pendían del techo, pintado curiosamente. Las columnas relucientes de estuco de los palcos, adornadas con guirnalda de rosas, sobresalían esbeltas y galanas, sosteniendo este gran salón. Enfrente del foro había una especie de trono con un dosel de terciopelo y seis sillones de damasco de china con franjas doradas.

Tal como lo enuncia el diablo en la novela decimonónica, seguramente debió haber mejores teatros en la moderna Europa del siglo XIX; no obstante, la impresión de Arturo también se vio influida por el hecho de entrar en contacto con un espacio con el que no tenía una experiencia directa previa y, más aún, si se trataba de una fiesta social según el nuevo modelo del México secularizado que había orquestado la construcción de aquel nuevo espacio de representación en medio de un convulsivo momento de construcción nacional.

En diciembre de 1900 el régimen porfiriano ordenó la demolición del Gran Teatro Nacional, esto con la intención de prolongar la avenida 5 de Mayo –propuesta inicial del señor Arbeu– y de este modo conectar la plaza central del Zócalo con la Alameda Central. La demolición se concretó durante 1901, no sin antes prometer la erección de un nuevo recinto todavía más moderno; ahora ya no un teatro ilustrado, sino una verdadera “Ciudad de las Artes” a semejanza de la nueva Ópera de Garnier en París. Con el objetivo del nuevo proyecto modernizador, para 1904 se estaría iniciando la construcción del hoy llamado Palacio de Bellas Artes.

PARA SABER MÁS

MAÑÓN, MANUEL, *Historia del viejo Gran Teatro Nacional de México: 1841-1901*, México, INBA/CONACULTA, 2009, 2 tt.

RECCHIA, GIOVANNA, *Espacio teatral en la ciudad de México, siglos XVI-XVIII*, México, INBA/CITRU, 1993.

RIBERA CARBÓ, EULALIA (coord.), *Las plazas mayores mexicanas. De la plaza colonial a la plaza de la república*, México, Instituto Mora, 2014.

VIQUERA ALBÁN, JUAN PEDRO, ¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces, México, FCE, 1987.

DARÍO FRITZ
BiCentenario

70 Días de pandemia

Las imágenes de Iván Macías retratan distintos momentos de 2020 y 2021: la valiente lucha diaria del personal de salud de un hospital durante la expansión del virus de la COVID 19, lo cual le valió el premio Word Press Photo; el hartazgo de las mujeres jóvenes cuyos reclamos continúan sin ser escuchados, y la tragedia escalofriante en la Línea 12 del Metro.

Imágenes: Cortesía de Iván Macías

Marcha feminista

El movimiento feminista en México ha ido tomando cada vez más fuerza y en las marchas que se realizan cada año se pueden encontrar cientos de grupos de mujeres con exigencia similares, pero que se expresan de formas diferentes.

Estas marchas tan heterogéneas en sus formas de expresión, pero homogéneas en lo que quieren y exigen muestran la diversidad de pensamiento que existe en nuestro país.

Metro Línea 12

El desplome de la línea 12 fue un suceso trágico que mostro los dientes de la corrupción y malas gestiones que formaron parte de la construcción y mantenimiento de la más reciente línea del metro.

El día del accidente se tenían todos los ojos puestos en el lugar, mostrando minuto a minuto lo que pasaba en ese caso entre los horrores del suceso y la solidaridad de la gente.

Es por eso que decidí hacer unas fotografías un par de días después, con el lugar más en calma, pero todavía con signos de lo que ahí había pasado, para sí poder generar material que invitara más a la contemplación y al mismo tiempo reflexión.



El reloj sigue su curso aún en tiempos de pandemia. Cuando el silencio, los miedos, el encierro, la distancia, el vacío, imponían un ajuste de cuentas con la normalidad de antaño, para algunos se hizo necesario, de todos modos, salir a la calle, asomar la cabeza y el cuerpo, aunque el riesgo implicara costos demasiado altos. Estos retratos fotográficos realizados por Iván Macías, que acompañan las siguientes páginas, traducen de algún modo lo que han sido los últimos 18 meses bajo el acecho de la COVID 19: Los rostros desgarrados de médicas, médicos, personal de salud, en su combate permanente por dar vida; la justicia que exigen mujeres hastiadas por la violencia, la discriminación y la negación del gobierno para aceptar su

74 derecho a decidir sobre su cuerpo, y que siguen allí, como la ola del mar desgasta la piedra día a día, y, por último, la tragedia expresada en unos hierros retorcidos del Metro, que la incompetencia fraguó.

Iván Macías se hizo en la fotografía a partir del tiempo libre que le daba la ingeniería. Trazada al cabo de un corto lustro, su obra parte de los retratos aéreos, como lienzos de Edward Hopper, repletos de silencios y significados, de una naturaleza exuberante que advierte su indiferencia a la presencia del hombre –Uxmal y un verde infinito, las nubes flotantes sobre el cerro Coconetla, la playa y la ballena con su cría surcando el agua cristalina del mar de Baja California Sur, la arquitectura ecléctica de la Ciudad de México, luces del amanecer en un centro ceremonial otomí, líneas de carreteras que cortan de tajo cerros frondosos en Veracruz.

Pronto aterrizó esa belleza y estética de panorámicas enclavadas a miles de metros de altura –se pueden explorar en su cuenta de IG@ivan_macias–, en historias de personajes de la vida diaria. Historias de pasajeros circunstanciales, vendedores ambulantes y otros abandonados en las calles del Centro Histórico, rostros de la solidaridad en el terremoto de 2017, escaladores obstinados del Iztaccíhuatl y el Pico de Orizaba, niños de fiesta en la Alameda Central, de miradas concentradas en las artesanas chiapanecas; hasta estos retratos de la lucha por sobrevivir al virus, de la rabia en la marcha por el Día Internacional de la Mujer, de las consecuencias del derrumbe de la Línea 12 del Metro.

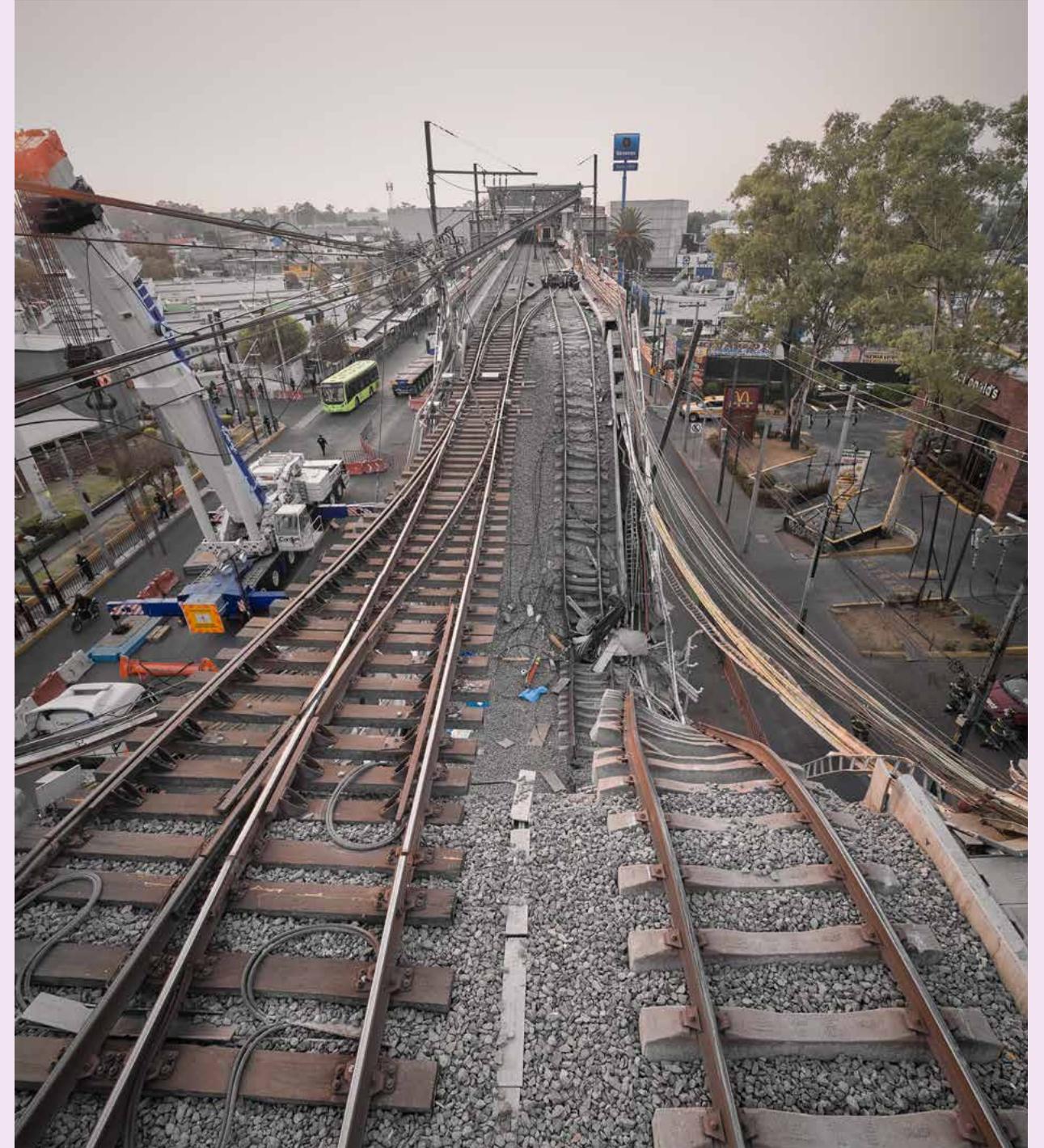
“El rostro refleja las emociones, fortalezas y vulnerabilidades que se encuentran impregnadas en la piel, arrugas y cicatrices, sin tener que decir una sola palabra”, escribe el fo-

tógrafo en *Huellas de la pandemia*, un libro de edición propia donde da cuenta del trabajo del personal de la salud. Uno de esos rostros, el de la médica María Guadalupe Trejo, que lleva la portada del texto, le valió el Word Press Photo 2021, el premio de mayor prestigio a nivel mundial en fotoperiodismo. Son rostros que no reflejan solamente el cansancio, la introspección o la serenidad de médicos y enfermeras, sino también de la incertidumbre, dolor, lamentos, desazón y sueños de los propios pacientes. Y de la muerte misma.

Esa muerte que envuelve las decenas de kilos de hierro y acero inservibles de la destruida Línea Dorada del Metro, sin la necesidad del semblante o el gesto de las víctimas que la enfatice. Las grúas a un costado de la vía elevada, a la espera de remover todo aquello, un par de días después de la tragedia –cuando fueron tomadas las imágenes con el apoyo de un dron–, subrayan el abismo de la caída, la frialdad y el silencio luctuoso. Un tiempo aún lejano para recobrar la pretendida normalidad.

Iván Macías ya había avanzado sobre esa normalidad sospechosa de no ser la misma, en marzo de 2021, cuando las restricciones fueron reblandeciéndose. La furia feminista que da cuenta en sus imágenes ha sido el final de una protesta pacífica contra los crímenes feminicidas y las desapariciones, la exclusión y la desigualdad. El derecho a elegir menospreciado y encarcelado.

María Guadalupe Trejo dice con crudeza en el libro de Macías que, después de un año y medio, la pandemia “nos mostró de cara, lo egoístas, ignorantes y poco empáticos que somos”. Y advierte que: “el mayor riesgo somos nosotros mismos”.





78



79



ANA SUÁREZ

El salmo 103



i
Tortillera en hacienda, litografía,
en Gilbert Haven, *Our next-door
neighbor: a winter in Mexico*,
Nueva York, Harper & brothers,
1875. Library of Congress, Esta-
dos Unidos.

81

“Nada más mis hijas, no quiero que me cuide nadie más.” Las palabras de doña Refugio resuenan en sus oídos mientras la procesión se dirige al cementerio y se repite una y otra vez: “Dios perdona todas las iniquidades.” Acató la voluntad de su madre quien, desde que cayó en cama, postrada por la misma enfermedad de la abuela, se negó a que la atendiera nadie más. Su hermana, en cambio, se asomó de vez en cuando, dizque porque la hacienda exigía toda su atención.

Todo terminó. Ahora siguen a los peones que cargan el cajón de madera sobre los hombros. Avanzan luego los criados y, al final, los vecinos y demás trabajadores. Al arribar, el cortejo entra en el camposanto y enfila hacia el sepulcro.

Si Carmen, su hermana, hubiera compartido su carga, ahora se sentiría mejor. Aunque ha de admitir que fue una fortuna que se encargara de la hacienda, justo cuando, por haber enviudado, acababa de volver. Mientras, la casa se convirtió en un hospital-prisión y Micaela, a sus apenas quince años, en la prisionera. ¡No más ir y venir a caballo por los potreros, ni nadar en el río, ni conversar con los vecinos! ¡Fue además tan triste ver cómo la hasta entonces señora y dueña dejaba de interesarse en lo que sucedía más allá de su lecho! ¡Tan doloroso advertir la forma lenta e inexorable en que se marchitaba la antes hermosa y altiva dama!

Micaela espera descansar por fin, al menos físicamente, pues jamás perderá el miedo a que se sepa lo que tuvo que hacer. “La maldita enfermedad ganó y yo, que ayudé a bien morir a mi madre, y sé cuán difícil será para ti, te lo ruego, hazlo por mí; Dios te perdonará y aprenderás a vivir con ello, como aprendí yo.” Su madre no quiso aguardar; se estremecía tan sólo de evocar lo mucho que sufrió la abuela e imaginarse lo que iba a padecer.

Aunque la sobrecogía hacerlo, debió obedecer: sacó la vieja Biblia del ropero, como le dijo, la abrió en el salmo 103 y ahí, donde se leía: “*Él es quien perdona todas tus iniquidades*”, halló una lista de ingredientes anotados con lápiz, los cuales se abocó a reunir y luego machacó y revolvió en el molcajete hasta convertirlos en polvo. Después, de a poquitos, lo echó en las tazas de café

82



ii

Nana con niños en la hacienda, litografía, en William Henry Bishop, *Old Mexico and her lost provinces*, Nueva York, Harper & Brothers, 1883. Brown University Library.

83

con leche, lo único que doña Refugio lograba ingerir. A partir de entonces, su final se apresuró. Nadie se extrañó de que llegara antes de lo previsto; todos lo consideraron un alivio para la hoy difunta.

El panteonero los recibe frente a la fosa recién abierta y, con ayuda de varios peones, comienza a trabajar. Micaela se siente extenuada, le urge volver a la casa, darse un baño y dormir muchas horas; quiere librarse de la angustia que sufre desde que su madre le rogó su ayuda. Por la mañana, saldrá a pasear a caballo y meditará sobre el porvenir. Ignora qué hará. Vivir al lado de quien, hasta el momento, no ha derramado una lágrima será muy difícil; apenas la conoce y la diferencia de edad es tan grande que jamás podrán entenderse.

El ataúd es amarrado con mecates y desciende lentamente a la fosa. Micaela cierra los ojos: prefiere pensar que, al día siguiente, podrá levantarse temprano para asistir a la ordeña, al mediodía bañarse en el río y, por la tarde, arrear el ganado hacia los establos. ¡Jugará otra vez a que es la dueña y señora de la hacienda! ¡Será libre de nuevo! Escucha cómo la tierra cae sobre el cajón, palada tras palada. “*Él es quien perdona todas mis iniquidades, iniquidades...*” Las mujeres lloran, los hombres suspiran, los niños callan. Carmen se agita fastidiada; mira el reloj como si tuviera prisa, ni siquiera finge aflicción.

Micaela sale de su ensimismamiento cuando alguien se detiene a su lado. Observa que un desconocido de bombín y bastón saluda a su hermana. El panteonero coloca varios adobes sobre el sepulcro; lo protegerán mientras llega el mausoleo de mármol que su madre encargó a Tangassi, en la capital, cuando supo qué padecía –esa misma tarde fue a la oficina del notario para hacer su testamento.

Por fin, los concurrentes hacen fila para despedirse, reiterándoles el pésame, que agradece maquinalmente. Ahora se dirigen a la salida, Carmen al lado del desconocido; ella, detrás. Tiene un presentimiento desagradable cuando nota que el hombre susurra algo a su hermana y ésta suspira, como aliviada.

Se detienen a la entrada. Micaela espera a que el hombre diga adiós, pero ambos giran hacia ella. Carmen le presenta al notario de doña Refugio y le dice que, si bien el testamento deberá leerse formalmente en su despacho, le

84

ha adelantado que ella quedó como albacea de la sucesión, su tutora y administradora de los bienes que se dividirán cuando cumpla 25 años. Agrega que ha pedido al licenciado indagar a qué internado puede enviarla a estudiar, de preferencia de monjas. ¡Nunca ha entendido porqué su madre la dejó crecer como una salvaje!

Aterrada por lo que oye, Micaela respira hondo, va a responder, pero en ese momento la voz masculina expresa su pesame y parte. Quisiera protestar, pero intuye que es mejor guardar silencio. Si Carmen nota su oposición, se empecinará.

Repara en que su madre la dejó en una situación insostenible. “No hubo más remedio, debía ponerte a cargo de tu hermana. Sólo recuerda que eres como yo; sé dulce y discreta, pero haz tu voluntad.” No aguardará los diez años que faltan para su mayoría, ni tampoco irá a la escuela: le basta con abrir la Biblia en el salmo 103. Es más, ni siquiera eso; si ya dio el primer paso, dará el segundo. Aún conserva los ingredientes y preparará la receta en un santiamén. Un poquito de polvo cuando ofrezca a su hermana el café de la mañana. Otro en el té de tila, para ayudarla a dormir tranquila. Más en el atolito de aguamiel, ¡la animará! ¡Siempre obediente y sumisa y hasta afectuosa! Le dirá que entiende que sólo busca su bien.

Nadie sospechará si es cuidadosa. Sin duda, sorprenderá la cercanía con el fallecimiento de doña Refugio. Todos lamentarán la juventud de la nueva difunta; comentarán que la madre y la abuela vivieron más. A Micaela la compadecerán: la pobre se quedó sola, a cargo de la hacienda y encima, con la amenaza de que más tarde o más temprano la maldita enfermedad medre en su cuerpo. Pero, justo por eso, tendrá el valor para vivir como desea. Eso sí, antes cumplirá con el triste deber de encabezar otro cortejo fúnebre y recibir, con el rostro consternado, las simpatías ajenas y hasta llorar un poco. Sí, “Dios perdona todas las iniquidades.”

–¡Vámonos! –oye a Carmen–, la vida debe seguir.

85



iii
José Agustín Arrieta, *La cocina poblana*, óleo sobre tela, 1865. Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

HÉCTOR ZARAUZ
Instituto Mora

86

Stella Inda

i
Stella Inda, ca. 1950, inv. 339724, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

87 Consagrada bajo la dirección de Luis Buñuel y Roberto Gavaldón, la actriz michoacana supo abrirse camino en el cine impulsada por su actitud y convencimiento de sus propias capacidades. Hizo cine de crítica social y experimental, pero especialmente cine que marcó una época.

María de la Soledad García Corona, mejor conocida como Stella Inda, nació en Pátzcuaro, Michoacán, el 28 de junio de 1917. Fue una connotada actriz que participó en algunas de las películas más polémicas y emblemáticas del cine nacional. Estudió actuación en la Escuela de Arte Teatral del INBA, realizó papeles secundarios e incidentales en varias películas como en *La mujer del puerto*, hasta que Adolfo Best Maugard, impulsor de vanguardias culturales en nuestro país, la invitó a desempeñar el papel central de *La mancha de sangre* (1937), luego filmó *La noche de los mayas*, cinta de tono indigenista realizada por Chano Urueta en 1939, que le darían proyección en el ámbito nacional.

Después de esta etapa inicial en su carrera participaría en varias películas realizando papeles de soporte, entre ellas *Captain from Castile* (1947), producción estadounidense, con Tyron Power, en la que interpretó a la Malinche, bajo la dirección de Henry King. Seguirían un par de filmes que la consagraron como *Los olvidados*, bajo la dirección de Luis Buñuel (1951). El personaje interpretado por Inda y la película serían repudiados por la prensa “especializada” y por la sociedad mexicana, que consideraban que la figura materna era mancillada y que se denigraba a la nación. Las terribles verdades reflejadas en la película animaron a algunos sectores a exigir la expulsión del país de Buñuel. *Los Olvidados* obtendría la Palma de Oro en el festival de Cannes, fue entonces cuando el filme resultó

revalorado. Por su actuación en esa película Stella Inda recibiría su primer premio Ariel como mejor actriz.

Su segundo Ariel vendría por *El rebozo de Soledad*, dirigida en 1952 por Roberto Gavaldón. Este proyecto, en el que se mostraba la marginación y machismo imperante en el medio rural, fue ampliamente impulsado por la propia Inda. Durante la filmación sufrió una afección en el oído que redujo su capacidad auditiva, afectando su carrera cinematográfica.

Como se observa, Stella Inda no fue una “estrella vacía”, grabó películas con tramas que pasaron de lo experimental al nacionalismo, y de cierta crítica social. Adicionalmente fue actriz de teatro, escritora, adaptadora de guiones y profesora de interpretación teatral e incluso fundó un grupo de danza folklórica.

Todos estos aspectos, y varios más, quedaron reflejados en la entrevista que le realizara Ximena Sepúlveda en diciembre de 1975, la cual se conserva en el Archivo de la Palabra del Instituto Mora, bajo la clasificación PHO/2/42, y constituye un valioso testimonio que retrata el mundo cinematográfico nacional, que en esta ocasión se reproduce en las páginas de *BiCentenario*. Stella Inda falleció en la ciudad de México en diciembre de 1995. Su trabajo ha sido reconocido, y como ejemplos de ello es que en 1964 se fundó el teatro Stella Inda, en 1989 recibió la Medalla Filmoteca y en 2005 fue homenajeada en el marco del Festival Internacional de Cine de Morelia.

“BUÑUEL, UNO DE LOS MEJORES DIRECTORES DEL MUNDO”

(Extracto de la entrevista a Stella Inda,
realizada por Ximena Sepúlveda en diciembre de 1975)

88 [En mis inicios], cuando estaba de extra, hubo un baile que todavía se hace que le llaman “Las orquídeas del cine nacional”. Fue cuando conocí a Adolfo Best Maugard. Recuerdo que [llevaba] un vestido muy pegado, de lentejuela negra, bordado de arriba a abajo, y yo me sentía [...] feliz con mi vestido. Algo le llamó la atención en mí a Adolfo Best Maugard, recuerdo que se acercó a mí, yo dije: “¡Ay!, qué señor tan raro, tiene tipo de diablo”, me lo imaginé como el Mefistófeles. Porque efectivamente, tenía un tipo tan extraordinario. Bueno, parecía una pintura de El Greco; de esos rostros alargados, muy finos, nariz ligeramente aguileña, frente alta muy amplia, muy alto, con manos muy largas, y sonreía fácilmente [...] en tal forma que no [infundía] miedo; un hombre muy sabio, además. Entonces me pereció un viejo, pero debe haber tenido quizá 40 años o algo cercano, pero yo pensaba que era un viejo, y me dijo ¿Bailamos? Pues yo quería bailar con los muchachos, como siempre, prefería bailar con un extra joven que con el magnate viejo, que yo lo consideraba. Entonces me dijo:

-Mire muchachita, si no baila conmigo ya me voy.

-Pues váyase-, le dije.

Pasó el tiempo y después supe quién era don Adolfo Best Maugard y que estaba preparando una película experimental, *La mancha de sangre*. Entonces me informé de su dirección y lo fui a ver para pedirle que me incluyera, que me diera esa película, y me dijo:

-No, ¿te acuerdas que no quisiste bailar conmigo?

-Ay, sí señor; pero yo lo siento mucho, perdóneme. No sé cuántas explicaciones le di.

-Bueno -me dijo-, muy bien [pero], este papel fue escrito para María Teresa Montoya.

Porque era mujer madura la que tenía que hacerlo. Y en ese entonces la señora Montoya pues debe haber sido una mujer madura. Era el papel de una prostituta, de una cabaretera. Le dije:

-Pues no le hace, yo lo hago mejor que nadie. ¿Para qué quiere usted a María Teresa Montoya?

Se rio naturalmente mucho de mí y dijo:

-Vamos a hacer unas pruebas.

Las pruebas las hicimos con una película que él estaba haciendo que se llamó *Humanidad*, era un corto, un documental. Nunca la vi, no sé qué se hizo, pero era, creo, algo de un mensaje social. Entonces me dijo:

-Muy bien niña, pues te voy a llevar a los cabarets para que conozcas ese ambiente, porque se trata de una prostituta.

Le pidió permiso a mi mamá, y ella le dijo que sí. El primer día fui a un cabaret de fichas que se llamaba La Camelia, que estaba en las calles de La Piedad, que ahora es avenida Cuauhtémoc, y [del] que naturalmente yo no había oído ni hablar. Entré, vi aquel ambiente tremendamente sórdido ¿verdad? [...] con magníficas orquestas que tocaban danzones y otras músicas. Me enseñó a bailar el danzón y otros bailes. Entonces me decía:

-Mira, vete con las muchachas.

Me hacía que caminara con las mismas chicas que trabajaban ahí, y que fuéramos al baño, que fuéramos acá, allá, y que aprendiera a caminar y sus costumbres, y las observase para ver su manera de ser. Entonces así estuvimos trabajando y empezamos a hacer unas escenas ahí mismo, en el cabaret. Él decoró todo el cabaret con unas pinturas muy interesantes, de *Can Can* y cosas así muy europeizadas, pero muy bien hechas, y ahí, en el cabaret, se hizo el set y en el día trabajábamos. Imagínese usted la enorme, fabulosa cantidad de 75 pesos diarios me pagaban.

Bueno, pues ese fue el inicio de *La mancha de sangre*. Después de que quitaron el personaje de la mujer madura, hicieron [el de] una muchacha muy joven que tenía poco tiempo de estar de fichera y se encontraba con un muchachito y entonces pues se hacía un romance, pero ella ya tenía un *souteneur*, un señor que la explotaba, que era un alemán grandotote, un señor que se apellidaba Betemberg. Estaba Manuel Dondé, que era uno de los actores, también Diego Flores Chapa, otro muchacho, y algunas personas que no recuerdo ya sus nombres. Pero se acabó el dinero y entonces se suspendió temporalmente

89



ii
Stella Inda abrazando a su madre, 1956, inv. 153579, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



iii
Stella Inda y bailarín, ca. 1950, inv. 336644, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

y surgió entonces la oportunidad de filmar *La noche de los mayas*.

Un día leí en el periódico que se iba a hacer *La noche de los mayas*, del poeta Antonio Méndez Bolio. Me informé de las oficinas de FAMA, que era la productora de Francisco P. Cabrera, de Archibaldo Burns, que era muy joven entonces, y otra persona que se me escapa en este momento su nombre.

Don Francisco tenía sus oficinas ahí en la avenida Juárez; fui un día y me presenté con él y le dije con esa audacia que dan los pocos años, los muchos deseos y una gran ignorancia:

-Señor, vengo a firmar el contrato.

-¿Qué contrato, niña?

-El contrato para la película de *La noche de los mayas*.

Naturalmente se rio, ¿verdad?

-¿Y tú quién eres?

-Pues yo soy fulana.

-¡Ah!, ¿y qué has hecho?

-Nada, pero quiero hacerlo.

-Bueno, muy bien, pues sabes que vamos a pensarlo porque tenemos algunas candidatas.

Entonces intervino el propio Antonio Méndez Bolio, quien le dijo:

-¿Estás dispuesta a hacer una prueba?

-Todas las que quiera.

Al poco tiempo me llamaron, el director era Chano Urueta [...]. Estaba fotografiando la prueba Gabriel Figueroa, que yo naturalmente no sabía entonces que era uno de los más grandes fotógrafos que había en México, aunque en ese entonces, después lo comprobé, había varios grandes fotógrafos como Ross Fisher, Jack Draper, Alex Phillips, el maestro de ellos, en fin. Bueno, hicimos la prueba. Los fotógrafos mexicanos son los mejores del mundo. Yo he tenido la suerte de que casi siempre me ha tocado Gabriel Figueroa, desde *La noche de los mayas*. Me tocó después Jack Draper, algunas veces Raúl Martínez Solares.

Pasaron más o menos quince días de una angustia terrible. Por fin un día llegó la llamada de la oficina del señor Cabrera. Dijo:

-Bueno, pues la prueba está bien, hemos aceptado darte la oportunidad, pero ¿cuánto quieres ganar?

-Nada, a mí no me importa ganar.

-Muy bien -me dijo-, pues entonces vas a firmar el contrato en blanco, ¿me tienes confianza?

-Sí señor, le tengo confianza, usted es un hombre muy gentil y caballero, lo único que le voy a pedir es que me acompañe a la filmación mi mamá.

Porque él me explicó que había que ir a Yucatán, y para mí era exactamente igual que si ahora me dicen que vamos al Tibet, ¿verdad?

-Perfecto.

-¡Ah!, pero -le dije- hay otra cosa señor, por favor, yo quiero ir quince días antes de empezar el rodaje de la película, yo necesito conocer el ambiente, no quiero llegar como una turista. Necesito saber qué y quiénes son los mayas [...] no quiero llegar con la ignorancia [...] cuando se supone que es mi pueblo, mi tierra, mi suelo y que he nacido ahí.

A lo largo de la filmación hubo varios contratiempos, por ejemplo, había una escena en la película, en la cual atan al personaje femenino a la celda para darle de latigazos y entonces tenía que estar desnuda del torso. Naturalmente que yo tenía vergüenza, entonces le dije al director:

-¡Ay!, por favor Chanito, que no venga gente porque a mí me da vergüenza.

Bueno, ese día no solamente dejaron [entrar a la gente], sino que había romería auténtica, con puestos de cosas de comer, una feria. Tuvieron que hacer cordón, claro, para retirar a la gente, que no se hiciera ruido. Entonces la maquillista me pegó unos pequeños discos de tul sobre los pezones, maquillados, para que yo me hiciera la ilusión de que no estaba desnuda. Estaba yo con la bata mientras alumbraban y preparaban la escena. Entonces fue Chanito:

-Quítate esas visiones.

Bueno, yo sentí que me moría, pero me aguanto. Y la maquillista y todos se quedaron así, y entonces se acercó Arturo de Córdova y me dijo:

-No debes tener vergüenza porque eres bella y no hay que tener vergüenza de lo que es bello, y tú eres actriz y estás haciendo una escena digna, no eres tú, es tu personaje, olvídate de todo.

Yo se lo agradezco mucho, se lo agradecí, muchas cosas tuve que agradecerle a Arturo, gran compañero y gran actor. Me salvó de una catástrofe psicológica.

No sabes qué cosa más extraordinaria fue para mí esa experiencia; nunca la olvidaré. Hasta la fecha, muchas personas creen que soy yucateca, incluso personas nacidas en Yucatán dicen que soy yucateca. Se los agradezco porque me parece una adopción espiritual. Muy bella, divina experiencia para ser el comienzo de una carrera. Cuando regresamos, me habló Fito y me dijo:

-Ya vamos a continuar *La mancha de sangre*.

Terminamos *La mancha de sangre*, donde no había ahí más que cariño, cordialidad, apoyo, amor por lo que se estaba haciendo. No había envidias, [sólo] respeto mutuo. Incluso [no recuerdo si nos pagaron] porque ya no nos podían pagar el fabuloso sueldo que nos empezaron a pagar, creo que no nos pagaron nunca; no me importó jamás. Ahora, entre paréntesis, por *La noche de los mayas* me dieron en aquel entonces la fabulosa cantidad de 2 000 pesos; era fabulosa, una película completa por 2 000 pesos, yo nunca soñé tenerlos juntos, ¡qué barbaridad! Un sueldo de estrella.

CONSAGRACIÓN

Un amigo, concretamente Ernesto Alonso, organizaba reuniones en su casa, donde hice otra de mis actividades, o sea el canto; ahí empezaba yo a cantar con Cuco Sánchez, [...] éramos la variedad obligada, y un día me dijo:

-¿Sabes qué? Hay una película en preparación que se llama así y que tiene por director al señor Buñuel, pero que nadie quiere hacer por esta razón: porque tiene que salir fea.

-No me digas, ¿dónde? ¿Quién?

-El señor Dancigers.

-Perfecto, voy.

Fui con él y le dije:

-Yo quiero hacer su película.

-Pero ¿ya sabe usted más o menos de qué se trata?

-Más o menos sé qué tipo de personaje es.

-Pero no va a salir maquillada.

-Qué bueno.

-Tiene que engordar.

-Perfecto.

-Se va a vestir muy mal.

-Me parece maravilloso.

Dijo:

-Bueno, pues si usted no tiene ningún obstáculo aquí está el señor Buñuel, a ver qué dice.

Entonces hablé con el señor Buñuel, le pareció mi tipo apropiado, platicamos, cambiamos impresiones, le pareció que había comprendido su personaje, que no había ninguna objeción de mi parte en ninguna cosa, entonces dijo:

-Muy bien, yo la quiero a usted-. Entonces empezamos a hacer la película.

[Yo sabía de Buñuel] porque había tenido la suerte de ver *Un perro andaluz*, por Adolfo Best Maugard, quien me la había mostrado. Entonces yo pensé: Este señor maravilloso que dirigió esto, me va a dirigir a mí, gratis trabajo. No lo hice gratis, me pagaron 6 000 pesos por la película; también una cantidad fabulosa. Una película que estuvo ocho años exhibiéndose en el mismo cine en París, y que todavía se sigue exhibiendo cada año en diferentes capitales del mundo. Hace precisamente unos meses dijeron que se acababa de estrenar en China y en Suecia.

Se trata de una mujer, se llama Marta, vive en una vecindad, en uno de los barrios más miserables de la ciu-

dad que ya no existe, la ciudad perdida de Nonoalco, donde ahora es Tlatelolco. Esta mujer tiene cuatro hijos, cada uno de diferente padre; porque el ambiente en que vive toda esa promiscuidad, amoralidad, etcétera, que no le permite estar pensando si se va a casar o si la llevan al altar de blanco, ¿verdad? Como lo dice el personaje en uno de los momentos: "Me agarraron detrás de un basurero y no supe ni quién." Que tiene su primer hijo en esas circunstancias, lo concibe en esa forma. Es el problema de la delincuencia infantil, pero originada por el medio ambiente en que esas criaturas se desarrollan y viven.

Para mí, [interpretar el papel no fue] ningún problema, en primer lugar porque [...] recorrí vecindades, cuartuchos, lugares donde se estaba exponiendo ese tipo de vida, ¿no? Y aparte porque tenía momentos de una espontaneidad. El personaje lo comprendí perfectamente, los niños eran como mis hijos, pues eran criaturas muy lindas, de varias edades; tenía uno de meses incluso, y estaba conmigo un magnífico actor, Roberto Cobo, que era el galán juvenil, tenía 18 años más o menos, y esta mujer tenía que ser una mujer que lo mismo podía tener 125 que 30 años, porque nunca se veía de qué edad era; cansada, trabajada y que comía mal, que no se podía ni siquiera bañar todos los días, [sólo] se lavaba las piernas.

Hay precisamente una escena en que se está lavando los pies, bañándose por partes. El señor Buñuel nunca trató de hacer cine pornográfico, no era su deseo; entonces, las escenas que podríamos llamar sexuales que se hicieron, pues fueron esas, la mujer que se está lavando los pies, entra el muchacho, la ve, se siente atraído por ella; cambio de miradas, cambio de actitudes, sin palabras, hablando una cosa muy distinta. Estaban proyectándole al público lo que iba a seguir. Después se cerraba una puer-tita; con buen gusto, con verdad. Realmente, para mí es una de las cosas más satisfactorias que he podido hacer en mi vida.

Después, cuando se estrenó en [...] el cine Mariscal, estuvo una semana y la quitaron, no tuvo éxito. Luego ya se había puesto en los cines de circuito a peso, en

los cines de barrio completamente. Cuando la llevaron a Cannes obtiene el premio [...]. Entonces se dieron cuenta:

-¡Caray!, qué maravilla, tenemos una gran película premiada. Ya la premiaron allá, ¡ah!, entonces ahora que venga.

Y vino la película y estuvo en el cine Prado; estuvo pues como unas cinco o seis semanas, que en esa época eran muchas, y había gente sentada en las escaleras. Se agolpó la gente; otra vez a cuatro pesos que era el precio tope de entonces. Y cada vez que la pasan en cualquier cine, se llena.

[Luego fui] nominada por la Academia para un premio por *Los olvidados*, yo quise morirme [...] sentía como que no podía ser posible estar en la terna. La noche de los premios estaba ahí el señor Buñuel, su esposa y sus hijos, cuando dieron el premio de [dirección], lo anunciaron a él y los premios de todos. Entonces, él se puso de pie y dijo:

-Si no tiene premio Stella Inda, [...] no acepto el premio.

Pero él, porque es muy nervioso, no sabía, ni yo tampoco, [...] que uno de los últimos premios que anunciaron fue el mío. Gracias a Dios me lo dieron, el Ariel [...] imagínate.

Para mí es uno de los mejores directores del mundo y para muchas personas también. No quiero decir que sea el único director con el que he trabajado, porque después de *Los olvidados* hice *El rebozo de la soledad*, con Roberto Gavaldón, quien también es un gran director, aunque sea otro su estilo. No es... o por lo menos no lo era entonces, tan universal como Buñuel; es otra técnica, otro estilo, otra forma. Le decían "el ogro Gavaldón" porque trataba en una forma casi despiadada a sus actores, usando frases muy duras, incluso alguna palabra del castellano purísimo, entonces todos le tenían miedo. Pero *El rebozo de la soledad* fue una cosa tan especial.

[La película está inspirada en la procesión de] la virgen de San Lucas (Michoacán) [...], asistí a esa procesión, hasta atrás iba una mujer [...] quién sabe de qué

edad, con un pequeño que iba agarrado de su falda, una criatura como de dos o tres años. La mujer descalza, con los pies llagados, con una hilachita de rebozo, con el hambre más grande reflejada en el rostro, pero el hambre, no solamente física, hambre de todas las hambres, con unos enormes ojos llenos de dolor, de soledad, de abandono... Pues me impresionó muchísimo. Entonces le dije al doctor [Xavier López Ferrer]:

94

-¿Te fijaste en esa mujer? ¿No piensas escribir un libro sobre ella?

Ya había escrito uno, *El gallero*, que también se hizo película. Me dijo:

-Sí la vi, creo que debe ser un personaje extraordinario -me dijo-, voy a escribir una novela que se va a llamar *El rebozo de la soledad*. Con los personajes auténticos del pueblo, con todos los tipos más increíbles que te puedas imaginar.

Después dijeron que no era posible que los campesinos michoacanos hablaran como poetas surrealistas, porque no entienden, porque no es hablar como poeta surrealista que una mujer del pueblo le diga al doctor como yo lo vi y escuché:

-Oiga doctor [...] ¿es verdad que usted conoce al muerto que llevamos dentro?

Eso es un pensamiento de una enorme belleza natural; esa mujer, ingenuamente, una mujer que era la portadora del pueblo, una anciana, pero para ella el muerto que llevamos dentro, claro, pues llevamos un esqueleto; entonces llevamos un muerto dentro.

Todo eso está en el libro. Ese libro, la primera edición la hicimos por cuenta nuestra, para poderla dar a conocer. Entonces pensé: Eso tiene que hacerse película, y yo tengo que hacer Soledad, porque es mi vida el hacerla... Bueno, empezamos a luchar, a llevarla de un lado a otro, con una persona, con otra, a todos les gustaba, pero decían:

-¡No, ya no!, no me interesan problemas de indias, ya no interesan, ya se hicieron.

Bueno para no hacer el cuento largo, cuatro años anduve con el libro debajo del brazo, ofreciéndolo, tratando de convencer de que era un problema social, y que podía ser una gran película. Entonces, entre otras personas, lo conoció el señor Gavaldón a quien le gustó muchísimo. Le fascinó el tema, y por fin se hizo, producida por el Sindicato de Técnicos y Manuales a beneficio [del mismo], para construir el edificio que ahora ocupa el cine Versalles, que es donde estaban las oficinas de Técnicos y Manuales.

Entonces no cobramos sueldo, cobramos una compensación todos [los trabajadores sí]. Pero ni Arturo, ni Pedro, ni yo cobramos lo que podríamos haber cobrado por una película, sino la tercera parte... una cantidad simbólica. Ha sido una de las cosas más grandes que han pasado en mi vida. En primer lugar, haber trabajado con Pedro Armendáriz y con Arturo de Córdova, pues fue la primera vez que vi a dos galanes de esa categoría para una película. Con Domingo Soler, Carlos López Moctezuma. Afortunadamente, pues, la película resultó también de premio, también tuve la suerte de que me dieran el premio por la mejor actuación, me lo entregó Dolores del Río. La adaptación la hizo José Revueltas, pero se desecharon 18 adaptaciones, 18 tratamientos.

[Luego seguí actuando], haciendo pequeños papeles, porque te desconectas, la gente te olvida... Entonces empecé con *Fe, esperanza y caridad*, un pequeño papel en el cuento de *Caridad*, con Jorge Fons, quien es uno de los mejores directores en este momento.

No digo que aprendí todo, no, ahora estudio más con mis alumnos, ellos me están enseñando muchas cosas, porque a base de preguntas me hacen recurrir a muchas fuentes, me hacen estudiar constantemente para poder, efectivamente, contestar a sus preguntas, y bien encauzarlos. Pero en ningún momento, cuando oigan por ahí que estoy retirada del cine, del teatro, díles que no es cierto.

95



iv y v

Stella Inda durante una presentación de ballet en la sala de Televisión, 19 de marzo de 1952. AGN, HMA/CR1/05831.

DARÍO FRITZ

*BiCentenario*96 *Artesanos de plomo y tinta*

Éstos nueve hombres, en su momento, fueron parte de una revolución. La industrial puede decirse. Y es razonable. La imprenta era parte de ella. Pero digamos, más románticos, que su revolución fue la de aportar al conocimiento, la del tenue y lento recorrido por quebrantar la ignorancia. Algo hacinados en ese escaso espacio, fueron herederos de los primeros ebanistas de la impresión de tipos móviles: Juan Pablos, Antonio de Espinosa, Francisco Rivera Calderón, Zuñiga y Ontiveros, Ignacio Cumplido. Hombres como ellos resultaron perseguidos también. Hubo encarcelamiento, tortura, hoguera y muerte. De ahí que lo de revolucionario también cabe. Y todo por imprimir letras, tan sólo ideas plasmadas sobre papel. Impresores que fueron hasta el mismo Lucifer para la Inquisición. A tal punto demonizados que cuando quemaban libros creían que de las lenguas de fuego salían los gritos del diablo. ¿Qué habrán pensado sobre el *Delomelanicón* y su leyenda?

Incunables, folletines, opúsculos, cuadernillos, manuscritos, folios, salterios, catálogos, láminas, xilografías impresas pasaron por sus manos. Tanto textos auténticos como los supuestamente falsos. Y aquellos libros que salieron de la misma imprenta y nunca fueron iguales; por la página que faltaba, la encuadernación diferente, el tono de la tinta, la letra corrida.

Artesanos de centurias de sabiduría –al menos cuatro siglos– desde que Gutenberg, en 1449, refinó con los tipos de plomo el trabajo de los esmerados y creativos impresores chinos –perfeccionaron la impresión desde el siglo XI, pero la historia les terminó dando un lugar secundario–, crearon obras que 200 o 300 años después, a decir de los bibliófilos, parecen recién salidas de la prensa. ¿Qué dioses hicieron a esos impresores para entregar tanta calidad? Entre ellos podría figurar uno de esta foto que se ganó la inmortalidad: José Guadalupe Posada. Algún diablillo sembró la duda de que aquel bajo el sombrero colgado de la pared y de bigote característico es el popular grabador y caricaturista, aunque nadie se ha atrevido a confirmarlo.

Pero si los dioses existen, saben que la mortalidad los hace efímeros. Estas máquinas de plomo y sus artesanos de la tinta ya no se hallan. Dejaron la huella revolucionaria para sus colegas de la impresión *offset* y digital de nuestros días.



i Scherer, *Printmaking workshop, Mexico, ca. 1895*. Library of Congress, Estados Unidos.